

 HARLEQUIN®

Jazmín

El amor de la princesa

Susan Meier

*Hechizo de
Juventud*



El amor de la princesa

Meredith Bessart sólo debía emparejar a dos personas más para que se rompiera la maldición que había caído sobre ella... Pero estaba demasiado distraída por su guapísimo jefe, Alexander Rochelle. Meredith sabía que no debía acercarse a aquel hombre porque estaba prometida con un príncipe de su país, pero su amabilidad, su sentido del humor y sus besos no la dejaban dormir por las noches...

Para empeorar las cosas, el destino había querido que Alexander fuera la próxima persona a la que debía encontrarle pareja. Tenía que encontrar el verdadero amor de aquel hombre cuando lo que realmente deseaba era que la persona a la que él prometiera amar para siempre pudiera ser ella...

Debía encontrar el verdadero amor del hombre al que amaba...

El cuento de la princesa hechizada

Hace tan sólo algunos años, vivió en un reino una princesa famosa por ser tremendamente inmadura y caprichosa. Incluso su prometido la encontraba insoportable.

Sus ataques de cólera y su egoísmo iban en aumento y su familia no sabía ya qué hacer. La reacción de la princesa cuando su padre decidió contraer matrimonio en segundas nupcias, fue la gota que colmó el vaso. La hija única del monarca había estado acostumbrada a ser la niña de los ojos de su padre y la posibilidad de que su futura madrina la eclipsara la crispó tanto, que hizo todo lo que estuvo en su mano para intentar sabotear la boda. Sus artimañas fracasaron, pero sirvieron para que su madrina se terminara de convencer de que la princesa necesitaba una cura de humildad, así como ser consciente del poder del amor.

La madrina echó una maldición sobre la joven, quien se vio convertida en una anciana y condenada al exilio. La única forma que la princesa tenía deshacer el hechizo era lograr llevar el amor a veintiuna nuevas parejas que sellarían su compromiso por medio del matrimonio, con la ayuda de un poco de magia. Una vez que se hubiera celebrado la última de aquellas bodas, la princesa podría recuperar su cuerpo y podría regresar a su país, siempre y cuando aún no hubiese cumplido treinta años.

Si fracasaba, estaría condenada a vivir en el exilio como una anciana el resto de sus días. Sin embargo, si lo conseguía, volvería a casa para contraer matrimonio con el príncipe con el que ya estaba comprometida. Eso sí, regresaría con una buena lección aprendida sobre el significado y el valor del amor verdadero...

CAPÍTULO 1

LA PRINCESA Meredith Montrosa Bessart irradiaba alegría. Estaba celebrando la boda número veinte en el centro vacacional La Torchère, donde la conocían como Merry Montrose. Estaba de pie al borde la pista de baile observando cómo Cynthia Rawlings y Rick Barnett se deslizaban ágilmente por ella mientras se miraban embelesados a los ojos.

Parecían la Cenicienta y el príncipe, lo cual resultaba irónico para Merry, ya que ella era la única princesa de la sala, a pesar de que un hechizo la había transformado en una anciana. A pesar de su elegante traje de noche azul, de su pelo recogido en un moño y de los pendientes y el collar de brillantes, que formaban parte de la colección de joyas de la familia real de Silestia, su aspecto distaba mucho de ser el de una princesa.

—¿No bailas, Merry? —le preguntó Alexander Rochelle aproximándose a ella por la espalda. Era el propietario del complejo vacacional.

Merry escuchó aquella voz masculina y se tomó su tiempo para darse la vuelta y saludarlo. Llevaba un esmoquin negro, su pelo estaba algo despeinado y sus ojos azules brillaban con fuerza. Alexander era un hombre tan atractivo y encantador que Merry sintió que le faltaba el aire a la vez que las piernas le temblaban. Los primeros quince segundos en compañía de Alexander siempre eran así. Y no sólo por su apariencia física; aquel hombre poseía un encanto y una sensualidad que Merry nunca antes había conocido. Ni tan siquiera en la corte de Silestia, donde su padre reinaba.

Merry había apreciado que era especial desde el momento en que lo conoció.

—La encargada del centro no puede bailar —contestó lentamente Merry, tratando de contenerse para no tontear con él. La imagen de una anciana flirteando con un hombre tan guapo habría sido ridícula.

Merry había deseado hacer con él algo más que flirtear desde el primer día que lo había visto, cuando Alexander se había presentado como un simple empleado del servicio de mantenimiento. Había simulado ser un empleado porque quería

averiguar dónde residía el secreto del éxito del centro en conseguir que tantas parejas se enamoraran allí. Pero al poco tiempo había decidido revelar su identidad y su cargo como propietario. Primero se lo había confesado a ella y después al resto de la plantilla.. Entonces se había mudado de los pequeños pisos destinados al personal a la mejor villa del complejo vacacional.

Desde entonces se había establecido allí, no tanto para controlar a Merry como para ser un dueño verdaderamente responsable.

—En cualquier caso, si me saltara el protocolo y bailara en una boda, te aseguro que no lo haría delante del jefe —bromeó Merry. El se echó a reír y Merry estuvo a punto de derretirse.

Se moría de ganas de tocar las espaldas anchas y fuertes de aquel hombre. Era alto y su voz era tan masculina, que hacía que la imaginación de Merry se disparara. No podía imaginar una experiencia más femenina que la de ser amante de aquel hombre. Deseaba poder disfrutar, aunque sólo fuera una vez en su vida, de un romance tan intenso como él seguramente era capaz de proporcionar.

Pero Alexander no formaba parte de su destino.

Merry desconocía qué ocurriría cuando provocara el matrimonio número veintiuno. Tan sólo sabía que era una princesa de veintinueve años dentro del cuerpo de una anciana y que en cualquier momento su aspecto podría cambiar. Entonces quizás Alexander se pudiera sentir atraído por ella. Sin embargo, tenía el deber de volver a Silestia para casarse con el príncipe Alec Montclair, el hombre con el que estaba comprometida.

Merry había aprendido una lección durante el encantamiento. Tenía que valorar y respetar su vida, por lo tanto también sus obligaciones. Como miembro de una familia real tenía sus responsabilidades. Era una princesa y además, había heredado poderes mágicos propios de su linaje. Podría haber corrido el riesgo de convertirse en una reina tiránica, pero después de su experiencia durante aquellos siete años, había comprendido que ser una princesa era un regalo y no una maldición. Se había propuesto cumplir con su papel con alegría.

Y dentro de su papel estaba escrito que debía casarse con el príncipe Alec.

—¿Y qué pasaría si tu jefe, el dueño del centro para el que

trabajas, te autorizara a bailar? —preguntó Alexander.

—Entonces, probablemente bailaría. Pero nadie lo ha hecho.

—Permíteme que te pida este baile —repuso él dejando su copa de champán sobre una mesa y tendiéndole la mano elegantemente.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Merry, que se sintió tentada a aceptar aquella mano para satisfacer de algún modo su deseo.

A Merry le había resultado difícil adaptarse a vivir en un cuerpo estropeado y gastado. La adaptación le había llevado dos años de confusión. Conseguir casar a veinte parejas había sido la batalla más complicada de su vida. Lograr los últimos cinco emparejamientos habían sido complicadísimo. No estaba dispuesta a echarlo todo a perder por un arrebató de deseo.

Pero ¿por qué bailar con Alexander iba a significar estropearlo todo? No haría daño a nadie al aceptar aquel baile y se merecía una pequeña alegría después de siete años de lenta tortura.

—Me encantaría —aceptó finalmente.

Colocó su mano, cubierta por un guante blanco, sobre la de Alexander y sintió su calidez.

Cuando el la guió con firmeza por la pista, Merry se sintió incapaz de controlar la oleada de calor que la estaba invadiendo. Después de siete años sin tocar a un hombre, estar tan cerca de uno, tan fuerte y sensual, le resultaba complicado. Tuvo miedo de desmayarse.

—Has hecho un trabajo magnífico en el centro —dijo Alexander. Menos mal que había iniciado una conversación. Merry necesitaba algo que la distrajera de la atracción que estaba sintiendo hacia él.

—Gracias —respondió.

—El hecho de que tantas personas se hayan enamorado aquí no ha sido precisamente una mala publicidad.

—Gracias... supongo.

—Sí, gracias es la respuesta adecuada, ya que estoy elogiando tu excelente trabajo. La Torchére está ganándose una magnífica reputación. Somos conocidos como la fuente del amor. Si el número de clientes sigue aumentado, tendremos que añadir una nueva ala al hotel.

Merry sintió una punzada de dolor. Sabía que ella tendría que volver a su hogar. Aunque eso no implicaba que la fuente del amor se secase, seguramente sí disminuiría el número de parejas.

—Todavía no encargues el proyecto a ningún arquitecto —le advirtió Merry.

—¿Por qué lo dices? ¿Acaso sabes algo que yo no sepa?

—No —contestó precipitadamente, nerviosa porque él había fijado sus preciosos ojos azules en los suyos. No se podía ni imaginar cómo sería besar esos labios, que él la tocara y la deseara...

—Me da la impresión de que sí que sabes algo que yo desconozco.

—No —contestó ella tratando de contener sus pensamientos. Le sonrió para darle confianza. Era obvio que Alexander no podía sentir nada por una anciana y, aunque ella recuperara su identidad, ya estaba comprometida. No era momento para fantasías—. No sé nada.

—De acuerdo —replicó él con una sonrisa radiante.

Merry sintió que las piernas le volvían a fallar. El roce con el cuerpo de Alexander llevaba a su mente imágenes sensuales propias de una mujer joven. Desconocía por completo cómo terminaría aquel embrujo. Cabía la posibilidad de que pasara de ser una anciana a una joven princesa en un abrir y cerrar de ojos.

¿En un abrir y cerrar de ojos?

Su corazón latió con fuerza. Su aspecto podía cambiar de un momento a otro. Su madrina la había transformado en el tiempo que le había llevado pronunciar las cuatro palabras del encantamiento. Si todo era igual de rápido, se vería obligada a dar más de una explicación al hombre que estaba frente a ella.

¡Tenía que escapar de los brazos de Alexander Rochelle!

—Alexander, lo siento, pero me temo que no me encuentro muy bien.

—¿Estás enferma? —preguntó preocupado. Merry se sintió conmovida. Durante siete largos años nadie se había preocupado sinceramente por ella.

—Creo que simplemente estoy cansada.

—Pareces sofocada —comentó él.

Por supuesto que lo estaba. Bailar con él la había llevado a un grado de excitación que no había sentido durante más de una década.

—Sólo estoy cansada. Ha sido una semana agotadora.

—No ha sido fácil ayudar a planear esta boda —dijo Alexander. Paró de bailar y soltó su cintura.

En aquel instante, Merry supo exactamente cuál había sido la sensación que había sufrido la Cenicienta cuando había tenido que abandonar el baile. Casi pudo escuchar las doce campanadas del reloj anunciando el final de un momento que debiese durar toda la eternidad. Pero era un imposible. A medida que sus manos se separaban, tuvo la impresión de que sus destinos también lo hacían. Ella pertenecía a otro hombre. Los caminos se separaban de forma definitiva.

—Buenas noches, Alexander —se despidió Meny, separándose de él.

Pero Alexander negó con la cabeza mientras la acompañaba fuera de la pista de baile.

—Oh, no. No vas a caminar hasta tu casa tú sola.

—Estoy bien —protestó Merry con suavidad, aunque para evitar discusiones estaba dispuesta a aceptar la ayuda de cualquier empleado. Esperaba que Alexander llamara a algún camarero o que la escoltara a la barra del bar, desde donde podría llamar a recepción. En lugar de eso, él mismo la escoltó hasta la puerta.

—¿Qué estás haciendo?

—Te estoy acompañando a tu casa —replicó Alexander con mucha calma.

—¡No puedes hacer eso!

El pánico se apoderó de Merry, no sólo porque se sentía peligrosamente atraída por él y temía quedar como una tonta, sino también porque notaba que estaba cambiando. De un momento a otro podía transformarse de nuevo en la princesa que era.

—Sí puedo —repuso él.

—Alexander... señor Rochelle... No puedes. ¡Eres uno de los invitados de honor de esta boda!

—Los únicos invitados de honor aquí son la novia y el novio —respondió él, guiándola a través del vestíbulo, sobre los brillantes azulejos verdes, pasando una impresionante fuente, hasta una puerta de cristal que se abrió automáticamente cuando llegaron. La tomó del brazo para que siguiera caminando y el calor de su mano hizo que el corazón de Merry triplicara su velocidad.

—¡Esto no está bien! —exclamó Merry.

—Está perfecto —respondió Alexander, mientras la guiaba a través del jardín.

La luz de la luna bañaba el patio y las hojas de las palmeras bailaban con la suave brisa del Golfo. La cascada de la piscina brillaba a lo lejos. La escena no podría haber sido más romántica ni aunque Merry la hubiera planeado. Los escalofríos de deseo que recorrían su cuerpo eran cada vez más intensos y entonces comenzó a caminar más deprisa, tratando de huir. Pero él también aceleró el paso.

Por un instante, Alexander Rochelle se preguntó qué habría pensado ella de haber sabido que estaba siendo irrespetuosa con un monarca. Ser el príncipe Alec Rochelle Montclair no era demasiado divertido. Más bien era una molestia. Por eso le encantaba Estados Unidos. A la gente le llamaba la atención la realeza, pero el dinero era mucho más importante que los títulos nobiliarios y las estrellas de cine eran mucho más interesantes que los reyes.

Cuando la princesa Meredith Bessart, la prometida de Alec, había desaparecido, él había decidido evitar a la prensa refugiándose en Estados Unidos, sabiendo que al no tener dinero no llamaría tanto la atención. Pronto se había dado cuenta de que en un país como aquél, podría fácilmente hacer su propia fortuna. No obstante, al principio había tenido complicaciones con sus socios porque siempre pensaban que, por el hecho de ser príncipe, tenía más dinero del que en realidad poseía. Así que había cambiado ligeramente su nombre para convertirse en una persona común, alguien de quien los demás no esperasen concesiones y, de esa manera, había construido su imperio.

En esos siete años, su aspecto también había cambiado. Su cuerpo, antes larguirucho, se había transformado en el cuerpo de un hombre hecho y derecho, con un aspecto más maduro. Ni siquiera sus paisanos lo habrían reconocido pero, desgraciadamente, su atractivo físico y su riqueza lo habían convertido de nuevo en blanco de los paparazzi.

Alexander había llegado a La Torchère para investigar los rumores surgidos por las numerosas bodas que estaban celebrándose en su centro vacacional. Además, en lugares como aquél, donde se refugiaban las personas que no deseaban ser reconocidas ni molestadas, era fácil pasar desapercibido. En La

Torchére se había encontrado a gusto, feliz. Y eso se debía en gran parte a la mujer que estaba a su lado.

Alec echó una mirada a Merry. No era la mujer más hermosa del mundo. Le echaba unos sesenta años, aunque parecía aún mayor. Su cabello gris estaba recogido en un moño apretado. Su nariz se había alargado con el paso del tiempo. Su cuello tenía tantas arrugas que el collar que llevaba desaparecía entre ellas. Sin embargo, Merry era la mujer más interesante que Alec había conocido en mucho tiempo y sospechaba que su vida había sido también muy interesante.

Alexander había empezado a fijarse en ella cuando fue consciente de que la reputación de La Torchére como fuente del amor, se debía al trabajo de Merry. Aunque ella lo hacía de manera muy sutil, Alexander se había dado cuenta de cómo aquella mujer era la última responsable de que tantas parejas se formaran en La Torchére. Incluso estaba pensando contratar a un ayudante para ella, para asegurarse de que Merry siguiera trabajando para él por muchos años más.

—Debes regresar a la boda —dijo ella.

Alexander negó con la cabeza. No tenía ninguna gana de volver allí. No le apetecía estar en otra celebración pomposa, había estado ya en demasiadas cuando era niño. Sus padres, príncipe y princesa, se habían unido en un matrimonio de conveniencia. Alexander había acabado harto tanto de las innumerables recepciones en las que habían actuado como embajadores de sus respectivos países, como de verlos discutir constantemente. Él siempre había pensado que los matrimonios de conveniencia eran una tradición arcaica a punto de ser abolida, hasta que su padre negoció un tratado secreto de comercio con Estados Unidos, respaldado por el país que su madre representaba. Fue entonces cuando Alexander descubrió el sentido de esos matrimonios reales. Un buen embajador podía cambiar el destino de un país.

Alexander sabía que con su experiencia como hombre de negocios y su conocimiento de Estados Unidos, no necesitaba un matrimonio de conveniencia para salvar el destino de su país. Sin embargo, también reconocía que el compromiso con la princesa de Silestia había abierto rutas comerciales que él nunca podría haber abierto solo. Sabía que su país necesitaba aquel matrimonio. Así que cumpliría con su deber cuando llegara el momento, si es que su

prometida, la princesa Meredith Bessart, salía de su escondite. Hasta entonces, se había propuesto disfrutar de su libertad al máximo. Y eso significaba que no iría a ningún lugar donde no quisiera ir.

—La boda me aburre —contestó. Cruzaron el camino de piedras hasta la casita de Merry; Alexander estaba empeñado en acompañarla hasta la puerta.

—De verdad, estoy bien —suspiró ella.

—Yo también estoy bien. Y nunca dejo pasar la oportunidad de dar una vuelta a la luz de la luna con una mujer hermosa —contestó él. Cuando llegaron a la puerta de su casita, Merry se detuvo.

—Yo no tengo nada de hermosa.

—Permíteme que disienta —respondió Alexander, poniendo su mano en el corazón de ella—. Es aquí donde eres hermosa.

—No, no lo soy —replicó Merry con los ojos llenos de lágrimas.

—Sí que lo eres —confirmó él.

—Alexander, regresa a la fiesta y búscate una mujer bonita.

—Ahora que me he asegurado de que estás bien, volveré a la fiesta. Pero no necesito una mujer bonita.

—Todo hombre necesita una mujer bonita.

Por el brillo que emitían los ojos violetas de Merry, él podía adivinar sus instintos de celestina.

—De eso nada. No está bien jugar a emparejar al jefe —contestó Alexander. Se rió al ver que Merry se sonrojaba—. No sientas vergüenza. Tu labor como forjadora de parejas es una mina de oro para el hotel. Pero a mí no me interesa que me emparejen.

—¿No te interesa que yo te busque una pareja o no te interesa tener una pareja en general? —preguntó Merry, afilando la mirada.

—No me interesa tener pareja.

—No crees en el amor —dijo ella, con cierta tristeza. Él levantó su barbilla para obligarla a mirarlo.

—Hace mucho tiempo, en un reino muy lejano... —comenzó Alexander, hablando de su historia personal como si se tratara de un cuento de hadas, porque no quería que Merry sintiera lástima por él.

La huida de la princesa Meredith había sido un duro golpe para él. Y también la fiesta de presentación en sociedad del compromiso, donde ella le había lanzado unos insultos terribles. Alexander había

aprendido que si algún día se casaba con la princesa Meredith, no correría ningún riesgo de enamorarse de ella. Quería contárselo a Merry para que entendiera su forma de pensar.

—Tuve una mala experiencia —declaró finalmente.

—¿Alguien te lastimó? —inquirió Merry.

—Mucho. Pero también aprendí muy joven que el amor no existe y he sido capaz de protegerme. Poner tu corazón en las manos de otra persona, le da a esa persona el poder para hacerte daño.

—¿Sí? —preguntó Merry con suavidad, con una voz tan ligera que parecía la de una mujer mucho más joven. Ese cambio hizo que el príncipe Alec la mirara, pero la luna se había escondido tras una nube y no pudo distinguir su cara entre las sombras.

—Sí —sonrió.

—Tu forma de pensar es triste. Tu vida parece solitaria.

—En absoluto. No creo en el amor eterno, pero sí creo en el amor romántico.

—Quieres decir sexo —respondió ella con disgusto.

—No. Quiero decir amor romántico. Mensajes de amor. Flores. Viajes emocionantes. Paseos en carroza. Secretos al oído enredados en sábanas de satén. Regalos. Besos robados... —sonrió.

A Merry casi le dio algo. Alexander Rochelle era adorable. Lo que hacía doblemente triste que su vida fuera solitaria.

—¿No te importa que tus relaciones terminen? ¿No surgen problemas con tus parejas? —inquirió.

—Nada que no pueda ser resuelto con una conversación sincera. Además, cuando empiezo una relación con una mujer, nunca tengo muchas expectativas.

—¿Y a ti te gusta así? —preguntó Merry, un poco confundida porque Alexander no parecía estar triste, ni solitario, ni siquiera un poco aburrido de aquella forma de vivir el amor.

—¡A mí me encanta así! He salido con las mujeres más hermosas del mundo y aún mantengo amistad con la mayoría de ellas. El amor no tiene por qué ser difícil. Simplemente tenemos que entender cuándo llega el momento de terminar una relación.

Observando sus atractivas facciones bajo la luz de la luna, Merry tragó saliva. En sus siete años como celestina, había aprendido que no toda atracción física terminaba en amor. Pero eso no le quitaba

valor a aquellas relaciones. Era posible disfrutar de un corto y romántico idilio, siempre que las dos partes comprendieran cuándo había llegado el final.

Teniendo en cuenta que un desengaño en la vida de Alexander lo había lastimado tanto como para impedirle dar el último paso, el de la confianza total en la otra persona, Merry tuvo que aceptar que quizá aquella forma de vida fuera la adecuada para él. Sabía cuándo y cómo terminar una aventura. Era un hombre equilibrado, brillante y romántico, sin dejar de ser realista.

Merry de pronto deseó con todo su corazón vivir una de aquellas aventuras románticas con él. Aunque pensó que había muchas razones para considerarlo una mala idea.

—Es mejor que vuelvas a la fiesta —dijo Merry.

—No sin antes darte un beso de buenas noches.

El corazón de Merry se paró en seco al oír aquello. ¡Ella era una vieja decrepita! ¿Cómo iba a querer besarla? Además, su aspecto podía cambiar en cualquier momento. Si él la besaba y descubría que era una mujer joven, ¿cómo iba a poder explicarlo? No, no podía dejar que la besara.

Merry dio un paso atrás pero él agarró su mano, alzando los dedos de ella hasta sus labios.

—Gracias, Merry, por hacer un trabajo tan maravilloso en el complejo. Espero que estés con nosotros por muchos, muchos años más —dijo Alexander, dejando escapar su mano y volviéndose hacia la fiesta.

Los ojos de Merry se llenaron de lágrimas. Parecía un hombre equilibrado y emanaba un sofisticado control sobre sí mismo. Sin embargo, le faltaba algo. Tal vez no quisiera o no necesitara una relación estable, pero eso le quitaba la oportunidad de vivir un gran amor porque no confiaba plenamente en la pareja. Lo aceptara o no, Alexander vivía bajo un maleficio, igual que ella.

Al día siguiente, Merry se despertó sintiéndose desgraciada por no poder tener una aventura romántica con Alexander Rochelle. Se frotó los ojos, pero no sintió el contacto de sus manos ásperas y arrugadas, sino el de una piel suave y tersa.

Se escondió bajo las sábanas para observar sus manos: dedos elegantes, suaves palmas y tersos nudillos. Saltó de la cama al espejo.

¡Cielos! Era de nuevo una mujer alta, esbelta, sin arrugas, con la piel tersa, los músculos bien torneados, cabello castaño rojizo... ¡Era muy hermosa!

¡Era de nuevo la princesa Meredith Montrosa Bessart! Y, sin embargo, aún quedaba una pareja por hacer... ¿Pretendería su madrina que la hiciera con su nuevo aspecto?

¡Podía regresar a casa!

Si llamaba a su padre, enviaría un avión para recogerla aquel mismo día. A la mañana siguiente se levantaría en su propia cama y podría ponerse en contacto con el príncipe Alec...

Y no volver a ver a Alexander Rochelle.

Con aquel pensamiento, toda su alegría desapareció y se derrumbó frente al espejo. ¡Maldición! Justo cuando todo parecía ir sobre ruedas, la vida tenía que ponerle delante a Alexander Rochelle.

Se tiró en la cama de nuevo, viendo a través de las puertas de cristal cómo se mecían las palmeras del suroeste de Florida y detrás de ellas la arena blanca y las olas azules del Golfo. Sintió que su pecho se hinchaba.

Alexander.

Su corazón ardía en deseos, aunque sabía que su deber era casarse con el príncipe Alec. No estaba dispuesta a eludir aquella responsabilidad. Quería que Alec estuviera contento de tenerla como esposa. Quería ser su esposa y cumplir con sus obligaciones como tal.

Pero Alexander la hacía suspirar. La hacía desear sensaciones que nunca había sentido y que tal vez nunca sintiera, porque su compromiso con el príncipe Alec no había nacido del amor. Estaba segura de que podía llegar a amar a Alec, pero no sabía si podría llegar a albergar sentimientos románticos hacia aquél que debía ser su pareja por toda la eternidad.

Merry se tranquilizó. La eternidad era mucho tiempo. Y no quería pasarlo arrepintiéndose de haber dejado escapar su oportunidad de experimentar el amor romántico. Después de haber observado a tantas parejas, sabía que era necesario estar prepara

antes de entregarse a un compromiso de por vida, con sus responsabilidades y sus deberes. Las parejas que ella había unido eran afortunadas porque parecían combinar el amor romántico con el amor comprometido. Pero las princesas no tenían siempre esa suerte. Su destino no era como el de cualquier otra mujer. No obstante, era extraño que el destino hubiera puesto a Alexander en su camino justo cuando estaba a punto de casarse con otro. Era muy extraño.

De nuevo se calmó, pensando que en sus siete años como celestina, había comprobado que el destino había desempeñado su papel en cada unión. Nada pasaba por casualidad. Por lo tanto, debía de haber alguna razón por la cual Alexander se había cruzado en su camino en aquel momento.

Una razón... ¡Por supuesto! ¡Era sencillo! Estaba a punto de comprometerse con una vida de deber y responsabilidades, y lo hacía gustosa, con todo su corazón. Por eso, el destino la estaba recompensando. O tal vez la estuviera preparando para ello. Si realmente en su destino como mujer casada no había lugar para el amor romántico, tal vez la vida le estuviera regalando una temporada de romanticismo para satisfacer sus fantasías de niña y prepararla para aceptar firmemente sus responsabilidades.

Tenía que ser eso. No. había otra explicación. El destino no estaba ahí para torturar a nadie. No ponía algo en frente de sus narices sólo por crueldad. El destino guiaba y recompensaba.

Y Alexander Rochelle era su recompensa.

Era lo que Merry había estado deseando desde la noche anterior. Cuando Alexander le había contando su teoría sobre el amor romántico, ella había deseado experimentarlo con él.

Tragó saliva al darse cuenta de que la vida le había concedido su deseo y su cabeza comenzó a hacer planes. Para aprovechar aquel regalo del destino, Merry tenía mucho que hacer. Ya no era la Merry que los empleados conocían, pero era aún la encargada del centro vacacional. No podía abandonar La Torchère así como así. Seguramente podría evitar que la fuente del amor se secara y que el número de clientes mermara, entrenando a otra persona para que continuara con su trabajo de unir parejas. Era el momento de decir que era la sobrina de Merry Montrose y que su tía, quien deseaba jubilarse, le había pedido que ocupara su cargo de encargada del

complejo hasta que encontraran a otra persona.

Parecía un plan tan sencillo y tan perfecto que Merry sonrió. Entonces su mirada se posó en el teléfono móvil de su mesilla y su sonrisa desapareció. Mientras había sido una anciana, había utilizado el móvil como varita mágica para forzar situaciones, desde un encuentro casual hasta un día soleado. Lo había tenido que reparar después de haberlo hecho pedazos en un arranque de frustración.

Las cosas serían más sencillas con Alexander Rochelle si...

Pero no. No sería justo manipular a Alexander con magia.

Una de las razones por las que era un don ser la princesa de Silestia era que la magia estaba a su disposición. Y cambiar las condiciones meteorológicas o planear encuentros fortuitos no era lo mismo que hipnotizar a Alexander o drogarlo con una poción de amor...

No. Por alguna razón, emplear la magia en ese caso no parecía lo correcto. Estaba tan segura de ello, que se acercó a la mesilla de noche con la intención de esconder el móvil para evitar tentaciones. Entonces observó que la pantalla del teléfono parpadeaba con un mensaje:

No pierdas el tiempo

buscando sortilegios.

Olvida la magia, olvida el teléfono.

Si quieres amor, encuéntralo tú sola.

Estaba claro. Ya no tenía a su disposición la varita mágica que había tenido mientras era una anciana. Tampoco conocía bien los secretos de la magia de su familia, ya que la mayor parte del tiempo que tenía que haber estado aprendiéndola con su padre, lo había pasado bajo el hechizo. Pero no importaba. Nunca había necesitado la magia para seducir a un hombre.

Guardó el teléfono móvil en el cajón de la mesilla y se estudió detenidamente en el espejo, de pies a cabeza.

Lo primero de todo era conseguir ropa nueva para ir a la recepción del hotel y anunciar que era la sobrina de Merry Montrose, dispuesta a ocupar el lugar de su tía.

Lo segundo era encontrar a Alexander Rochelle y hacerle vivir la

aventura más romántica de su vida. Iba a conseguir que no la olvidara nunca.

CAPÍTULO 2

DESPUÉS de darse una ducha, Merry corrió a la boutique de La Torchère, compró algo de ropa y encargó que se lo llevaran. A continuación, se dirigió al salón de belleza para arreglarse el cabello, hacerse la manicura y maquillarse.

Al regresar a casa, encontró las tres cajas de ropa que había comprado esperándola sobre su cama e inmediatamente se puso un ajustado traje de chaqueta, cuyo color realzaba el tono rojizo de sus cabellos. Además, la chaqueta entallada y la falda corta eran lo suficientemente atrevidas como para llamar la atención de Alexander.

Cuando por fin tomó el camino de adoquines que llevaba al vestíbulo principal del hotel, era casi mediodía. Las seductoras ondas de su melena le caían por los hombros. Un toque de máscara de pestañas acentuaba el color violeta de sus ojos. Tenía los labios húmedos y jugosos gracias a su brillo favorito, y las uñas de los pies, pintadas de rosa, asomaban por unas coquetas sandalias blancas.

Se sentía tan bien con su propio aspecto que tenía ganas de llorar de alegría. Nunca más volvería a dar por sentada su suerte, su belleza ni su juventud.

Al llegar a la puerta de cristal del vestíbulo, ésta se abrió automáticamente. La fuente de la entrada pareció saludarla. Unos muebles de madera de color miel con cojines de color crema rodeaban el gran piano de cola blanco. Exuberantes plantas tropicales separaban las diferentes áreas de reunión.

Sus zapatos taconearon sensualmente sobre los brillantes azulejos verdes hasta llegar a la recepción.

—Hola, soy la sobrina de Merry Montrose —dijo Merry, colocando su joven mano con las uñas perfectamente arregladas sobre el mostrador de roble.

Andi Jones, la conserje que Merry había entrenado personalmente y de la que estaba especialmente orgullosa, le dio la bienvenida con una sonrisa. La falda azul y la camisa blanca de Andi eran tan impecables y profesionales como sus cuidados modales.

—Buenas tardes, señora Montrose. Imagino que su tía le reservó una habitación.

—No —Merry sonrió brevemente, adoptando las maneras autoritarias que había perfeccionado como Merry Montrose—. Ella me contrató para ocupar su puesto.

—¿Perdón? —la sonrisa de Andi mermó, sin llegar a extinguirse.

—Anoche mi tía se puso enferma en la boda. Estaba exhausta, así que me llamó. He llegado poco antes del amanecer y la he encontrado muy cansada. Me dijo que necesitaba retirarse, así que lo preparé todo para que se fuera a casa.

—Entiendo.

—Y yo voy a ocupar su lugar. Al menos hasta que encontremos una sustituta definitiva para ella. Si alguien me necesita, estaré en mi oficina.

—Sí, señora.

Merry estuvo a punto de darse la vuelta para irse, pero se dio cuenta de que supuestamente no debía saber dónde se encontraba la oficina de su tía. Se suponía que era la sobrina de Merry y que era la primera vez que visitaba el complejo.

—¿Podrías indicarme dónde se encuentra mi oficina? —se dirigió de nuevo a Andi.

—Por supuesto, señora —repuso Andi. Después sonrió educadamente.

Pero detrás de Merry, habló la voz de Alexander Rochelle.

—Permítame, yo lo haré.

Los ojos de Merry se abrieron como platos. ¡Maldición! ¡Acababa de hacer su entrada y ya tenía que enfrentarse con el gran reto! Alexander Rochelle. Como encargada del complejo, «tía Merry» podía permitirse el lujo de contratarla como su sustituta, pero Merry sabía quién era el dueño y quién tenía la última palabra. Ella había planeado ganarse primero a los empleados, para después presentarse ante Alexander. Pero sus planes se habían ido al traste.

Sin embargo, si había una cosa que había aprendido durante sus años como celestina, era que los planes mejor montados podían irse al garete. Afortunadamente, también había aprendido que era capaz de manejar cualquier situación que la vida le presentara. Tomó aliento y se dirigió hacia Alexander.

Como siempre, él estaba absolutamente impecable. Su camisa

azul de sport hacía juego con sus ojos azul pálido y su cabello rubio. Había dejado los dos primeros botones de la camisa abiertos, lo que podría haber sido considerado como impropio de un empresario, pero sus pantalones perfectamente planchados y su saber estar le proporcionaban el aspecto profesional y sofisticado que lo caracterizaba.

Al verlo, Merry sintió que el aire se escapaba de sus pulmones y durante unos segundos. no pudo hablar. Comprobó que Alexander no le estaba sonriendo, como había hecho la noche anterior con «tía Merry». No sabía si su reacción se debía a que ella estaba hermosa y sexy con su traje de chaqueta y sus sandalias blancas. La verdad era que parecía furioso.

O quizás estuviese terriblemente contrariado porque Merry Montrose se había ido, o no le gustase que hubiera contratado a una sustituta por su cuenta, y encima a su sobrina. La princesa Merry se dio cuenta de su estupidez al no haber contado con que Alexander Rochelle no iba a aceptar el cambio de buena gana.

Alexander miró fijamente a la mujer que tenía frente a él, dudando si podría contener su rabia. Después de todos aquellos años, su prometida, la princesa Meredith Bessart, había tenido las agallas de llamar a su puerta. Sin avisar ni dar explicaciones. Sólo con un «hola, estoy aquí para ser la encargada de tu negocio».

¡Desde luego, no tenía ninguna intención de permitirlo!

No pensaba ni por un momento dejar que aquella mujer se riera de él como había hecho en la noche en que anunciaron su compromiso. Entonces él había reaccionado siguiendo el dictado de sus emociones y obviando a su razón. Alexander contó hasta cien, tratando de contener su enojo. Pero no sirvió de nada. ¿Cómo podía atreverse a aparecer así, diciendo que iba a encargarse de su complejo?

—Lo siento —dijo la princesa Meredith, sonriendo según extendía su mano hacia él para saludarlo—. ¿Su nombre?

Entonces Alexander se dio cuenta de que ella no lo estaba reconociendo. Era posible. La verdad es que él tampoco había dado muchas señales de vida en esos siete años. No había ninguna foto que mostrara su transformación. Había pasado de ser un desgarrado

muchacho de veinticuatro años a un atractivo hombre de treinta y uno. Cualquiera que no lo hubiera visto durante esos siete años habría sido incapaz de reconocer a aquel joven larguirucho en el hombre de espaldas anchas en el que se había convertido.

Alexander sonrió. Una vez más, la combinación de su aspecto más maduro y su nombre ligeramente modificado habían ocultado su verdadera identidad.

Y por primera vez en su relación con la caprichosa princesa Meredith, él llevaba ventaja.

—Soy Alexander Rochelle —dijo, estrechando su mano y siguiéndole el juego, con la intención de poder vengarse de ella—. ¿Y tú eres...?

—Soy también Merry Montrose, tengo el mismo nombre que mi tía.

—Bueno, Merry Montrose, yo soy el propietario de esto. Y, aunque tu tía tiene la potestad de contratar a su sustituta, esta decisión debe contar con mi aprobación.

—Entiendo —dijo Merry.

¿Lo entendía? Alexander se sintió tan sorprendido por aquella respuesta que casi dio un paso atrás. ¿Desde cuándo la princesa Meredith aceptaba una situación que no le gustase? Tal vez no lo hubiese entendido bien.

—No sólo tengo el poder para rechazar la elección de su tía, sino que en este caso creo que voy a hacerlo.

La expresión de Merry se tomó seria.

—Insisto, lo entiendo. Todo esto te ha pillado por sorpresa. Pero mi tía no me contrató para sustituirla para siempre. Estoy aquí hasta que encuentren a alguien que la reemplace —respondió, sonriéndole—. Para que ella no se sienta fatal por haberte abandonado sin avisar.

Alexander tragó saliva, mientras sentía que, a pesar suyo, el deseo lo atravesaba. La princesa Meredith tenía una sonrisa poderosa. Podía ser una niñata consentida, pero era muy hermosa. Su brillante melena rojiza resaltaba el inusual tono violeta de sus ojos. Sus jugosos labios pedían a gritos ser besados. El traje que llevaba dejaba adivinar un cuerpo absolutamente perfecto. Cualquier hombre la desearía.

Por suerte para él, había aprendido la lección y no iba a caer

otra vez bajo el hechizo de su belleza. Dio un paso atrás y la princesa Meredith continuó:

—Mi tía me contó tantas cosas de este centro vacacional que probablemente yo sea la persona más indicada para encontrar a quien la sustituya. Conozco todo lo que ha hecho, desde que empezó a trabajar aquí —dijo ella con una risa sensual y coqueta, despertando el instinto sexual de Alexander, tentándolo a coquetear también.

Decidido a no perder el control sobre sí mismo, Alexander se tomó un tiempo para responder. No entendía por qué la princesa Meredith se estaba molestando en reemplazar a su tía. De repente se dio cuenta de que él no estaba actuando correctamente. Como propietario del lugar, lo primero que debía preocuparle no era la princesa Meredith, sino la pérdida de su encargada perfecta. Además, sin explicaciones. No entendía porqué Merry Montrose no le había dicho nada.

—Yo acompañé a tu tía a su casa anoche, y no mencionó que quena retirarse.

—Es que no se dio cuenta de lo cansada que se encontraba hasta que se despertó esta mañana —sonrió la princesa Meredith—. Seguro que ella habría trabajado aquí para siempre si las cosas no hubieran... cambiado... anoche.

Alexander se fijó en aquel descuido de la princesa.

—¿Las cosas cambiaron? Creí que habías dicho que estaba simplemente cansada.

—Lo suficientemente cansada como para retirarse —le aseguró—. Nunca antes se había sentido tan cansada.

Alexander se cruzó de brazos mientras la princesa Meredith permanecía sonriendo frente a él, en espera de su veredicto. Sabía que Merry Montrose estaba cansada, pero también sabía que estaba muy orgullosa del trabajo que había hecho en La Torchére y no creía que fuera el tipo de persona que quisiera retirarse. Como propietario de un centro vacacional, sabía muy bien lo milagrosas que podían ser unas buenas vacaciones. Aunque Merry pensara que estaba tan cansada como para retirarse, después de dos semanas de descanso estaba seguro de que su activa encargada se iba a aburrir. Tal vez, incluso, hubiese enviado a su malcriada sobrina, una mujer sin ninguna experiencia, porque trataba de reservarse para ella el

puesto sin que se notara demasiado.

Eso tenía sentido.

Tener a la princesa Meredith como empleada temporal abría una posibilidad de recuperar a su maravillosa encargada. Todo lo que tenía que hacer era trabajar con la princesa Meredith un par de semanas.

Estudió sus delicados rasgos, sus hermosos ojos, su sonrisa serena... Dos semanas que podían ser larguísimas o muy cortas, según cómo se comportara su prometida. Quizá Merry Montrose no supiera que estaba enviando a su sobrina a trabajar con su futuro esposo, pero él sí lo sabía. Y no estaba seguro de si iba a poder aguantar a aquella mujer malcriada y egoísta.

El teléfono sonó, sacando a Alexander de sus pensamientos. Se dio cuenta de que una multitud de empleados los observaba revoloteando alrededor de la recepción. Si no tomaba una decisión rápidamente, seguro que Merry y él serían la comidilla de todos aquel día.

Echó una mirada a su prometida vestida con ese minitraje, a sus suaves ojos violeta y a su cabello rojizo brillando con los reflejos del sol. La única arma con la que ella contaba era su atractivo, y Alexander no estaba dispuesto a que la belleza de una mujer le impidiera cumplir con sus obligaciones o afectara a su forma de llevar el negocio.

—Hablemos en la oficina de tu tía —dijo, señalando un pasillo a su derecha y dirigiéndose a él, sin esperarla.

—Siento que mi tía se fuera sin avisar —dijo Merry al alcanzarle, tratando de congraciarse con él.

¿Desde cuándo la princesa Meredith se preocupaba por avisar?

—No te preocupes. Ya me di cuenta de que estaba cansada.

—Entonces, ¿lo entiendes?

Alexander pensó que lo entendía mejor de lo que la princesa lo hacía. Merry Montrose necesitaba descanso y la mejor manera de que volviera a su puesto era mantener en él a Meredith mientras tanto. No era una situación idílica, pero al menos tenía un as en la manga. Meredith no sabía quién era él.

—Sí, lo entiendo.

Al llegar a la puerta de la oficina de Merry, Alexander se detuvo.

—De acuerdo, puedes quedarte.

—¡No te arrepentirás! —dijo Merry, sintiendo impulsos de lanzarse a su cuello y besarlo. Pero Alexander se dio media vuelta y desapareció hacia el vestíbulo.

Merry suspiró. La cosa no estaba saliendo como había planeado. Había visto las llamas del deseo arder en los ojos de Alexander, pero también cómo él las había controlado para evitar sentirse atraído por ella. Merry pensó que tal vez se debiese a que Alexander tenía por costumbre no mezclar trabajo y placer. La verdad era que nunca lo había visto salir con alguien de la plantilla. Sin embargo aquél era un obstáculo superable, a pesar de que iba a robarle un poco del precioso tiempo del que disponía. Tenía que armar una estrategia efectiva para forzarlo a abandonar sus reservas de forma rápida.

Ya había explicado la desaparición de su tía en La Torchère y había tomado posesión de su oficina. El próximo paso era telefonear a su padre y enterarse de cuánto tiempo disponía.

Cayó rendida en su silla de cuero azul, frente al escritorio de madera de color miel, descolgó el auricular y marcó el número privado de su padre.

Su mayordomo respondió.

—¡Charles, Charles! ¡Soy la princesa Meredith! ¡Me alegro tanto de escuchar tu voz...!

Un silencio de muerte fue su única respuesta. Merry frunció el ceño. Debía haber esperado una reacción como aquélla. No sólo había desaparecido del mapa durante siete años, sino que además no había sido una princesa nada amable.

—Siento no haber podido despedirme antes de partir, Charles.

Silencio de nuevo.

Merry decidió dejar aquel asunto y reparar sus errores después, cuando volviera a casa.

—¿Está mi padre?

—Sí, señora.

—Genial. ¿Puedo hablar con él, por favor?

—Sí, señora.

Su padre tardó sólo dos segundos en ponerse.

—¡Merry! ¡Santo cielo! ¿Dónde te habías metido? ¿Estás bien? Lo único que sabíamos de ti era por esas notas que le habías enviado a Lissa —dijo, refiriéndose a su madrina—. Entendemos

que quisieras irte a estudiar a Estados Unidos, pero ¿realmente necesitabas hacerlo de incógnito?

Merry tragó saliva. Se había preguntado cómo Lissa habría explicado su desaparición. Teniendo en cuenta que todo había terminado ya y que había aprendido importantes lecciones durante ese tiempo, no pensaba contradecir la historia de Lissa.

—Sí. Mis clases han terminado —dijo, sencillamente.

—Mandaré un avión a buscarte.

—No, papá, no puedo regresar hoy mismo —respondió Merry. Necesitaba tiempo para encontrar un sustituto para su puesto en el complejo y, sobre todo, para tener una aventura romántica con Alexander—. No volveré hasta dentro de dos semanas.

—¿Dos semanas?

—Sí —dijo, paseándose hasta el espejo de su tocador en la oficina y sonriendo ante su reflejo—. Necesito unas pocas semanas para encontrarme a mí misma de nuevo.

—¿Encontrarte de nuevo?

Merry se dio cuenta de que había hablado de más, había revelado una pizca de información sobre lo que había vivido aquellos siete años. Ahora que el embrujo estaba roto, sentía que podría revelárselo a su padre.

—¿Merry?

Tomó aire. A pesar de que Lissa había fabricado una buena excusa para explicar su ausencia, Merry quería contarle la verdad a su padre. Quería explicarle todo por lo que había pasado. Contarle que había una buena razón para haber cambiado tanto, explicarle que ya no era una princesa malcriada.

Aun así, no era algo que se pudiera contar por teléfono, sino en privado, tomando una taza de café con él. No como miembro de la familia real, sino como su hija.

—Te lo explicaré todo cuando llegue a casa.

—Eso espero —respondió su padre en tono de advertencia.

—Papá, no he hecho nada malo, ni tonto, ni frívolo, de verdad. Te prometo que estaré de vuelta para el día de mi cumpleaños.

—¡Eso son tres semanas, no dos! —se quejó él.

Teniendo en cuenta que sólo tendría ese tiempo para vivir un verdadero romance con Alexander, Merry se puso triste.

—Tres semanas no es tanto tiempo.

—Está bien —contestó el rey, notando el tono de melancolía en la voz de su hija.

—Gracias, papá.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Merry. A pesar de ser un rey, su padre siempre la había tratado con gran deferencia. Siempre la había querido, a pesar de lo mal que ella se había comportado con su segunda esposa. Se sintió muy arrepentida. Realmente tenía mucho que arreglar cuando volviera a casa.

—Te quiero, papá —dijo Merry.

—Y yo te quiero también —susurró su padre, sin poder ocultar la sorpresa que le había causado ese comentario.

Durante toda la tarde, Merry estuvo tratando de urdir un plan que hiciera que Alexander se rindiera ante sus encantos. No se le ocurrió nada hasta que pasó frente a la boutique de La Torchère y en su escaparate vio un biquini tanga de color blanco.

Si algo podía hacer sucumbir a un hombre, era aquel biquini. Además, Merry conocía bien los horarios de Alexander y sabía cuándo podría encontrarlo solo. Cada noche, Alexander tomaba una copa en su piscina privada, antes de pedir la cena en el Café Greenhouse. Todo lo que tenía que hacer era simular que se había perdido, encontrárselo allí y... voilà. Al verla con ese biquini se quedaría sin palabras. Tras coquetear un poco para hacerle saber que estaba interesada en él, Alexander caería rendido a sus pies.

Era un plan perfecto.

Merry entró en la boutique y en cinco minutos salió con su arma secreta bajo el brazo. Pero no se sintió tan confiada cuando se probó aquel escaso biquini blanco y se estudió en el espejo de su dormitorio.

El biquini apenas cubría lo que tenía que cubrir, pero aquello no era el problema. Sus caderas y muslos estaban fuertes y bien torneados. Su vientre, plano. Sus pechos, firmes. Había llevado ese tipo de biquinis millones de veces antes de haber sido convertida en una anciana. Entonces, ¿qué era lo que fallaba? ¿Por qué sentía un nudo en el estómago?

Pensó que aquella sensación se debía a los nervios. Se puso el albornoz violeta y salió de su casa, justo cuando el sol se ponía.

Nubes de color rosado, rojo y azul parecían aplaudir al sol por su trabajo del día. Merry se sintió muy emocionada por lo que esperaba que ocurriera aquella noche. Pronto estaría en los brazos de Alexander. Pero al imaginarse besada, abrazada, amada por él, volvió a sentirse mareada.

Se detuvo en el punto del camino en que podía elegir entre ir a la playa o continuar hasta la casa de Alexander. Aunque era el jefe, él había querido que su residencia no destacara entre las de los demás empleados en cuanto a su tamaño o su diseño. Pero el seto que la rodeaba camuflaba la gran diferencia con la demás casitas: la piscina privada.

Merry sabía que la puerta estaría abierta porque cada noche el guardia de seguridad se encargaba de cerrarla, un poco más tarde. Conocía bien sus hábitos. Era el momento y sabía que su aspecto era estupendo. Además, no tenía tiempo que perder. Como mucho, tres semanas.

Se sintió temblar mientras se coló por la puerta abierta. Echó una mirada a las puertas de cristal de la casa; la lámpara estaba encendida, clara señal de que él estaba allí.

Nerviosa, se quitó el albornoz. No sabía si era mejor esperarlo en la piscina o tumbada en una de sus hamacas. Lo mejor sería tirarse al agua, así, con el ruido él saldría rápido a ver quién andaba por allí. No tenía mucho tiempo, así que dejó su albornoz y saltó a la piscina. Nada más sacar la cabeza para tomar aire, Alexander abrió su puerta de cristal.

—¿Quién diablos...? ¿Merry?

El corazón de Merry se detuvo unos instantes al verlo. Aquella tarde, Alexander había cambiado su atuendo habitual por un traje negro para una reunión y, ahora, sin la chaqueta y con las mangas de la camisa blanca desabrochadas, estaba tremendamente sexy.

—Oh, Alexander, hola. ¿Qué estás haciendo aquí?

Aunque le resultaba difícil, Merry trató de fin gir.

—Vivo aquí.

—Todos vivimos aquí —contestó Merry, tratando de parecer confundida.

—No, yo vivo aquí —dijo él, señalando al suelo que pisaba—. Esta es mi casa y ésta es mi piscina privada.

—¿Piscina privada? —ella simuló no saberlo, mientras salía de

la piscina por la escalera. El agua chorreaba sensualmente de su cabellera a sus hombros, de sus hombros a sus pechos, de sus pechos a su planísimo estómago, de su estómago... a la fina tira del tanga sobre sus caderas. Se sacudió el cabello y lo apartó de la cara —. ¿Qué quieres decir con que es tu piscina privada?

—Esta es mi casa. Esta es mi piscina —respondió él lentamente, absorbido por el increíble espectáculo que ofrecía el cuerpo de aquella mujer. Mientras la miraba, ella observó cómo sus ojos se incendiaban de deseo, confirmando lo que había sentido ese mediodía. Sin duda la encontraba atractiva.

—Mi casa no tiene piscina,—dijo Merry, temblando por una mezcla de nervios y deseo.

—Porque tú eres la empleada —dijo él, retirando la mirada de las curvas de su cuerpo para fijarla en sus ojos. Estaba claro que Alexander trataba con tesón de resultar desagradable, pero nada de lo que decía podía borrar el deseo de sus ojos—. Yo soy el dueño. Yo me quedo con la casa de lujo. Tú te quedas con una que no está mal, pero que no es de lujo.

Por el tono de su voz, no había duda de que estaba furioso con ella. Pero el modo en que sus ojos la miraban revelaba otras emociones. No estaba todo perdido, había una batalla que ganar, pensó Merry. Lo importante era que él no dejara de mirarla y que no se moviera de allí, y por el momento Merry lo estaba consiguiendo.

Aun así, no lo sentía como un triunfo. Al observar cómo le miraba los pechos, supo por qué aquello no era una victoria. Era simplemente una atracción sexual, la respuesta a unos impulsos físicos. No había nada romántico en la forma en que Alexander la estaba mirando. Lo que ella perseguía era una aventura amorosa inolvidable para los dos, no un mero encuentro sexual.

Merry se puso frente a él, no demasiado cerca, obligándolo a mirarla a la cara.

—Lo siento, no quise irrumpir en tu intimidad —dijo, tratando de cambiar las tornas de la conversación.

El tomó aire y dejó de mirarla, no sin que antes Merry pudiera adivinar que se estaba sintiendo muy incómodo. Entendió entonces por qué todo se había ido al traste. Estar con una extraña casi desnuda lo había hecho sentirse mal.

—Vuelve a tu casa —dijo. Dio media vuelta y entró en su casa, cerrando la puerta de cristal de un golpe y corriendo las cortinas.

Merry pestañeó. Sus esperanzas se desvanecieron al darse cuenta de que había fracasado. Le había hecho sentir tan incómodo que probablemente nunca volviera a hablarle.

Agarró su albornoz y salió de allí antes de que nadie pudiera verla en la zona privada del jefe. Sus pasos se calmaron con los suaves sonidos de la noche y del mar. Empezó a pensar más claramente y comprendió no sólo la reacción de Alexander, sino por qué ella se había sentido extraña desde el principio del plan.

No había sido por el biquini. Los trucos que había usado cuando era la coqueta princesa Meredith siete años atrás ya no funcionaban... al menos no funcionaban con los hombres de verdad.

Y Alexander era un hombre de verdad. Por eso le gustaba. No quería tener el romance de su vida con un chico tonto. Ella quería un hombre. Pero un hombre de verdad no sucumbía a los truquillos de una jovenzuela.

Y lo peor era que él ya estaba sobre aviso. Sólo tenía tres semanas para estar con él, pero iba a estar tan a la defensiva que no querría estar con ella en la misma habitación más tiempo del necesario.

¡Lo había echado todo a perder!

CAPÍTULO 3

DESPUÉS de cerrar la puerta de cristal, Alexander se dio media vuelta. Sin detenerse, pasó al comedor, amueblado sólo con una larga mesa de madera de roble y con sillas alrededor, con una alfombra roja sobre el suelo de cerámica de color arena, y llegó hasta la cocina.

No sabía qué diablos le pasaba a la princesa Meredith Bessart. Estaba claro que la mujer que un día lo había calificado como repulsivo, acababa de ponérsele en bandeja.

Sabía que había madurado en los últimos siete años. Ya no era el gatito feo al que ella había insultado en aquella fiesta. Así que quizás ya no lo encontrara repulsivo. Además, se había acostumbrado a que las mujeres lo persiguieran, aunque la mayoría sólo quería su dinero. Y las pocas que conocían su identidad buscaban en él el prestigio social que otorgaba salir con un príncipe. Pero la princesa Meredith tenía su propio dinero. Tenía su propia posición real. Él no tenía nada que ella pudiera desear. Su comportamiento en la piscina no tenía ningún sentido.

Con estos pensamientos vació su botella de whisky escocés en el fregadero. Necesitaba estar despejado para pensar. La princesa le había puesto en jaque en la piscina. No porque no pudiera resistirse a ella, sino porque se había dado cuenta de que tendría que esforzarse por hacerlo. Había asumido que mientras ella estuviera allí, iba a jugar a ser encargada, a mandar a los empleados y a coquetear con los clientes. Pero lo que no se había imaginado era que fuese a coquetear con él. Al haber sido pillado por sorpresa, sus instintos masculinos casi lo habían desbordado.

¿Y por qué no? Malcriada o no, egoísta o no, la princesa Meredith era una mujer hermosa y atractiva. Hasta un monje de clausura habría tenido dificultades para resistirse a sus encantos.

La mejor manera de solucionar el problema era no verse a solas con ella de nuevo, mantenerse lejos. Si Meredith estaba buscando diversión y quería mostrarlo como su trofeo del día, estaba dispuesto a evitarla. No iba a caer en sus garras, así la princesa se aburriría antes y llamaría a su tía para que regresara pronto. Era un plan tan inteligente a la vez que sencillo, que Alexander se

tranquilizó.

Consiguió evitarla durante dos días, hasta que la princesa Meredith convocó una reunión de ejecutivos a la que Alexander no podía faltar.

Pero, teniendo en cuenta que todos los jefes de departamento estarían allí, no se preocupó. Sin embargo, cuando llegó el primero a la sala de reuniones y se encontró a solas con su prometida, se quedó helado.

Ella estaba vestida con un discreto traje de chaqueta de color melocotón y sandalias marrones. La princesa Meredith no trataba de resultar sexy, pero de hecho lo era. Su chaqueta y su falda acentuaban los atributos de su perfecta figura. Y, sobre todo, nada podía ocultar su sensual cabellera enmarcando aquellos ojos tan hermosos.

Alexander consiguió mantener el tipo. La saludó y se sentó en la otra punta de la mesa, fijando su atención en el orden del día. Tras echar un vistazo a los informes de la semana, donde se reflejaba que tres solteros y dos solteras habían abandonado el hotel antes del tiempo que habían contratado inicialmente, el humor de Alexander cambió y se olvidó de las curvas de Merry. ¡En sólo tres días al frente del complejo, la princesita mimada estaba poniendo el negocio en peligro!

El momento de ignorar a la princesa Meredith había pasado. Quería a Merry Montrose de vuelta. Y la quería ya.

—El número de personas que han dejado el hotel antes de lo previsto es inadmisibile —dijo, sin levantar la vista del informe.

—Bueno, a veces cosillas como ésta pasan en los momentos de transición —dijo Merry, carraspeando un poco.

—¿Cosillas? —inquirió Alexander, recostándose en su asiento—. Cinco clientes se fueron antes de lo previsto, eso significa que estaban aburridos.

—Le diré a Constance, la directora de tiempo libre, que se esfuerce más para que hombres y mujeres participen juntos en actividades y deportes —respondió Merry, nerviosa, mientras se levantaba por una taza de café.

—No lo harás —comenzó Alexander, antes de callarse, porque

de pronto su atención se había quedado fijada en cómo la tela de la falda se ajustaba al trasero de Merry, reviviendo la imagen de esa misma silueta en el tanga de la noche anterior. Se le hizo la boca agua.

Enojado consigo mismo porque estaba siendo débil, Alexander levantó la mirada. Al mismo tiempo, la princesa se giró para mirarlo a la cara y de pronto se encontró a sí mismo clavando los ojos en su escote, como un tonto. Enfadado porque su cabeza no hacía más que despistarse y más impaciente que nunca por que volviera su antigua encargada, lanzó los informes sobre la mesa y habló con tono afilado.

—Tu tía Merry se encargaba de cosas como ésta personalmente. Y quiero que las cifras vuelvan a estar como cuando ella era la encargada. Yo la acompañé la noche anterior a que se fuera.

Estaba cansada, eso es todo. No habló de retirarse ni de ser sustituida. Y yo no estoy en absoluto contento con que estés tú aquí.

La princesa Merry tomó aire pero, antes de que pudiera responder, la puerta se abrió y entró la jefa de personal, Lissa Piers. Era una mujer madura con el cabello castaño recogido en un apretado moño, estaba vestida con la falda azul y camisa blanca que llevaban las empleadas. Entró luciendo una amplia sonrisa, pero ésta se eclipsó al ver a Alexander. Miró a Alexander y a Merry, y a Alexander de nuevo. Se puso roja como un tomate y, entonces, Alexander se dio cuenta de algo que había estado delante de sus narices todo ese tiempo. Merry Montrose, la tía de la princesa Meredith, quizá desconociese quién era él, pero Lissa Piers sí que lo sabía. Lissa era la madrina de la princesa Meredith, y seguramente estuviese detrás de la repentina aparición de la princesa en el complejo.

Él se ocuparía de ponerle freno a cualquier maquinación.

—Entra, Lissa —dijo, con una voz tan suave y peligrosa como el buen whisky.

—Buenos días, Merry —dijo Lissa, sin dejar de mirar a Alexander con los ojos muy abiertos. Estaba en apuros.

—Alexander, no sé si Lissa te lo ha dicho, pero ella es mi tía y mi madrina —dijo Merry, consciente de la tensión que había surgido entre Lissa y Alexander.

Lissa levantó las cejas sorprendida, pues no esperaba esa

revelación de Merry.

Para Alexander, aquel comentario confirmó su sospecha de que Meredith no lo había reconocido. Si no, no le habría presentado a su madrina, a quien él ya conocía. Sin embargo, no entendía por qué Merry mencionaba aquella relación de parentesco.

—Espero que no te importe que los familiares trabajen juntos —añadió Meredith.

Alexander lo entendió todo. La princesa Meredith pensaba que él estaba enfadado con ella porque su tía Merry había contratado a alguien de su familia como sustituta temporal. Y aquello no sólo era cierto, sino que podía traerle problemas. Si Merry Montrose pensaba que él estaba disgustado con ella, corría el riesgo de que no regresase.

—No —dijo, tratando de arreglar el malentendido en el acto—. Mientras cada uno cumpla con su trabajo, no me importa con quien esté emparentado.

—Bien —dijo Merry. Entonces miró a Lissa, que acababa de sentarse—. Lissa, cuando llegaste, Alexander y yo estábamos hablando sobre la jubilación de mi tía Merry y yo estaba a punto de recordarle que mi estancia aquí es sólo temporal.

—Sí, así es —dijo Alexander, sorprendido porque Merry no había aprovechado la distracción para cambiar de tema.

—Cuando ocupé el lugar de mi tía hace tres días, le dije a mi padre que sólo estaría aquí durante tres semanas. Y tengo que confesar que los últimos dos días he estado pensando en regresar aún antes, pero cambié de idea al ver las cifras de clientes que habían abandonado el hotel antes de lo previsto. Pretendo quedarme hasta que esas cifras sean las que deberían. Ni mi tía ni yo queremos que el complejo se resienta a causa de su retiro. Pero no puedo quedarme más de tres semanas. Mi padre insiste en que debo volver a—casa antes de mi treinta cumpleaños —dijo Merry, tomando aire—. Y yo debo satisfacer su deseo porque allí tengo un compromiso que cumplir.

—Y es un gran compromiso, señor Rochelle —le recordó Lissa.

Por la forma en que Lissa lo miró, Alexander entendió que trataba de decirle algo. Frunció el ceño. Merry no podía quedarse porque tenía que volver a casa a cumplir con su compromiso.

Y el único compromiso de Merry, que él supiera, era...

¡Oh, cielos!

¡Ella volvía a casa para casarse con él! ¡En un mes podían estar casados!

Cuando terminó la reunión, Alexander tomó a Lissa por un brazo y la guió, por la salida trasera del vestíbulo, hacia el camino de adoquines que iba a su casa. No dijo una palabra hasta que estuvieron dentro, con la puerta cerrada.

—¿Qué diablos está pasando? —preguntó Alexander.

—No estoy muy segura —sonrió Lissa.

—Venga ya. Se quién eres tú y también sé quién es ella. No soy tan estúpido como para no darme cuenta de que ella está aquí por alguna razón. Y sea cual sea su plan, tú estás detrás de él.

—La princesa Meredith sólo es mi sobrina. No tiene la obligación de revelarme sus planes —repuso Lissa.

—¿Así que tiene un plan?

—No tengo ni idea. Pero si tuviera que adivinarlo, diría que está tomándose unas vacaciones antes de volver a casa para enfrentarse con su padre —dijo Lissa, riendo.

Alexander pensó que Merry regresaba a casa para anunciar que mantendría su promesa de casarse con él, así que el comentario de Lissa lo sorprendió.

—¿Qué quieres decir con enfrentarse a su padre? —preguntó.

—¿Acaso crees que tú eres la única persona que no la ha visto en siete años? —respondió Lissa.

—Sí. Pensé que estaba escondiéndose de mí. Para no casarse conmigo.

—Pues no es así. Pero no soy yo quien debe contarte esa historia. Cuando llegue el momento, seguro que la princesa Meredith en persona te la contará.

—La verdad, me importa un pimiento por qué se fue. Lo que sí me importa es qué va a pasar cuando regrese a casa.

—¿No quieres casarte con ella? —dijo Lissa, hablando sin rodeos.

—Hace años di mi palabra de honor de casarme con ella.

—Y no te entusiasma... ¿o sí?

Alexander suspiró. No tenía ninguna intención de explicarle a

Lissa por qué pensaba que sólo un tonto se podría entusiasmar con un matrimonio que, en el mejor de los casos, era una negociación, si no una guerra entre los esposos. Sus padres le habían enseñado que no había lugar para los sentimientos en un enlace hecho por el bien de la nación.

—No importa si me entusiasma o no —repuso finalmente.

—Por supuesto que sí. ¿Crees que quiero ver a mi ahijada en un matrimonio infeliz? —dijo Lissa, con voz suave.

—Creo que ni Merry ni yo tenemos elección.

—Puedes pedir que se rompa el acuerdo.

—No, no puedo. Merry hizo una promesa a su padre, pero yo se lo prometí a mi país —dijo él, sacudiendo la cabeza.

—Entonces parece que tendrás que hacer que ella rompa su compromiso, ya que el suyo es el menos fuerte de los dos.

—No deseo que ella rompa su compromiso. Mi país necesita esta alianza.

—Pues estás más atrapado de lo que crees. Tu país necesita esta alianza pero yo no voy a consentir que mi ahijada sea una esposa desdichada. Así que tienes que pensar en cómo conseguir un matrimonio feliz.

—Los matrimonios de conveniencia no suelen ser felices, y menos aún en nuestro caso —dijo Alexander, agitando su cabeza como si estuviera sorprendido.

—¿Por qué?

—Porque tu ahijada es una piñata mimada y egoísta.

—Ya no. Siete años fuera han cambiado completamente a la princesa Meredith —respondió Lissa con el rostro iluminado.

—Lo dudo —dijo él, mirándola con aire escéptico.

—No tienes por qué creerme. Si pasas un poco de tiempo con ella te darás cuenta de que ya no es la princesa que hace siete años buscaba pelea con cualquiera que se cruzara en su camino.

—No creo que se comporte de forma honesta delante de mí —gruñó Alexander.

—Por lo que he podido ver en la reunión, es muy honesta contigo.

—Querrás decir que es honesta con su jefe.

—Y tú eres su jefe. Así que es honesta contigo.

Alexander frunció el ceño y se hundió en su sillón de cuero

negro. Aunque era cierto que la princesa se había comportado con él de forma aparentemente honesta, también era verdad que se le había ofrecido de una forma burda la noche anterior. Aunque, por supuesto, no iba a hablarle a Lissa sobre aquello.

—Es absurdo —declaró Alexander.

—No tanto. Tienes la oportunidad de conocer bien a tu prometida, algo que la mayoría de las parejas de conveniencia no tienen. Tenéis la oportunidad de conoceros sin que el peso del matrimonio flote sobre vuestras cabezas. La princesa no tiene ni idea de quién eres. Si juegas bien tus cartas en estas dos semanas y media, no sólo podrás conocer su verdadera personalidad, si no que además, tendrás la oportunidad de mostrarle cómo eres tú.

—No quiero formar parte de ningún teatro.

—A menos que Merry y tú lleguéis a algún acuerdo ahora, el resto de vuestras vidas sí que será un gran teatro. No olvides que en las cenas de estado y en las fiestas reales, tendrás que simular que ella te gusta —Lissa hizo una pausa y lo sonrió—. ¿Por qué no pruebas a ver si te gusta de veras?

—No me gusta.

—Te he dicho que ella ha cambiado.

—Nadie puede cambiar tanto.

Lissa apoyó las manos en sus rodillas y se levantó, encaminándose a la puerta.

—Merry lo ha hecho. Y tienes la oportunidad de comprobarlo, así como de demostrarle que tú no eres el principito asustadizo que dejó atrás hace siete años. Tú eliges. Puedes hablar con ella hoy mismo, confesarle quién eres y tener el matrimonio impersonal y rígido al que crees que estás destinado, o puedes darle la oportunidad de demostrarte que ha cambiado. Y mejor aún, demostrarle que tú eres diferente. Tal vez ella necesite ver con sus propios ojos que ya no eres el jovencuelo del que se rió en vuestra fiesta de presentación, príncipe Alec —dijo, recalcando su nombre real.

Lissa salió de la sala y Alexander suspiró con fuerza. No le gustaban los jueguecitos. Pero Lissa tenía algo de razón. Tal vez fuera una pérdida de tiempo tratar de darle a Merry una oportunidad para demostrar que había cambiado, pero sí se sentía tentado de demostrarle a su prometida que él ya no era el tontorrón

que había dejado atrás. Era el director de un imperio y ella no tenía ni idea de en qué se iba a meter cuando se casara con él. Aparte de su nueva riqueza. Aparte de su nuevo atractivo. Ahora él era un hombre poderoso y seguro de sí mismo. Un hombre a su altura y a la altura de la familia de Merry. Ya no estaba en desventaja.

Quizá fuese mejor que la princesa Meredith lo conociera como una observadora objetiva, antes de convertirse en su prometida o su esposa. Porque estaba decidido a casarse con ella. Su país necesitaba aquella alianza.

La princesa Meredith estaba de pie en la puerta de su casa. Era medianoche, y vio de reojo su albornoz blanco, pero decidió no ponérselo. Abrió la puerta y salió hacia el camino de adoquines que llevaba a la piscina Oasis. Era una noche templada. Llevaba un biquini nuevo que había comprado después de tirar el tanga a la basura. Ese era mucho más recatado que el anterior, sin dejar de ser sexy.

Era la indumentaria apropiada para que la encargada del complejo se encontrara con los clientes del hotel que no pudiesen dormir. El plan de Merry era mezclarse con ellos y presentar a una o dos parejas de solteros para que la gente lo pasara bien y dejara de irse del hotel antes de tiempo. Así podría demostrarle a Alexander que era capaz de hacer su trabajo mientras buscaba a un sustituto. Ya no tenía ninguna intención de seducirlo. El sólo se sentía atraído por ella. La encontraba bonita y atractiva, y tal vez quisiese dormir con ella. Pero ella no le caía bien y Merry sabía por qué.

Durante la reunión de aquella mañana, Merry había caído en la cuenta de que Alexander pensaba que ella había apartado a su tía de allí. En cierta forma, así era. Como no podía convertirse en una anciana de nuevo, era imposible que Merry Montrose volviera a La Torchère. Y Alexander quería que la vieja regresara. Quería que trabajara para él de nuevo, lo que hacía la situación de la princesa Meredith bien difícil. No podía explicarle que la tía Merry ya no existía. Tendría que conseguir que él aceptara su sustitución. Pero sin la magia con la que había contado como anciana, carecía de las armas necesarias para hacer de casamentera. Con lo cual, Alexander

estaría insatisfecho con su labor.

Cuando llegó, la luna brillaba en el agua de la piscina olímpica, acompañada del murmullo de una cascada y rodeada por exuberantes jardines tropicales. Desgraciadamente, no había ningún cliente del hotel por allí.

—¿Estás sola?

Al escuchar la voz de Alexander Rochelle, Merry pegó un brinco. Estaba de pie bajo un grupo de palmeras e hibiscos, pero apenas lo veía entre las sombras que la luna y los árboles producían. Sin embargo, su masculina e inconfundible voz fue suficiente para hacer temblar a Merry. No comprendía por qué él había elegido la piscina pública para nadar, en vez de la suya propia, pero no dijo nada para no recordarle la embarazosa situación ocurrida noches atrás.

—Esperaba no estarlo. Éste era uno de mis lugares preferidos para presentar a los solteros entre sí.

—¿Uno de tus sitios preferidos?

La princesa había metido la pata y trató de arreglarlo.

—Quiero decir... uno de los sitios preferidos de mi tía. Eso me contó. Yo esperaba seguir con su trabajo, para que nadie se fuera del hotel antes de la fecha contratada.

—Oh —dijo él, saliendo a la luz de la luna. Suaves rizos rubios cubrían su pecho desnudo. Sus brazos eran musculosos y estaban bien torneados. Su bañador negro dejaba ver unos muslos fuertes y bronceados. Estaba descalzo—. Parece que tu plan ha fallado. Estamos tú y yo solos esta noche.

El tono sensual en la voz de Alexander hizo que Merry se derritiera. Aunque sabía que no estaba tratando de seducirla, la luz de la luna flotando sobre ellos lo convertía todo en romántico. Y el hecho de que Alexander llevara puesto sólo el bañador, no ayudaba nada.

Merry tenía claro que ella no le gustaba y que no había ninguna posibilidad de romance entre ellos. Tragó saliva y dio un paso atrás.

—Sí. Estamos solos.

—¿Me tienes miedo? —preguntó él con curiosidad.

—Por supuesto que te tengo miedo. Eres mi jefe. Podrías despedirme —dijo ella, riendo.

—Pero hoy dijiste que no podías quedarte más tiempo del que le

habías prometido a tu padre.

No hay razón por la que preocuparte si vas a dejar el trabajo en unos días.

—Sí que la hay, si pretendo ser eficiente en mi trabajo. Y eso es lo que pretendo —dijo ella, mirándolo a los ojos para dejar claro que estaba siendo sincera.

—Nunca lo habría adivinado —dijo él, sonriendo.

Merry agudizó la mirada. A pesar de la atracción sexual, ella no le había caído bien a aquel hombre desde la primera vez que la había visto en la recepción del hotel. Y sabía que era porque él quería que volviera Merry Montrose. Si ella no conseguía hacer que la considerara eficiente, él tampoco aprobaría al sustituto que eligiera y se pasaría toda la vida buscando a una encargada que no existía. Incluso podía llegar a seguirla hasta Silestia en busca de su tía, creando muchos problemas.

—¿Sabes cuál es tu problema? Sacas conclusiones demasiado rápido. Nada más conocerme decidiste que no te gustaba, sin saber nada de mí.

—Eso podemos arreglarlo. Estamos aquí ahora. Y solos. Podemos conocernos el uno al otro.

—No lo creo —dijo Merry. Esa no era la respuesta que ella esperaba. Además, la voz de él había sonado seductora.

—Acabas de decir que no estaba siendo justo contigo. Así que te estoy dando la oportunidad de arreglarlo. ¿No la quieres?

—La mayoría de los jefes no tratan de conocer a sus empleadas en piscinas solitarias.

—No veo por qué éste es un mal sitio —dijo él, mirando a su alrededor—. Por lo menos tenemos mucha intimidad.

Merry no entendía qué era lo que él quería. Hasta ese momento, no había querido tener nada que ver con ella y de pronto la encontraba en la piscina de noche y le sugería hablar. No tenía sentido...

A menos que se hubiera arrepentido de su reacción ante el intento de seducción de Merry hacía tres noches. Si era así, se iba a llevar un chasco. Si sólo buscaba sexo, ella no estaba interesada. Merry quería tener un romance con aquel hombre, no un encuentro fortuito.

Y aunque él también quisiera tener un romance, ya era

demasiado tarde. Si se liaba con él en aquel momento, en el que toda la plantilla sabía que ella estaba fallando en su trabajo,, la gente iba a pensar que Alexander la había contratado para acostarse con ella.

—Creo que debo irme —dijo ella.

—¿Por qué?

—¿Es que no entiendes que eres mi jefe? —le preguntó.

—Hace tres días no te importaba que fuera tu jefe.

—Hace tres días no sabía que algo estaba fallando en el negocio por mi culpa. No quiero que la gente piense que estoy en este puesto sólo por mi relación con el jefe.

Alexander la miró fijamente. O Lissa tenía razón en que Merry había cambiado, o Merry era una excelente actriz.

—¿Y si te prometo comportarme como un perfecto caballero esta noche y no mencionarle nuestra conversación a nadie? Aquí nadie puede vernos y, a menos que tú lo cuentes, nadie sabrá que hemos estado hablando a solas.

Ella respiró hondo y Alexander se fijó en que llevaba un bañador completamente diferente al que había llevado hacía tres noches en su piscina privada. No entendía bien qué estaba pasando con su prometida, pero estaba claro que había cambiado.

De golpe comprendió a qué se había referido Lissa con aquello de conocer bien a su futura esposa. Gracias a esa breve conversación con su prometida, ya había aprendido que se podía discutir con ella sin rabietas ni gritos. También comprobó que sabía reaccionar bien cuando estaba bajo presión. Y supo que había aprendido muchas más cosas en aquellos siete años. Si iba a tener que tratar y negociar con ella cuando estuvieran casados, le convenía conocer todas sus nuevas habilidades y cualidades, antes de que ella estuviera sobre aviso y quisiera ocultarlas.

—Quieres que hablemos como jefe y empleada, nada más —dijo Merry, mirándolo.

—Sí —contestó Alexander.

—De acuerdo —dijo ella, soltando un gran suspiro.

—De acuerdo.

—¿De qué quieres hablar? —preguntó Merry, tomando aire y echando una rápida mirada alrededor.

—Primero, ¿qué tal si encontramos dónde sentarnos?

—Ahí hay mesas —dijo Merry, señalando unas mesas iluminadas por las farolas junto a la verja.

—Demasiada luz. Además, las sillas son incómodas. Las ponemos así a propósito para que los huéspedes se sientan impulsados a sentarse alrededor de la piscina —la interrumpió Alexander.

—En las hamacas...

—No es fácil mirarse a la cara tumbado en una hamaca. Tomemos una manta, así nos podremos sentar y relajarnos.

—Eso me parece demasiado íntimo.

—Ya te he prometido que me comportaré como un caballero —dijo, abriendo el baúl blanco en el que se guardaba la ropa de piscina. Tomó una manta del hotel y la llevó hasta el césped, extendiéndola en el suelo—. Vamos, elige un tema sobre el que podamos hablar.

—¿Qué tal sobre el hotel? —dijo ella, nerviosa.

—Es una buena idea —dijo Alexander, sentándose sobre la manta. Merry había elegido ese tema de conversación para hablar de negocios, sin reparar en que el complejo era la pieza clave para explicar quién era él. Y no estaba dispuesto a dejar pasar la oportunidad—. Se gana mucho dinero haciendo que la gente se sienta bien. Yo conocía bien algunos complejos y spas europeos. Así que apliqué lo que sabía aquí y voilá, tuve éxito.

—Es una idea genial —dijo Merry, acercándose lentamente a la manta. Él señaló un espacio vacío a su lado, animándola a sentarse mientras continuaba hablando de sí mismo a la mujer que un día sería su esposa.

—No pienso que sea genial. Tan sólo tengo sentido común. Combiné mis conocimientos con mis necesidades. Una fórmula conocida desde que el hombre es hombre.

—Es una fórmula antigua, pero no tanto —dijo Merry, aproximándose dubitativa hacia la manta.

—Bueno, dejémoslo en un poco antigua, ¿de acuerdo? —dijo él, riendo. No se había percatado antes de que el estar nerviosa la hacía ponerse picajosa.

—¿Por qué te vendes tan barato? —dijo ella, mirándolo fijamente.

—¿Perdona?

—Me queda muy claro que trabajaste muy duro para convertir este lugar en un complejo exitoso —dijo, enojada con él, sentándose sobre la manta—. Supongo que trabajaste también muy duro en tus otras empresas porque te gusta lo que haces. El éxito es una fuente de placer para ti. Pero eso no significa que no merezcas todo lo que tienes, Alexander.

El se quedó mirándola boquiabierto, dándose cuenta de que la había subestimado. Ella parecía conocerlo bien. Tan bien que se quedó sin habla. Merry valoraba que, aunque le gustara su trabajo, eso no le quitaba mérito. Reconocía que merecía lo que había conseguido. El no tenía que demostrarle nada, que convencerla de nada... ¡Diablos! No tenía que dar explicaciones. No tenía que hablarle de sus otros negocios ni contarle que era un hombre con influencias y poderoso. La mujer que iba a ser su esposa lo entendía.

Tragó saliva, sus pensamientos lo sobrepasaban. En ese momento, cayó en la cuenta de que no eran más que dos personas medio desnudas y solas en una hermosa piscina. Merry estaba sentada con las piernas cruzadas y tenía su rodilla a tres centímetros de él.

—Casi no hay nubes —dijo ella con voz suave, mirando al cielo—. En las ciudades hay tanta luz que no puedes ver las estrellas. Pero en este lugar siempre se ven. Fue una idea brillante el elegir una isla lo suficientemente apartada de la ciudad.

Su voz estaba llena de admiración y Alexander recibió el comentario como un cálido cumplido. No quería que ella le hiciera la pelota, y sin embargo era la primera persona que valoraba su elección. Le había llevado mucho tiempo escoger aquella isla y no otra. No podía evitar sentir orgullo ante sus alabanzas.

—Debes de estar orgulloso de ti mismo por conservar este pequeño paraíso —añadió Merry.

—Lo estoy.

—La leyenda cuenta que empezaste desde cero.

—Así es.

—Y para ser un tipo que hace un rato insistía en hablar, eres muy callado —dijo ella, riendo y dándole un suave codazo, juguetonamente. Alexander sintió aquel ligero contacto resonar en todo su cuerpo. Merry no sólo sabía más sobre él y La Torchère de

lo que jamás hubiera imaginado, sino que su princesa además hacía bromas. Merry era risueña y tenía un gran sentido del humor. Alexander, de pronto, entendió de dónde provenía el buen ambiente que había entre los empleados desde que ella había llegado.

—Venga, Alexander, dime algo más que una frase de dos palabras.

Tenía que hablar con ella, ya que había sido él quien había iniciado la conversación. La miró cara a cara. Su piel brillaba bañada en la luz de la luna, que resaltaba el color violeta de sus ojos. Sus carnosos labios esbozaban una cálida sonrisa.

—¿Qué más quieres que te cuente? —preguntó, tratando de parecer fuerte y firme, aunque la pregunta sonó más bien suave y sensual. Era el tono de voz que un hombre emplearía con su amante.

—Todo. Cualquier cosa. Da igual —dijo ella, ampliando su sonrisa.

Alexander tragó saliva y se esforzó por recordar por qué no debía besar aquellos dulces labios. Ella no se parecía en nada a la princesa malcriada que él había conocido. Era hermosa, dulce, divertida y... era suya. ¿Así que por qué no podía besarla?

En su mirada pudo adivinar que ella estaba pensando lo mismo, o algo muy parecido. Sus ojos lo llamaban y hacían que sus dedos se murieran por recorrer su piel. Alexander se sintió embrujado y recordó los rumores de que la realeza de Silestia tenía poderes mágicos. No creía en la magia, pero aunque lo hiciera, no pensaría que Merry fuese a emplear algún truco para seducirle. Su encanto natural bastaba.

Ella puso sus dedos en la mejilla de él, como si no pudiera remediarlo, y Alexander se acercó hasta tocar sus labios con los suyos. Un mar de sensaciones lo envolvió. Suaves y llenos de amor, los besos que Merry posaba en sus labios no tenían el objetivo de seducirlo, sino de demostrarle lo que ella sentía. Y Alexander se dio cuenta de algo que lo sorprendió: aquella mujer lo deseaba de verdad. No sólo se sentía atraída por él, sino que él le gustaba y además, mucho.

Confundido, Alexander se apartó ligeramente. Era imposible gustarle tanto. Ella no sabía que era el príncipe Alec y sólo había hablado con Alexander Rochelle tres veces en su vida. Aquello no

era suficiente para sentir algo así por él.

Una vez más, ella rozó sus labios, acercándose para besarlos de forma más profunda. Con la punta de la lengua lo acarició. Alexander sintió que perdía el control. Cuando abrió su boca sobre la de ella y se fundieron en un apasionado beso, se sintió al borde de un precipicio. Se sentía vulnerable, pero dejó que la emoción de aquel beso lo aturdiere, hasta que en algún lugar de su cabeza sonó una vieja alarma.

La última vez que se había sentido vulnerable con la princesa Meredith, ella lo había humillado delante de todo el mundo, y no estaba dispuesto a dejar que eso pasara de nuevo. La única prueba que tenía de que Merry había cambiado era la opinión de Lissa y un par de comentarios dichos en el momento correcto, alabando su complejo. Había la posibilidad de que ella estuviera fingiendo y de que él estuviese bajo su hechizo. ¿Cómo podía haber sido tan tonto? Ése no había sido su primer intento de seducirlo. ¿Acaso se había olvidado de lo que había pasado en la piscina?

Se separó de ella tan rápidamente que estuvo a punto de perder el equilibrio.

—¿Alexander? —dijo Merry confusa.

Furioso consigo mismo, se aclaró la garganta. Antes de que pudiera hablar, recordó los rumores de que la familia de Merry tenía poderes mágicos, pero de nuevo desechó esa posibilidad. No creía en la magia. No obstante, lo que sí sabía era que la princesa Meredith era una caprichosa y él había estado a punto de entregarle las llaves de su corazón.

—Creo que debemos irnos —dijo, levantándose mientras trataba de controlar la rabia contra sí mismo. ¿Cuándo iba a aprender de una vez por todas que no podía confiar en aquella mujer?

CAPÍTULO 4

MERRY se quedó mirando la puerta cerrada del patio de su casa. Después de unos besos, los más cálidos que había experimentado en su vida, Alexander la había acompañado rápidamente a casa y se había marchado casi sin despedirse. Al menos no la había rechazado. Y por la forma en que la había besado,, a Merry le había quedado claro que no le disgustaba. Había sido como si no lo hubiese podido evitar. Se había alejado de sus labios bruscamente, aterrorizado por la intensidad de sus sentimientos. Lo que le había disgustado a Alexander había sido la fuerza de la atracción que había entre ellos.

Aquello explicaba su comportamiento. Si la química entre ellos era más fuerte de que lo que él había sentido nunca, cabía la posibilidad de que se hubiera cuestionado su capacidad para no involucrarse en las relaciones así como su facilidad a la hora de terminar los romances. La misma intensidad que había confundido a Alexander confirmaba la intuición que Merry tenía de que lo que había entre ellos era algo muy especial.

De todos modos, si él no se atrevía a nada con ella, era estúpido por parte de Merry el soñar despierta. Además, estaba un poco cansada de que la rechazara constantemente. Ella también tenía su orgullo.

No obstante, se le rompía el corazón al pensar que podía perder a Alexander para siempre. No quería dejarse guiar por su orgullo como había hecho tantas otras veces en el pasado. No sabía qué era lo que tenía aquel hombre, pero la volvía loca. Y temía que aquellos dulces besos fueran el único recuerdo de él que podría conservar cuando regresara a su país para cumplir con "su obligación.

Alexander volvió a casa furioso consigo mismo. Deseaba poder creer en la magia. Si un truco de la princesa lo hubiese embrujado, él tendría justificación y no tendría que sentirse culpable por haber perdido el control.

Marcó un número en el teléfono que estaba junto al sofá. Cuando Lissa respondió le dijo que la quería allí en treinta

segundos. Colgó el auricular con un golpe y salió hecho una furia hacia el mueble bar.

Después de poner tres cubitos de hielo en el vaso, los cubrió con whisky. No era el tipo de príncipe que andaba mandando a la gente. Técnicamente, ni siquiera era un mandatario oficial. Así que se sintió sorprendido por su repentina necesidad de dar órdenes.

Hizo una pausa antes de llevarse el vaso a los labios. La verdad era que no le gustaba dar órdenes. Quería respuestas y sólo había hecho lo que tenía que hacer para conseguirlas. Había llamado a su mejor fuente de información.

Alguien llamó a su puerta.

Lissa entró vestida con el uniforme de trabajo y Alexander se dio cuenta de que la había sacado de su puesto en el turno de noche de la recepción.

—¿Majestad?

—Tienes razón. Pillo la indirecta. Me he pasado un poco con la orden. Pero es que me estoy volviendo loco.

—¿Por qué? —preguntó Lissa, mirándolo inocentemente.

—No disimules. Esa mujer actúa como si hubiera pasado los últimos siete años de su vida en el convento de la madre Teresa —respondió él, enojado.

—No lo ha hecho.

—¿Pues dónde ha estado durante todo este tiempo?

—Es ella quien tiene que contártelo.

—Actúa como si fuera otra persona —dijo Alexander, suspirando.

—Ya te he dicho que ha cambiado. Es otra persona.

—Pero es una princesa. Y eso no se lo ha dicho a nadie.

—Tú tampoco le has dicho a nadie que eres un príncipe. Esto es América, no Silestia. Tal vez no quiera ser princesa por un tiempo, igual que tú, que también te cansaste de ser príncipe —Lisa sonrió. Molesto, Alexander frunció el ceño. Lissa dio unos pasos hacia él—. Vamos, Alexander, dale una oportunidad.

—¿Una oportunidad para qué?

—Para demostrar que no será la peor esposa del mundo —dijo Lissa acercándose—. Y para demostrarte a ti mismo que no serás el peor esposo del mundo.

—Mis intenciones con ella están fuera de duda —repuso él.

—¿Ah, sí? —preguntó Lissa, arqueando las cejas.

—Un matrimonio de conveniencia como el nuestro hará que nuestra vida privada sea propiedad del pueblo. Nuestro matrimonio será toda una responsabilidad. Y yo cumpliré con mi parte.

—¿Quieres decir que te sacrificarás sin beneficiarte de nada?

—No hay lugar para el placer en un matrimonio nacido para hacer negociaciones. Por eso esta charada debe terminar ahora.

Lissa lo observó unos segundos.

—¿Qué es lo que te tiene tan furioso esta noche? —le preguntó.

—Nada —gruñó él.

—Veamos, estás en bañador, pero las luces de tu piscina están apagadas... ¿dónde andabas? —preguntó Lissa. Mientras esperaba su respuesta, calculó las posibilidades y cayó en la cuenta. Alexander volvió a agarrar la botella de whisky—. ¡Estabas con Merry! Y ella no se ha comportado como tú esperabas. ¡Por eso sientes que has perdido el equilibrio! —exclamó Lissa, triunfante.

—No he perdido nada.

—Si al final ella te gusta de veras, podría representar un problema para tu matrimonio de negocios —prosiguió Lissa, mientras Alexander se levantaba de nuevo hacia el mueble bar—. Esperabas encontrarte con una princesita malcriada y te has dado cuenta de que ya no lo es.

—No la creo. Pienso que sólo está fingiendo porque quiere conseguir algo.

—Eso significa que tendrás que pasar más tiempo con ella para asegurarte.

—O enfrentarme a ella directamente.

—Como desee su alteza —se burló Lissa—. Pero me parece que si te enfrentas a ella perderás los papeles. Si realmente quieres hacerla ver que ya no eres el mismo príncipe tímido que no supo defenderse cuando ella lo insultó, es tu oportunidad.

Lissa acababa de tocar su punto débil, esa parte de él que lo acompañaría siempre. La misma parte de su ser que lo protegía para no rendirse a los encantos de la princesa Meredith.

—La mejor manera de demostrarle la madurez del príncipe Alec es enseñándole quién es Alexander Rochelle. No tienes nada que perder y sí mucho que ganar —Lissa se encogió de hombros.

No era cierto. Tenía mucho que perder. Y no sólo su orgullo.

También peligraba su posición de autoridad. Si pasaba tiempo con la princesa Meredith, tendría muchas oportunidades de hacerle ver quién era, pero también podría perder los papeles. Lo embriagaba con su dulzura y lo tentaba con su cuerpo. Entonces se sentía obligado a creer en todo lo que ella decía y caía en la dulce tentación de seducirla.

No sabía qué era peor. Perder el control en su presencia por la timidez que conservaba de su juventud o perder el control por una inevitable atracción física. En cualquiera de los dos casos le estaría entregando a ella el poder.

—A menos que tengas miedo —insistió Lissa.

El problema no era que tuviera miedo de Merry, sino de perder el control en su presencia. Técnicamente, el problema no era ella, sino él.

—No tengo miedo —contestó.

—Bueno, ya que no tienes miedo, mi consejo es que tomes lo sucedido esta noche como un aviso. Casarte con la princesa Meredith no será tan desagradable como pensabas. Sobre todo porque la encuentras atractiva. Puedes esconderte de ella mientras estéis aquí, pero no podrás hacerlo cuando tengas que ir a Silestia a cumplir con tu contrato de matrimonio. Me parece más inteligente aprender a manejar la situación ahora, en vez de huir de ella. ¿Por qué no das el primer paso? ¿Por qué no ser el seductor en lugar del seducido?

Lissa había expuesto el problema de forma muy exacta y proponía una buena solución. Escuchándola, Alexander habría jurado que aquella mujer había estado espiándolos. ¿De qué otra manera podría saber Lissa que el verdadero problema era la atracción que sentía por Merry, capaz de borrar cualquier rastro de sentido común en él?

Alexander miró al techo, como si buscara consejo divino.

—¿Sugieres entonces que la vea de nuevo? —preguntó.

—Sí, pero esta vez no te pases todo el tiempo tratando de vencer lo que sientes. Déjate llevar. Muéstrale lo fácil que te resulta seducirla. Porque... el matrimonio es negociación, ¿no? —preguntó. Alexander suspiró—. Y vas a tener que acostarte con ella para tener descendencia, ¿verdad? Si quieres tener la sartén por el mango, te conviene hacer algo —continuó Lissa.

Sí. Desde luego que él no quería estar en una posición de inferioridad respecto a su futura esposa.

—A no ser que tengas miedo de no gustarle tanto como ella te gusta a ti...

—Sé que le gusto.

—Demuéstralo —sugirió Lissa con tono desafiante mientras se dirigía a la puerta para marcharse.

A la mañana siguiente, Alexander se dejó caer por la oficina de Merry. Cuando ella levantó la vista de su escritorio, pudo reconocer su mirada de deseo y supo que iba por el buen camino.

Alexander pensó que Lissa tenía razón. La mejor defensa contra los encantos de Merry era emplear una buena ofensiva utilizando sus propios encantos como arma.

—¿Qué quieres? —preguntó ella. Alexander se había apoyado en el escritorio, sentándose de medio lado, para demostrar que estaba relajado y que tenía todo bajo control.

—Quiero pasar el día contigo.

—Estoy ocupada —respondió ella, desechando la idea mientras se dirigía al archivador a guardar una carpeta.

—Yo soy tu jefe.

—Por eso no deberíamos pasar tiempo juntos.

—No si tomas mi sugerencia como la orden de un superior.

—Eso suena a acoso sexual —repuso ella, dando un portazo al cerrar el archivador.

—No —contestó Alexander, dando un tono deliberadamente triste a su voz. Ahora iba a ver lo que era tener poder sexual—. La verdad es que quiero arreglar el desastre de anoche —añadió. Merry se giró lentamente para mirarlo a la cara—. Siento mucho haber echado a perder nuestro encuentro en la piscina.

—No lo echaste a perder. Sólo te enfadaste sin razón y me dejaste tirada en la puerta de mi casa como a un saco de patatas.

Alexander se preguntó si la princesa Meredith habría visto un saco de patatas alguna vez. En cualquier caso, la metáfora era bastante acertada.

—¿Y si te prometo que no te dejaré tirada en tu puerta?

—¿Sólo quieres pasar el día conmigo? —preguntó ella a su vez.

Los ojos de Merry brillaron con interés y Alexander empezó a saborear su victoria.

—Eso es. Sin acoso sexual ni situaciones comprometidas.

—¿Adónde quieres ir? ¿Qué quieres hacer?

Alexander tenía una buena respuesta. Había encontrado el deporte perfecto para engatusarla sin que ella se diera cuenta.

—Se me ocurre que podríamos jugar al golf.

—¿Golf? —Merry pestañeó.

—Estaremos totalmente vestidos. Así podré de mostrarte que soy digno de tu confianza.

—No pienso que no lo seas —Merry frunció el ceño.

—Igual no. Pero en realidad las cosas fueron demasiado rápido anoche. Si hubiera seguido adelante, a lo mejor hoy ya no confiarías en mí.

—Puede ser —respondió ella, encogiéndose de hombros.

—Así que... ¿jugamos al golf?

—No soy demasiado buena —dijo, sonriendo con cara de corderito.

—Genial. Entonces yo ganaré. Merry se rió.

—Dame cinco minutos para cambiarme —dijo ella.

—Nos vemos en el club.

Aunque septiembre anunciaba la llegada del otoño en la mayor parte de Estados Unidos, en Florida era aún un mes cálido, de cielos despejados y perfecto. La hierba estaba verde. El sol alto y claro.

Con dos juegos de palos de golf en su coche privado, Alexander no dejaba de felicitarse por su astucia. No sólo iban a estar solos en el complejo, donde era difícil encontrar un sitio sin visitas, sino que además iban a practicar un deporte ideal para poner a prueba los nervios de cualquiera.

Mientras la esperaba en el club de golf, Alexander reconsideró los besos a la luz de la luna de la noche anterior y pensó que la clave no estaba en si él era atractivo o no. La clave estaba en el comportamiento de Merry. Con una mujer que parecía la sobrina del mismísimo Gandhi, él no estaba actuando como lo hubiera hecho con la verdadera princesa Meredith. Pero si conseguía que ella perdiera los nervios y estallaba en una rabieta de princesa

malcriada, entonces al fin, las cartas estarían sobre la mesa. Él ya no se sentiría ensimismado ni aturdido y ella nunca podría seducirlo.

Ya juntos en el campo del golf, Alexander se preparó e hizo su primer lanzamiento, un buen golpe que mandó la pelota bien lejos.

—¡Ha sido perfecto! —exclamó ella.

—Bueno, está dentro del promedio de mis lanzamientos.

—¡Pues eres treinta veces mejor que yo!

La cosa marchaba bien, pensó Alexander.

Merry se preparó, colocándose frente a la pelota. Vestida con unos pantalones cortos blancos, sus largas y bonitas piernas capturaron la atención de Alexander, así como la forma en que su camiseta de color melocotón se ajustaba a sus pechos. Sin duda, estaba frente a la mujer más atractiva que había conocido en toda su vida, y eso hizo que recordara la cuarta razón por la que jugar al golf era una idea genial.

Primero, estaban completamente vestidos. Segundo, estaban solos. Tercero, podría comprobar el temperamento verdadero de Merry. Y cuarto... la cuarta razón era que tenía la oportunidad de seducirla. Tal vez él no necesitara demostrar su atractivo sexual, pero no estaba de más que su prometida tuviera que aceptar que lo encontraba deseable. Durante el juego, podría acercarse a ella estratégicamente sin resultar demasiado obvio.

—Déjame ayudarte con esa postura —dijo, acercándose.

Detrás de Merry, pasó sus manos hasta las manos de ella. Con su pecho apoyado en la espalda de la princesa, se agachó levemente para susurrarle al oído:

—Las manos están bien. Las muñecas, perfectas. Los codos apretados, como deben estar —murmuró mientras rozaba con su mejilla el cabello de Merry.

—Así que todo está bien, ¿no?

El ligero temblor en la voz de Merry hizo que Alexander se sintiera satisfecho. Era un auténtico genio.

—Está todo bien —dijo, moviendo sus manos para posarlas en las caderas de ella—. Pero necesitas un poco más de movimiento aquí.

Notó cómo Merry se ponía tensa bajo su caricia. Aprovechando que ella estaba de espaldas, sonrió porque adivinó que no estaba

ofendida, sino excitada por la forma en que estaba tocando sus caderas.

—Recuerda que tus caderas tienen que pivotar —le explicó, mientras hacía rotor suavemente el cuerpo de ella con sus manos—. Así.

El movimiento hizo que Merry se volviera completamente, quedando los dos cara a cara. Alexander sonrió ante la confusa expresión de Merry. Aquel contacto la había dejado un poco aturrida, lo que hizo que Alexander se sintiera más seguro.

Se separó de ella y le indicó que siguiera adelante con su lanzamiento.

Ella respiró profundo y se colocó frente a la pelota de nuevo. Sin aviso y sin ni siquiera tomarse unos segundos para recolocar su cuerpo, golpeó la pelota, que salió volando como una bala.

—Buen tiro.

—¡Oh! ¡Fíjate! ¡Ha aterrizado justo al lado de la tuya! —exclamó Merry, alegre y sorprendida.

Alexander frunció el ceño. No le hacía mucha gracia que pudiera lanzar la pelota tan lejos como él, pero aquel lanzamiento había sido sólo cuestión de suerte.

Merry subió al coche con renovado entusiasmo y saltó de él con alegría cuando llegaron al siguiente hoyo. Desgraciadamente, el resto de sus tiros no fueron tan buenos como el primero. Encontró muchas dificultades para meter la pelota en los siguientes cinco hoyos y su energía comenzó a decaer. Su humor se apagó. Observándola, Alexander se preparó para asistir a una de las rabietas de la princesa.

—Veamos. Yo tengo veintisiete. Y tú... —dijo él después de los siete primeros hoyos.

—Yo tengo ochenta y cuatro.

—Pensé que sabías jugar al golf.

—¡Y yo! —gritó ella, a la defensiva, aunque rápidamente se calmó—. Bueno, solía hacerlo. Pero ha pasado mucho tiempo desde entonces.

—Seguro que los próximos tiros te saldrán mejor —señaló Alexander en un tono paternalista. Esperaba que la princesa perdiera los nervios en cualquier momento, entonces él atacaría.

Era el turno de Merry. Lanzó y Alexander se tuvo que tirar al

suelo para evitar ser golpeado por la pelota, que había rebotado tras chocar contra un árbol cercano.

—¿Lo intento de nuevo? —preguntó ella.

—Siempre y cuando no quieras acabar conmigo —dijo él, levantando su cara manchada con el polvo del camino.

Merry lo miró y se echó a reír. Verlo tumbado boca abajo y con la cara en el suelo le pareció muy gracioso. Le entró tal ataque de risa que tuvo que sentarse en la hierba, junto al hoyo.

—Lo siento, Alexander. Menos mal que tienes sentido del humor, porque la verdad es que hace mucho tiempo que no juego. Pero creo que el golf es más divertido cuando juego mal. No me he reído tanto desde hace años —Merry sonrió con dulzura.

Por el brillo de sus ojos, Alexander adivinó que decía la verdad. Sentada en la hierba, sin miedo a mancharse los pantalones blancos, riendo como una niña, estaba increíblemente hermosa. Y su risa era contagiosa. Además, su forma de jugar era bastante cómica. Y él debía de tener una pinta divertida tirado en el suelo. Alexander se acercó para sentarse junto a ella.

—Lo hago fatal.

—Bueno, sólo estás un poco oxidada —repuso él tratando de animarla.

—Muchas gracias por tu paciencia —dijo Merry, mirándolo a la cara.

—Es un placer —Alexander respondió automáticamente, a la vez que se daba cuenta de que de veras era un placer. Además, él tampoco se había reído tanto desde hacía mucho.

Sus caras estaban separadas por apenas unos centímetros. Alexander pensó en besarla. Sus ojos violetas parecían estarlo esperando. No de la forma impertinente de la antigua princesa Meredith, sino de una forma dulce e inocente que le hizo creer que tal vez fuese cierto que hubiera cambiado.

Medio seducido y medio enfadado consigo mismo por estarlo, se separó de ella, aunque con más delicadeza que la noche anterior. No quería hacer nada por lo que luego tuviera que disculparse, así que se levantó del suelo como si nada.

—Ahora que has descansado un poco, tu lanzamiento será mejor.

Ella sonrió, afirmó con la cabeza como si apreciara la segunda

oportunidad que Alexander le estaba dando y él no supo qué pensar.

Comenzó a sentirse como el malo de la película. Ella era una mujer hermosa con buen sentido del humor, que trataba de satisfacer a su jefe. Mientras que él no hacía más que ponerle trampas. Pero Merry no flaqueaba en ningún momento.

Tal vez debiese creer lo que Lissa había dicho... Tal vez la princesa Meredith hubiese cambiado.

Aquella tarde, Alexander invitó a Merry a dar un paseo en su barco de vela y luego a cenar. Después de la cena en su casa, la llevó al sofá. Una música suave ambientaba la habitación. La brisa del Golfo entraba por la puerta de cristal entreabierta. Después de tres vasos de vino, Alexander se sentía relajado, pero Merry estaba demasiado confusa como para sentirse cómoda.

Alexander se había sorprendido de que ella no hubiera perdido los nervios en el golf. Las pocas veces que se habían reído juntos, Merry había tenido la sensación de que reír era algo que él casi nunca se permitía, y se había alegrado de ser ella quien hubiese provocado sus carcajadas.

Pero también la asustaba.

Estaba realmente loca por él. No sólo porque fuera el único hombre que conocía capaz de ser romántico mientras jugaba al golf. Alexander Rochelle era un hombre maravilloso. Por sus reuniones de trabajo, Merry sabía que era serio e inteligente, pero también un hombre justo. Era generoso tanto con los empleados como con los clientes.

Sabía que su vida era solitaria, lo que no resultaba fácil, aunque fuera por decisión propia. Sin embargo, él nunca se quejaba. Alexander sabía cómo obtener lo mejor de cada situación. Era divertido, romántico y endiabladamente atractivo.

Además, a él también le gustaba ella. Aunque había luchado contra sus sentimientos, la atracción que sentía finalmente había vencido. No se podía negar que le gustaba estar a su lado. Aquel día maravilloso había sido la recompensa que había obtenido Merry por no haberse enfadado tras ser rechazada el primer día, por haberle dado una segunda oportunidad y por haber tenido paciencia. Ahora

sospechaba que estaba a punto de vivir la experiencia sexual más romántica de su vida.

¿Pero por qué estaba tan nerviosa?

Sin decir una palabra, Alexander tomó la copa de la mano de Merry y la puso en la mesita.

—Es muy curiosa la decoración que has elegido —dijo ella nerviosa, mirando las paredes blancas y negras.

—Es la cuarta vez que me lo dices —respondió él con una sonrisa, acercándose.

—Es que estoy muy nerviosa.

—¿Por qué? —preguntó, tomando la cara de ella entre sus manos.

Sin darle tiempo a responder, la besó suave y profundamente. Las llamas del deseo explotaron en el cuerpo de Merry, quien puso sus brazos alrededor del cuello de él. Alexander besó sus mejillas, su cuello, su clavícula.

—No tendrás miedo de mí, ¿verdad?

—No —repuso Merry, a pesar de que estaba más asustada que nunca en su vida.

—Bien —dijo él, recorriendo el borde de su escote con la lengua.

Merry se estremeció. Sentía cómo un fuego calentaba su piel y derretía sus huesos. Nunca había deseado a un hombre tanto como deseaba a Alexander, pero por primera vez desde que se habían conocido empezó a sentir que aquella relación no era correcta. Sabía que nunca podría llegar a sentir algo parecido por el príncipe Alec.

Sería injusto para el príncipe Alec ser comparado con alguien a quien nunca podría parecerse. Quizás fuese mejor para ella no experimentar el amor más romántico del mundo con Alexander, para así poder darle al príncipe el beneficio de la duda y no obligarlo a vivir bajo la sombra de otro hombre.

Tomó aire y tragó saliva.

—Alexander —dijo, sorprendida porque de su boca salió sólo un débil hilo de voz.

—¿Sí?

—No puedo hacerlo.

CAPÍTULO 5

A LA MAÑANA siguiente, Alexander estaba furioso. No con Merry por haberlo rechazado, sino consigo mismo por haber caído en la trampa. Merry no había cambiado.

Se propuso trabajar desde casa en los documentos que quería preparar para la adquisición de un nuevo complejo hotelero. Sin embargo, no tenía la copia de las escrituras'.

Se lanzó a su oficina en su búsqueda, tomó la carpeta correspondiente y volvió sobre sus pasos, tratando de pasar desapercibido. Pero Lissa lo vio y reconoció que algo andaba mal. Tras observar que volvía a su casa, se dirigió hacia allí y tocó a su puerta.

La madrina de la princesa Meredith estaba dispuesta a poner su vida en peligro.

—¿Qué? —preguntó él, abriendo la puerta.

—Eso es justo lo que te iba a preguntar yo. ¿Qué ha pasado? Por primera vez en su vida, la princesa no habla y tú pareces apagado y triste.

—¿Por qué no vas a hablar con ella en vez de conmigo? —suspiró Alexander.

—Ya lo he hecho. Ella dice que está huyendo porque no debe enamorarse de un hombre de negocios americano. Por eso te pregunto a ti.

Alexander la dejó pasar para que nadie pudiera escuchar su conversación.

—En lo que a mí respecta, tú estás de parte del enemigo, así que estás completamente loca si crees que voy a contarte cómo me dejó plantado anoche.

—¿Te dejó plantado? —preguntó Lissa.

—No voy a repetírtelo.

—¿Y se fue como un ladrón después de un robo o como Cenicienta después del baile?

—Estás loca —dijo él mirándola fijamente.

—Ten un poco de sentido del humor —repuso Lissa, sentándose en el sofá negro—. ¿Se fue porque no quería estar contigo o porque sí quería pero sabía que no debía?

—Cuando se fue estaba... callada... mansa como nunca la había visto antes —dijo Alexander con sorna, dándose cuenta de que no iba a conseguir librarse de aquella mujer tan persistente a no ser que le siguiera la corriente.

—Así es exactamente como Merry se comportó conmigo esta mañana —Lissa frunció el ceño, sopesando la situación—. ¿Qué estabais haciendo cuando se fue?

Alexander suspiró. No quería comentarle lo ocurrido, pero pensó que no era tan mala idea. Ya que Lissa estaba ahí y que estaban hablando, podía tratar de encontrarle un sentido a lo que había pasado. Y Lissa era la única persona con la que podía hablar de ello.

—Estábamos sentados justo donde estás tú ahora. Besándonos.

—¿Se fue corriendo cuando la estabas besando?

—Sí, como si le quemaran los pies —dijo Alexander, que comenzaba a tranquilizarse.

—¿Y dijo algo?

—Justo antes de irse dijo: «Lo siento».

—¿Y tú pensaste que lo que sentía era que no le gustases?

—¿Es que tú no lo piensas?

—Alexander, esa mujer está prometida con otra persona. Se supone que no debía estar besando a nadie. Y menos a alguien a quien realmente de sea.

—¿No podía besarme porque estaba siéndome fiel?

—¡Así es! —se rió Lissa.

—Sólo podría creerlo si supiera que no se ha acostado con nadie en los últimos siete años.

—Yo apostaría mi vida a que no lo ha hecho.

—Ya —dijo Alexander incrédulo.

—No bromeo. Apostaría mi vida a que la princesa no se ha acostado con nadie en los últimos siete años —Lissa sonrió segura de sí misma.

—Y si es tan fiel, ¿cómo es que trató de seducirme en mi piscina la primera noche?

Lissa se encogió de hombros.

—Cuando Meredith llegó aquí, lo primero que me dijo fue que deseaba tener una aventura amorosa contigo. Pero creo que ahora que te conoce un poco mejor, se ha dado cuenta de que no puede. Probablemente porque le gustas de verdad.

—Claro. ¿Me estás diciendo que uno rechaza a sus posibles amantes porque le gustan de verdad?

—Sí, sobre todo cuando sienten que se están enamorando y que tienen que casarse con otra persona.

—Mira, puedo llegar a creermelo que ella sea capaz de sentirse culpable por engañar al príncipe Alec —dijo, hablando de sí mismo como si fuera una tercera persona—. Pero lo que no me creo es que se haya enamorado de mí, Alexander, fundamentalmente porque sólo me conoce desde hace unos días.

—Algunas personas se enamoran antes que otras.

—¡Te olvidas de que estamos hablando de la princesa Meredith! —le espetó él.

—Ella ha cambiado.

—Pero no nuestra situación. Cuando nos casemos, Merry será mi esposa, pero sobre todo será la representante de Silestia en mi país. Igual que lo hacían mis padres cuando querían conseguir cosas para sus respectivos países, Merry y yo no hablaremos, negociaremos. Y ella lo sabe igual que yo. Así que todo esto no tiene sentido. Está escrito en nuestro destino que ella nunca sentirá nada verdadero por mí.

—No lo creo. Piensa sobre ello, Alec. Le gustas tanto que piensa que pasar demasiado tiempo contigo significaría engañar a su prometido. ¡Quién sabe lo que sentiría si le dieras una semana más para conocerte mejor!

—¿Sin decirle quién soy?

—No puedes decírselo. Eso lo echaría todo a perder —Lissa suspiró—. Mira, si estoy equivocada, cuando ella descubra quién eres tú en realidad, sucederá lo que tú has previsto: tendréis un matrimonio de conveniencia. Pero si yo tengo razón, si al pasar tiempo contigo Merry se enamora de ti, vuestra unión puede llegar a ser algo muy diferente.

—¿Quieres decir un matrimonio por amor?

—Tal vez.

—Lo dudo —Alexander rió con escepticismo.

—¿De qué tienes miedo, Alexander? ¿Temes que Merry te demuestre que ha cambiado o temes que se enamore de ti? En cualquiera de los dos casos, dejará de ser la mala de la película. Y tú no, porque no dejas de castigarla por algo que hizo hace casi una

década —Alexander se quedó callado y Lissa continuó—. Sé que Merry te lastimó. Sé que te puso en ridículo. Estás en tu derecho de no darle una oportunidad de lavar su reputación. Pero sé que tú eres un hombre justo. Y eso es lo que te hace estar intranquilo. Sabes que lo justo sería ofrecerle a Merry una segunda oportunidad.

Alexander suspiró.

Lissa se dirigió a la puerta y se giró para hablarle de nuevo.

—¿O es que prefieres volver a Silestia transformado en un ogro que no perdona a su bella princesa un error, que cometió siendo sólo una chiquilla?

Merry se sentó al sol en una pequeña mesa en el Greenhouse Café. El café y el bocadillo se le habían quedado fríos mientras revisaba los perfiles de los huéspedes, en los formularios que rellenaban al llegar al hotel.

Mientras había sido una anciana, con un sólo vistazo localizaba los intereses comunes entre diferentes huéspedes. Pero aquel día no era capaz de encontrar a dos personas lo suficientemente afines como para compartir una simple cena. El número de cancelaciones no había hecho más que aumentar. Alexander iba a remover cielo y tierra para que Merry Montrose regresara.

El tiempo se le estaba acabando a la princesa Meredith, pero no podía buscar un nuevo encargado justo cuando el complejo estaba perdiendo clientes, porque Alexander sólo quería el regreso de la vieja Merry. Ya había entrevistado a cuatro candidatos y tenía algunas ideas sobre quién podía sustituirla. Pero antes de nada necesitaba arreglar el problema de los huéspedes que se iban por aburrimiento. Tenía que demostrarle a Alexander que la vieja Merry Montrose podía ser reemplazada.

Merry cerró la carpeta y sacó su cuaderno de notas. Ya que no se le ocurría nada para que surgieran más parejas, decidió escribir en un papel todas las ideas que había empleado en el pasado para conseguir unir a veinte parejas. Así refrescaría su memoria. Si la gente dejaba de marcharse, podría nombrar un sustituto y Alexander se sentiría satisfecho.

Alexander.

De sólo pensar en su nombre el corazón de Merry se derretía.

Sabía, sin lugar a dudas, que si se dejaba llevar con Alexander, ambos podían vivir uno de esos amores que sólo sucedían una vez en la vida. Pero no podía permitírselo. Estaba prometida. Y además, Alexander no estaba dispuesto a vivir el romance de su vida. Tal vez lo necesitase, pero no lo quería.

Al llevarla a casa después de la boda de Cynthia y Rick, cuando ella había sido todavía la anciana Merry Montrose, él le había confesado que alguien lo había lastimado. A pesar de que le había dicho que estaba contento con su vida, Merry había adivinado que no era cierto por la tristeza reflejada en sus ojos. Quizás estuviese resignado, pero no era feliz.

Pero eso no era asunto de Merry. No iba a pasar el resto de su vida con él. Lo que él pensara sobre el amor no tenía nada que ver con ella. El único deber que tenía era el de llenar el hotel de huéspedes felices. Y regresar a Silestia para casarse con Alec.

—Recoge tus cosas.

Merry levantó la cabeza y se encontró con Alexander frente a ella. Su corazón dio un vuelco. Estaba vestido con un traje negro, impecablemente peinado, y sus ojos azules la miraban con intensidad. Merry se quedó sin habla. Trató de no fijarse demasiado en su atractivo y lo saludó con una sonrisa.

—Disculpa. No he oído lo que has dicho.

—He dicho que recojas tus cosas. Voy a Atlanta esta tarde para reunirme con el propietario de un hotel que quiero comprar para abrir un centro vacacional en Georgia.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Tú vienes también.

—Pero...

—Tu tía no tendría problema en ayudarme a ver si el edificio en cuestión cumple con los requisitos que buscamos. Pero si crees que no estás cualificada para eso...

La sabiduría y la experiencia que Merry había adquirido en su trabajo como encargada de aquel complejo vacacional eran su principal fuente de orgullo y autoestima. Ella era buena profesional y eso nadie podía negárselo. Por otra parte, tenía que demostrar que su tía Merry no era la única persona capaz de dirigir el complejo.

—Estoy perfectamente cualificada.

—Bien. Nos vemos en mi aeródromo privado en veinte minutos.

Merry dio por sentado que sería un viaje de ida y vuelta en el día y no hizo equipaje. Se puso un traje de chaqueta azul y unos zapatos de tacón y corrió hacia el aeródromo. Una vez dentro del avión, el nuevo piloto, Mick, la escoltó hasta su asiento.

Merry se dio cuenta de que el avión de Alexander no era coqueto ni acogedor como el de su padre. No había bar, comedor ni dormitorios. Aunque sus asientos eran muy cómodos, el avión estaba claramente pensado para los negocios y no para el placer. Se parecía a la vida de Alexander, llena de posibilidades y potencial, pero él sólo utilizaba lo estrictamente necesario, nunca se daba lujos superfluos.

No obstante, eso no era de su incumbencia. Sacó de su maletín un cuaderno de notas, para concentrarse en él y no tener que hablar con Alexander. No podía tener nada personal con él. Estaba comprometida. Y estaba dispuesta a demostrar que tenía más control sobre sí misma de lo que Alexander pensaba, en caso de que tratara de engatusarla en una aventura de fin de semana.

—Veo que has llegado a tiempo —dijo Alexander.

—Sí —Merry sonrió educadamente.

—Bien.

Alexander se sentó al otro lado del pasillo y Merry se sintió incómoda, alarmada. Si él pretendía acostarse con ella, no lo iba a conseguir. Por mucho que le gustara.

Durante el trayecto Merry no abrió la boca, pero Alexander tampoco hizo ningún intento de entablar una conversación. Ni siquiera la miró y

Merry empezó a pensar que tal vez no quisiese coquetear con ella. Quizá sólo fuese un viaje de trabajo.

Genial. Sería una buena ocasión para demostrarle que Merry Montrose podía ser reemplazada. Estaba contenta de que ya no pareciese interesado en ella.

Una limusina los llevó a un hotel en el centro de Atlanta, donde el conserje los condujo hasta el ascensor. Subieron directamente a una suite de lujo. Entraron en una habitación tapizada de blanco, amueblada con una mesa y sillas de madera de cerezo. Detrás de ellas, un juego de sofás rodeaba una mesa redonda, junto a la

ventana. A la izquierda, una puerta conducía a los dormitorios.

Viendo que estaban en una suite de hotel y no en una sala de conferencias, el corazón de Merry se paró en seco. ¡La había engañado! La razón por la que él no había abierto la boca durante todo el viaje había sido para no dar explicaciones.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Ya te lo dije. Vamos a tener una reunión de trabajo.

—En una habitación de hotel.

—Es una suite. Y la he reservado para sacar al señor Rodríguez de su terreno.

Merry miró alrededor. No estaba nada convencida.

—¿No me habrás traído aquí para tener una aventura de fin de semana?

—¿Una aventura?

—Deja de hacer como si no supieras de qué hablo. No me tomes el pelo —repuso ella.

—Yo no estoy haciendo nada. ¿Crees que he llegado hasta donde estoy engañando a la gente?

Merry lo estudió en silencio. De pie, erguido, emanaba una fuerza especial. No. No pensaba que hubiera engañado a nadie en su camino. Había metido la pata. Estaban allí por una cuestión de trabajo, nada más.

Alexander sacó unos papeles de su maletín.

—Estos son los archivos de la propiedad que deseo comprar, por si los quieres revisar antes de que llegue el señor Rodríguez.

—Sí. Buena idea —dijo Merry. Ella era la persona que mejor conocía lo que los huéspedes necesitaban para sentirse cómodos. Cuando abrió el primer fichero, observó que era un informe financiero pero, antes de guardarlo, se dio cuenta de que el señor Rodríguez estaba perdiendo mucho dinero.

Estuvo a punto de comentárselo a Alexander cuando recordó que cada vez que abría la boca era para equivocarse. Así que siguió estudiando los informes.

Poco después llegó Norman Rodríguez. Era un hombre bajito de casi sesenta años con cabello moreno y ojos redondos. Llevaba una camiseta de colores y parecía más un empleado del hotel que su propietario.

Alexander no perdió el tiempo en preliminares. Presentó a Merry

y condujo a ambos a una mesa de aspecto incómodo, en vez de al sofá. La negociación comenzó.

Norman, como insistía en ser llamado, habló de su centro vacacional y de sus numerosos atractivos. Alexander le informó de todos los cambios y arreglos que tendría que hacer. Norman le ofreció el contacto de un contratista muy económico, pero Alexander declinó la oferta amablemente, alegando que él prefería elegir a sus propios trabajadores.

Cuanto más frío era Alexander, más nervioso se ponía Norman, hasta que comprendió que sólo estaba allí para vender su propiedad. Alexander y él no se iban a convertir en amigos.

—Esperaba llegar a un acuerdo donde pudiéramos ser socios y llevarme un porcentaje de los beneficios del nuevo complejo.

—Yo no trabajo con socios.

—¿Así, de tajante?

—Sí.

Merry fue consciente de que aquel rasgo era parte de la personalidad de Alexander. Trabajaba bien en equipo, pero no tenía socios. Le gustaba tener romances, pero no se enamoraba. Tenía una vida realmente solitaria.

Al darse cuenta de que Alexander permanecía inamovible en sus posiciones, Norman finalmente habló de dinero. Pedía tres veces más de lo que costaba su hotel y al escucharlo Merry casi se atragantó con su bebida.

—No —dijo Alexander con sencillez.

—Mira, sé que mi hotel pierde dinero, pero estoy seguro de que cuando tú lo lleves va a ser todo un éxito. Y quiero parte del pastel.

—No hay ninguna razón para que te lleves una parte.

Si Norman no dejaba de presionarlo, Alexander se iba a enfadar de verdad.

—Vamos, no hay ningún sitio como el mío en la zona —insistió Rodríguez.

—Hay tres y ya estoy en conversaciones con ellos. El tuyo me gusta mucho, pero puedo pasar sin él. ¿Me vas a dar una cifra más realista o me voy?

Rodríguez tomó aire y maldijo en voz baja. Finalmente pidió otra cifra. Seguía siendo elevada y Merry se sorprendió cuando Alexander accedió.

Sin decir nada más, Norman Rodríguez salió de allí. Tal vez no hubiera conseguido lo que pretendía, pero había conseguido más de lo que merecía. Alexander había adquirido la propiedad por un precio que consideraba justo. Era un ejemplo perfecto de una negociación en la que las dos partes salían ganando.

—Ha estado genial. Bueno, has estado genial —exclamó Merry, olvidando que se suponía que no debía hablar con Alexander.

Alexander se dirigió al teléfono junto al sofá y llamó a recepción para encargar la cena.

—¿Cena? —preguntó ella.

—Supongo que no has comido, yo tampoco, y son casi las siete.

Merry miró por la ventana y se dio cuenta de que el sol ya se había puesto.

—Me había olvidado de la comida —murmuró ella.

—A mí me pasa porque me gusta tanto mi trabajo, que me hace olvidarme de todo —dijo él, cerrando su maletín.

Merry se quedó callada y Alexander continuó hablando.

—No estaba satisfecho conmigo mismo cuando llegué a América. Así que aproveché la oportunidad de sumergirme en mis proyectos, para olvidarme de mí mismo y de mis orígenes. Entonces me ocurrió algo curioso: cuanto más metido estaba en mi trabajo, más me convertía en la persona que quería ser.

Merry lo entendió bien. Trabajar en La Torchère se había convertido para ella en la manera perfecta de olvidar que era una anciana. Además, le había dado autoestima y confianza en sí misma. Por eso había cambiado. Pero antes de que pudiera hablarle de aquello a Alexander, llegó la cena. Los camareros prepararon la mesa y se quedaron allí para servirles.

Merry y Alexander comieron pato y bebieron vino, pero no hablaron mucho, y menos de temas personales delante de los camareros. Después de que Alexander hubiese empezado a hablar de su vida, Merry se moría de curiosidad y quería preguntarle más cosas.

Mientras los camareros recogían la mesa, Merry se sentó en el sofá. Estaba segura de que Alexander volvería a sumergirse en el silencio en el camino de vuelta a Florida.

Pero Alexander parecía no tener prisa por regresar. Tomó la botella de vino, puso una música suave en el estéreo de la

habitación y se acercó al sofá.

—¿Quieres otro vaso de vino?

Merry estuvo a punto de decirle que no, porque ya era tarde y era hora de volver a casa. Pero tenía muchas ganas de que Alexander siguiera contándole sus intimidades.

—Vale.

Alexander sirvió dos vasos de vino pero, en vez de sentarse en el sofá, sostuvo una de las manos de Merry y la tomó entre sus brazos.

—¿Bailas?

Merry no discutió. Estar tan cerca de él casi la dejó de nuevo sin habla. Sus curvas parecían fundirse con el cuerpo de él. Se sintió tentada a acurrucarse en sus brazos, pero era consciente de que no debía bailar con él.

—Se supone que esto es un viaje de negocios —dijo Merry, tratando de zafarse sin conseguirlo, porque Alexander la sujetaba firmemente—. Por eso vine aquí.

—¿Todavía tienes miedo de mí?

—No.

—Eso es lo que me dijiste anoche.

—No. Nunca te dije que te tuviese miedo. Te dije que no podía tontear contigo. Y tengo mis razones para ello —respondió ella, confundida.

—Casi no me conoces —repuso él.

¡Así que eso era lo que ocurría! Aquel comentario explicaba el viaje, la cena y su conversación. Alexander pensaba que ella había huido de él la noche anterior porque no lo conocía lo suficiente.

—¿Así que me has traído a esta reunión para mostrarme tus cualidades?

—Básicamente, sí. ¿He conseguido impresionarte? —rió él.

—Sí —confesó Merry.

—Bien, porque es importante que sepas que nunca doy marcha atrás y que casi nunca me comprometo.

Ella frunció el ceño, confusa. Con una actitud como aquélla, ninguna mujer querría ser su amante, ni siquiera por un rato. Alexander hacía que el amor pareciera un combate de boxeo.

—Alexander, siempre he admirado tus cualidades. Sé que eres listo y mañoso. Pero eso no tiene nada que ver con...

—Conoces algunas de mis cualidades, pero no es suficiente —la

interrumpió.

—¿Quieres decir que para conocerte tengo que ver cómo haces negocios? —preguntó Merry, señalando la mesa en la habitación.

—Eso no es todo, pero es la mejor parte.

—Tal vez. Aunque la parte más importante para mí son los sentimientos, no las acciones.

Alexander se quedó callado y de pronto Merry cayó en la cuenta de algo que había estado delante de sus narices todo ese tiempo. El le había dicho que había aprendido a no confiar en las mujeres desde muy joven porque alguien le había hecho daño. Las piezas del rompecabezas encajaron. Merry pensó que debía de haber sufrido una experiencia devastadora, ya que había decidido volcar su vida en el trabajo.

—Háblame de la mujer que te lastimó.

Alexander estuvo a punto de estallar. Técnicamente, le estaba pidiendo que le hablara de ella misma. En otra situación, él habría cambiado de tema, pero en aquellas circunstancias, casi a punto de sucumbir a los encantos de Merry de nuevo, Alexander pensó que era buena idea recordarse a sí mismo por qué no debía confiar en ella.

—Era la mujer con la que me iba a casar. Una noche me dijo cosas terribles, incluido que no me amaba.

—No lo entiendo. ¿Ibas a casarte con una mujer que no te amaba? —preguntó Merry, confundida.

—Yo era muy joven.

—¿Pero por qué ibas a casarte con alguien que no te amaba?

Tratando de ocultar que se trataba de un matrimonio de conveniencia para que ella no sospechara nada, Alexander respondió con una verdad a medias.

—Ella era muy bella y yo creía que cuando había suficiente atracción física el amor no importaba. Aunque su mal carácter era conocido por todos, yo pensé que podríamos arreglarlo juntos.

—¡Oh, Alexander! —exclamó Merry.

—Hasta que una noche me dijo que pensaba que yo era repulsivo continuó él.

—¡Qué mujer tan horrible!

—Para ser justos, los dos éramos jóvenes y yo era un gatito feo. Era muy diferente del hombre hecho y derecho que soy hoy. Y mi

familia estaba arruinada, así que yo tampoco era una ganga.

—¡Aun así, lo que ella te dijo fue cruel!

Alexander se preguntó qué sentiría Merry si le dijera que estaba hablando mal de sí misma, pero aún no era el momento de revelar su identidad.

—La verdad es que aquella mujer era demasiado joven como para darse cuenta de lo mucho que me lastimó.

Para su sorpresa, Merry afirmó con la cabeza.

—Es cierto. Cuando eres joven haces muchas tonterías. Yo misma hice muchísimas.

Una extraña sensación invadió a Alexander. Sus palabras parecían una disculpa y abrían la posibilidad, en la mente de Alexander, de encontrarse frente a una princesa Meredith verdaderamente cambiada.

Ensimismado, Alexander acercó su cabeza a la de ella y la besó. Mientras saboreaba su boca, jugosa y dulce, apretó a Merry entre sus brazos, disfrutando del contacto de sus cuerpos. Tal vez fuese cierto lo que Lissa había dicho, tal vez pudiese haber entre ellos algo más que negocios. Al menos existía una química poderosa entre ambos. Y por el momento, eso era suficiente. Al menos era mucho más de lo que Alexander hubiera esperado nunca.

Peinó el cabello de Merry con sus dedos y lo dejó caer sobre sus hombros. Exploró su figura todo lo que pudo mientras permanecían totalmente vestidos, envueltos por una suave música. Parecía un nuevo comienzo para ellos. Alexander podía sentirlo por la forma en que ella había hablado de sí misma, y por la forma en la que lo besaba.

Apretada contra él, Merry estaba perdida en un mar de sensaciones. Su piel recibía las manos de aquel hombre como una flor sedienta recibía la lluvia de la primavera. Se sentía insegura y sin control sobre sí misma, porque la química entre ellos era muy poderosa. Sentía que aquel nuevo acercamiento era diferente de los anteriores. Los besos de Alexander eran distintos... como si se permitiera a sí mismo sumergirse en ellos.

Aquel pensamiento la dejó helada. No porque quisiera protegerse, sino porque se dio cuenta de que si iban demasiado lejos, los nuevos sentimientos de Alexander podrían volver a hacerle daño.

—Alexander, para —dijo, echándose hacia atrás.

Alexander parecía tan encantado con ella como ella con él, y Merry supo que tenía razón. Si hacían el amor, y Merry estaba segura de que iban por ese camino, Alexander acabaría sufriendo.

—¿Qué ocurre?

Merry tomó aire antes de poder mirarlo a la cara.

—Alexander, tú piensas que tus romances son pasajeros pero, ¿qué pasaría si te enamoraras?

—Tengo cuidado de no hacerlo —respondió él y su rostro se puso tenso.

—Ya lo sé. Pero sólo por imaginar... ¿Qué pasaría si te enamoraras de mí, me pidieras que me casara contigo y yo te dijera que no? Eso te dolería.

—Eso no va a suceder —sonrió él, relajándose.

—Eso es exactamente lo que puede ocurrir, Alexander. Estoy comprometida con otro hombre. Nunca haría nada para lastimar a mi prometido y hacer el amor contigo sería una traición —dijo ella, tras hacer un gran acopio de fuerzas.

—Merry, yo soy...

—No, Alexander, déjame terminar. Tampoco quiero lastimarme yo. Y hacer el amor contigo me haría infeliz. Sería muy triste para mí recordar los momentos de amor contigo mientras estuviera casada con otro hombre —Merry hizo una larga pausa—. Y lo reconozcas o no, perderme te dolería. Si nos entregamos el uno al otro y luego nos separamos, ambos sufriremos.

Alexander se quedó una vez más sin habla; Merry hablaba con sinceridad. Estuvo a punto de confesarle su identidad, pero no lo hizo porque sabía que en cuanto le dijera que era el príncipe Alec, ella levantaría sus defensas y dejaría de, sincerarse con él. Y antes de eso necesitaba entender la razón por la que ella parecía tan terriblemente triste. De lo contrario, pasaría toda su vida sabiendo que su mujer había sido herida, pero nunca sabría por quién. Además, sentía deseos de darle a aquel tipo su merecido.

—¿Quién te hizo daño? —preguntó.

—Nadie —dijo ella, confundida por la pregunta.

—No te creo. Algo en tu voz revela que conoces bien lo que es sufrir por amor.

—La verdad es que todo lo que sé del amor lo aprendí ayudando

a mi tía Merry en su trabajo de celestina —respondió con una sonrisa.

Alexander pensó que la princesa no había estado nunca antes en el complejo, por lo que no podía haber seguido muy de cerca el trabajo de su tía. Tal vez lo conociera a través de cartas o de llamadas de teléfono, pero no de cerca.

—Estoy seguro de que tu tía Merry te contó muchas cosas. Pero no se aprende lo que es sufrir por amor por lo que te cuentan otros. Y yo puedo ver el dolor en tus ojos.

—¿Y eso te importa? —preguntó Merry.

—No trates de cambiar de tema. Tus ojos me dicen que has sufrido por amor, tanto que te ha costado mucho tiempo, años, recuperarte —repuso Alexander, cayendo en la cuenta de que tal vez ésa hubiera sido la razón por la que había desaparecido durante siete años.

Merry no dijo nada y Alexander suspiró.

—Yo te he contado mi mayor secreto. Te he hablado de la mujer que me hizo daño. ¿Por qué tú no quieres decirme quién te hizo daño a ti?

—Porque no fue una persona. Fue... —Merry sacudió la cabeza—. Oh, Alexander es que es una historia demasiado extraña.

—He escuchado muchas historias extrañas en mi vida.

—Pero es que ésta seguro que es la más extraña.

—Podré entenderla.

—Está bien —suspiró—. Ahí va. Nadie me hizo daño, pero sufrí mucho porque no siempre he sido la persona amable que tú conoces.

Ya. Él ya lo sabía.

—La verdad es que yo era una piñata malcriada —Merry tomó aliento—. Así que mi madrina me embrujó. Me quitó mi juventud, mi belleza y mi posición social. Lo perdí todo. Y sufrí mucho. Sufrí tanto que algunos días me sentí morir de dolor.

Defraudado, Alexander se tiró en el sofá. Ahí estaba él, pensando en cargarse al bastardo que le había hecho daño y ella se reía de él. ¿Cuándo iba a aprender que no podía confiar en ella?

—Genial. Yo te cuento el mayor secreto de mi vida y tú te ríes de mí.

—No me estoy riendo de ti. Escucha la historia completa. Estuve

siete años bajo aquel hechizo. La única manera en que podía romperlo era consiguiendo unir a veintiuna parejas. He estado aquí en La Torchère los últimos cinco años —dijo Merry, con los ojos muy abiertos.

Alexander no creía que ella hubiese estado allí. Pero, sobre todo, no creía que la princesa hubiese sido hechizada. Era demasiado ridículo que en aquellos tiempos modernos aún se creyera en la magia.

Aunque la gente de Silestia no pensaba lo mismo. Les encantaban las estúpidas leyendas que hablaban de los poderes mágicos de la familia real. Y la princesa Meredith volvía a casa en un par de semanas. Para un miembro de la familia real no habría sido adecuado admitir que había pasado siete años de vacaciones. Sin embargo, el pueblo de Silestia se quedaría convencido si le contaban que la princesa Meredith había permanecido embrujada aquellos siete años.

Entonces Alexander entendió lo que sucedía. Merry estaba probando con él si su excusa era creíble. No le alegraba que lo usara como conejillo de indias, pero la dejó continuar, esperando encontrar algún fallo en su historia para poder destapar la mentira.

—Vi cómo esas parejas se enamoraban y así aprendí lo que era el amor. Comprobé que a veces se es vulnerable y se sufre, sin embargo en otras ocasiones se alcanza la felicidad. Me he dado cuenta de que el amor verdadero merece la pena y por eso no quiero hacerte daño. Tú mereces encontrar el amor verdadero, igual que cualquier persona.

Había algo en la voz de Merry que no podía ser fingido. A pesar de su mentira, estaba claro que no deseaba hacerle daño. Entonces Alexander pensó que tal vez ella hubiese inventado aquel cuento de hadas porque la verdad fuera demasiado dolorosa como para contarla.

—¿Y tú? ¿Tú no mereces vivir el amor? —preguntó intrigado.

—El amor tiene que ver con la alegría, pero también con el deber y la responsabilidad. El respeto y la tradición. Yo amaré a mi príncipe, el hombre con el que debo casarme. Puede que no sea un amor romántico o verdadero, pero lo amaré de todos modos.

Alexander se quedó tan aturdido al escucharla que no pudo responder durante unos segundos. La rabia se apoderó de él.

—Bromeas, ¿verdad?

—No. Pretendo casarme con el príncipe Alec.

La rabia se transformó en furia y Alexander sintió que debía alejarse de ella cuanto antes. Se levantó.

—Creo que es hora de que volvamos a La Torchère.

Merry no discutió. La furia de Alexander se convirtió en una profunda decepción y en un agudo dolor.

Merry había estado a punto de convencerlo.

Alexander había llegado a creer que podrían vivir una relación verdadera, pero no era así. Aquella mujer escondía una estratagema deleznable. Planeaba utilizar su amor para manipular al príncipe Alec porque lo creía débil y manejable. Estaba segura de que él caería rendido a sus pies.

¿Cuándo iba a aprender de una vez?

CAPÍTULO 6

ENOJADO porque Merry le había mentido y furioso porque ella planeaba utilizar su «amor» para controlar al príncipe Alec, Alexander decidió no salir de casa. Pidió el desayuno por teléfono, pero fue Lissa quien se lo llevó.

—Eres como un perro detrás de su hueso, ¿sabes? —le espetó él.

—Hay demasiado en juego, Alexander, y no voy a dejar que el azar resuelva este entuerto. Os hace falta un árbitro —dijo Lissa, dejando el desayuno sobre la mesa—. ¿Qué ha pasado esta vez?

Merry había admitido su plan de manipular al pusilánime príncipe Alec fingiendo que lo amaba, pero Alexander decidió saltarse esa parte y se centró en la segunda razón de su enfado.

—Me mintió. Se inventó la historia de un hechizo para explicar su ausencia de siete años.

—¿Y eso te enoja?

—¿No debo enojarme porque me mienta?

—Bueno. Como quieras. Ella no mintió. Fue embrujada. Es algo que pasa todo el tiempo. Desconoces la magia oculta que convive con nosotros.

—Yo creo en las cosas que puedo ver, sentir y probar. Los cuentos de hadas de tu país están hechos para las personas que necesitan creer en milagros. Eso puedo tolerarlo, pero las mentiras, no.

—No eres el más indicado para hablar de mentiras. Si Merry está ocultando la verdad, lo está haciendo con Alexander Rochelle, un hombre a quien en el fondo no debe ninguna explicación. Mientras que tú ocultas tu identidad a la mujer que es tu prometida.

—Fuiste tú quien me sugirió que no revelara mi identidad —dijo Alexander, sentándose a la mesa.

—Sí, pero podrías habérselo dicho al principio de verla aquí, antes de que yo entrara en escena, y no lo hiciste. Así que fuiste tú el primero en mentir.

—De acuerdo. Pero ella ha terminado mintiendo también.

—Alexander —dijo Lissa con desesperación—, piensa por qué pudo Merry contarte— esa historia, teniendo en cuenta que ella ni quiere, ni necesita, ni espera nada de ti. Sólo hay dos posibilidades.

O su historia es cierta o está tratando de protegerte.

Al escuchar a Lissa, Alexander se dejó envolver por la misma dulce sensación que había tenido la noche anterior, cuando se había dado cuenta de que Merry se estaba escapando de su abrazo porque no quería que él sufriera. La sensación se incrementó cuando recordó su disculpa por los errores de juventud. Un nudo en el estómago le quitó el aliento cuando recordó cómo se habían besado y abrazado apasionadamente. Aquéllos habían sido los primeros pasos para crear una verdadera confianza mutua. El no había dudado de las buenas intenciones de Merry hasta que ella había pronunciado la palabra amor. Entonces había dejado de creerla porque se sentía inseguro. Si la creía, su corazón correría peligro.

—No importa por qué lo hizo. El juego ha terminado. Voy a llamarla ahora mismo para decirle quién soy.

—Por favor, no lo hagas —le rogó Lissa.

—¿Por qué? Dejas que Merry me mienta y no quieres que yo le diga la verdad...

—Alexander —lo interrumpió Lissa, con tono de súplica—. Aunque no creas que Merry fuera hechizada, en su historia te ha revelado fragmentos importantes de su vida y de su identidad. Eso significa qué confía en ti. Y si confía en ti, el amor no puede andar muy lejos.

—Ya. El amor. No hay lugar para el amor en un matrimonio de conveniencia, porque el amor a la otra persona y el amor al propio país entrarían en conflicto.

—No estoy de acuerdo. El amor trae armonía y comprensión. Ambos países saldrían ganando si el vuestro fuera un matrimonio contraído por amor.

—Eres una soñadora —dijo Alexander, sacudiendo la cabeza disgustado.

—¿Sabes, Alexander?, vosotros dos podéis tener un problema mucho más grave que el hecho de que ella te mintiera o no —dijo Lissa, después de observarlo por unos segundos.

—No te entiendo.

—¿Te has parado a pensar en cómo reaccionaría ella si le dijeras quién eres? —sonrió Lissa.

—Sí. Creo que se sentiría aturdida y avergonzada por no haberme reconocido.

—¿Sí? ¿Eso crees?

—¿Tú no?

—No. Si realmente es la persona que parece ser, creo que se culparía a sí misma por haber intentado seducirte, por haber sucumbido a tus besos y por haber tratado de convencerte de que podría dirigir tu complejo, cuando tú sabías que, no era así. Creo que se moriría de vergüenza. Puede que incluso le dijera a su padre que no quiere casarse contigo.

Alexander tomó aire. Había dado por hecho que ella se sentiría confusa cuando conociera su verdadera identidad, pero no le había dado la menor importancia. Lissa tenía razón. Si la princesa realmente era una mujer honesta y honorable, iba a ser un duro golpe para ella saber que la había estado engañando.

—Pero si la princesa no ha cambiado, si es aún la malhumorada y malcriada princesa que tu recuerdas... —Lissa se detuvo para sonreír—. Entonces puedes empezar a vender entradas para el numerito que te va a montar cuando se lo digas. Te golpeará y esta isla presenciara la mayor tormenta de su historia. Y, por supuesto, tampoco se casará contigo. Tendrás suerte si tu país sobrevive a su terrible venganza.

Lissa dio una vuelta alrededor de Alexander, que parecía muy afectado.

—A menos que le des una buena razón para alegrarse de que tú seas su príncipe.

—Quieres decir, a menos que haga que se enamore de mí —suspiró Alexander.

—Exactamente —Lissa sonrió.

—Ya te he dicho que pienso que eso empeoraría las cosas.

—Sí, bueno, yo sólo creo que tienes miedo.

—Eso ya me lo has dicho antes, Lissa. Y ya te he dicho que no tengo miedo.

—¿A no? ¿No te has dado cuenta de que enamorarte de—la princesa significaría entregarle tu corazón a la mujer que ya te lo rompió una vez?

No. No se había dado cuenta, porque nunca había llegado tan lejos en sus pensamientos. Le sobraban razones para no enamorarse de ella. Mantenerse alejado del amor no sólo protegía a su país. También lo protegía a él.

—Parece que tienes mucho que pensar, majestad —dijo Lissa, saliendo con el carrito del desayuno.

Una vez al año, Alexander premiaba al equipo ejecutivo de cada uno de sus negocios con una semana de vacaciones en La Torchère. Podían traer a su familia y disfrutar de un agradable tiempo de ocio. Aquella semana, le había tocado a los empleados de la compañía de software de Omaha. Cada mañana, tendrían una reunión de quince minutos con Alexander, y el resto del día libre.

Después de la breve reunión, todos salieron disparados, menos Jerry O'Riley.

—Espero que no le importe, jefe, pero estoy esperando a mi mujer. Nos vamos a montar en barco —dijo Jerry, un monstruo de los ordenadores, con piel pálida y gafas de pasta negras.

—No me importa. Pero, ¿qué vas a hacer con tu maletín? —preguntó Alexander, sonriendo ante el entusiasmo infantil de Jerry.

—Oh —dijo Jerry, colocándose las gafas con el dedo índice—. La encargada, Merry, ha quedado con nosotros en el puerto. Ella llevará el maletín de vuelta a mi habitación y, además, nos va a llevar la comida para un picnic.

Al escuchar el nombre de Merry dentro de un comentario tan positivo, Alexander frunció el ceño. Tenía que evitar a Merry porque Lissa tenía razón. Necesitaba tiempo para pensar.

—Eso es muy amable por su parte.

—¡Es una persona maravillosa! Mi mujer la adora —dijo Jerry.

Alexander frunció el ceño de nuevo. Una persona maravillosa. Si eso era cierto, Alexander le había tomado el pelo y, en consecuencia, tenía un problema. Una vez que le confesara la verdad, le tocaría a él asumir el papel de príncipe mentiroso. Y si Merry continuaba siendo la malvada princesa que él recordaba, lo que lo esperaba era una verdadera guerra. Ella no dejaría de recordarle que la había engañado.

En cualquiera de los dos casos, Merry tenía capacidad para romper el compromiso que su país tanto necesitaba.

Cuando llegó la esposa de Jerry, una morenita

con pantalones cortos y camiseta blanca, a Jerry se la cayó la baba como si estuviera delante de su princesa. Alexander sintió un

golpe de envidia. Aquel muchacho era un tipo raro, feúcho, alguien que vivía para programar ordenadores. No obstante, había encontrado el amor y, cada vez que veía a su esposa, sus ojos irradiaban una sincera alegría.

Alexander no era feo ni raro. Podía tener a la mujer que quisiera. Pero vivía detrás de un muro porque no se atrevía a ser vulnerable, especialmente con la mujer que se convertiría en su esposa.

Jerry había superado su timidez, había conseguido encontrar tiempo para tener una esposa, había aprendido que su trabajo no era lo más importante. Jerry se había enfrentado a sus miedos y había ganado.

Después de algunas formalidades, la pareja se fue y Alexander cerró la puerta. Él no podía enfrentarse a su miedo. No podía permitirse el lujo de ser vulnerable ni de abrirse con la princesa Meredith, porque entonces su país se vería perjudicado. Sobre todo si la princesa resultaba ser tan malvada como él temía.

Suspiró, se pasó la mano por la cara y se dirigió a su habitación a cambiarse de ropa. Lo que tenía que hacer era preparar a Merry antes de revelar la verdad. Pensaba empezar dándole pistas sobre su identidad. Y buscar una manera para que ella se sintiera feliz de ser su prometida. No se le ocurría otra estrategia salvo seducirla. Después de unas cuantas sesiones de sexo inolvidable, ella estaría contenta de averiguar que era sexualmente compatible con su futuro marido. Era un buen plan.

Merry estaba haciendo las maletas cuando oyó que alguien llamaba a la puerta. Ignoró la llamada porque nada ni nadie podría hacerle cambiar de opinión. Había escrito ya su carta de dimisión. No sólo se sentía un fracaso como celestina sin los poderes mágicos, sino que su corazón estaba roto.

Aunque sólo había pasado con Alexander unos pocos días, estaba claro que se entendían bien. Ambos tenían su propia muralla y sus propios miedos. Cada uno vivía encerrado en su propia prisión. La suya consistía en haber crecido como una princesa mimada. Todo su reino había sido testigo de su mal carácter. La celda de Alexander era creer que no debía confiar en ninguna otra

mujer para no ser lastimado por segunda vez. Merry sabía que hacer el amor con él sería una experiencia increíble. No sólo porque había mucha química entre ellos, sino porque cada uno se preocupaba por el otro y lo entendía.

El amor llamaba a su puerta pero ella no podía abrirla. Estaba prometida y, aunque al principio había pensado que tener una aventura con Alexander sería un recuerdo perfecto, en aquel momento sentía que su pérdida la entristecería sobremanera.

Era tiempo de partir.

—¿Qué estás haciendo?

Merry levantó la cabeza y vio a Alexander parado en la puerta. Vestido con pantalones cortos y una camiseta, tenía un aspecto increíble. Fuerte y decidido a la vez que cómodo. Era tan endiabladamente maravilloso, que los ojos de Merry se llenaron de lágrimas. Deseó dormirse abrazada a él para levantarse a su lado la mañana siguiente. Pero no podía ser.

—La pregunta es qué haces tú aquí. La puerta estaba cerrada, ¿cómo has entrado? —preguntó Merry con una sonrisa tras secarse las lágrimas con la mano.

—Tengo llaves maestras.

—Tiro la toalla. No puedo igualar a mi tía Merry, así que voy a irme para que puedas reemplazarme —dijo Merry, pensando que era mejor ir al grano.

—¿Qué?

—Regreso a casa —Merry había pensado que la noticia agradaría a Alexander, pero no lo parecía. El trató de hablar, pero no pudo decir nada—. Pensé que estarías contento de que me fuera. No te gustaba que yo fuera la encargada. Hace dos días te conté la historia de mi hechizo y no me creíste. Piensas que estoy como una cabra. Deberías estar encantado de que me marche.

—Bien —dijo él, pasando los dedos por su cabello una y otra vez, mientras pensaba en qué decir—. No creí tu historia del hechizo de forma literal, pero sí creo que tuviste siete años muy malos, que te parecieron como un hechizo. Así que, técnicamente, no mentiste.

—Oh, Alexander, no sé qué decir a eso —rió Merry.

—Entonces no digas nada y escúchame. Me porté un poco mal contigo cuando llegaste. Normalmente, le doy a los nuevos

empleados dos meses de margen antes de enojarme con ellos si lo hacen mal, pero a ti no te he dado esa tregua —Alexander suspiró.

—¿Me estás ofreciendo un periodo de prueba?

—Sí.

Merry siguió haciendo la maleta.

—No entiendo qué quieres ganar con eso. No necesito más tiempo. Acepto que he fracasado. Estoy aprendiendo a aceptar mis límites y mis fracasos.

—Pues no pareces nada feliz. Es difícil que aceptes tus fracasos cuando realmente no has fracasado. Yo tengo mucho de culpa, no he dejado de presionarte en todo este tiempo. Así que si te quedas, te dejaré trabajar tranquila y a tu ritmo.

—Gracias, pero no. Además, le hice a mi padre la promesa de regresar lo antes posible.

—Vas a hacer algo que no es del todo bueno para ti, sólo por deber.

—Sí, Alexander —contestó ella, evitando mirarlo.

—Entonces necesitas unas pequeñas vacaciones antes de hacerlo.

Merry levantó la vista. Unas vacaciones podían significar tiempo para relajarse o tiempo para acostarse con él.

—Quieres que me quede porque piensas que voy a acostarme contigo.

—No es eso exactamente lo que pretendía... —Alexander no sabía muy bien qué responder.

—Estás mintiendo —dijo ella, mirándolo a los ojos.

—No miento.

—¿Me aseguras que no vas a intentar acostarte conmigo?

Era difícil asegurarle eso a la mujer que tanto deseaba. Incluso iban a casarse. Pero necesitaba una buena respuesta a esa pregunta, o ella se iría.

—Mira, ¿qué te parece si te prometo que no voy a hacer nada que tú no quieras en las próximas dos semanas?

—¿Seguro?

—Sí.

Merry pareció no creerlo y siguió haciendo la maleta. Alexander fue consciente de que estaba decidida a irse. Y él estaba suplicando a la mismísima princesa Meredith, algo que nunca pensó que volvería a hacer.

—Si vas a irte, trae de vuelta a tu tía.

—¿Qué?

—Sólo dejaré que te vayas de aquí si haces que tu tía Merry regrese.

—Pero ella...

—¿Está cansada? Sé que lo está, pero no está acabada. Aquí puede descansar. Además, pienso contratar un ayudante para ella.

Pensativa, Merry se humedeció los labios con la punta de la lengua. Alexander observó el contorno de aquella boca tan apetitosa y sintió que el deseo se apoderaba de él.

—No puedo hacer eso.

—Entonces me debes tres semanas de trabajo en el hotel, te comprometiste a ello en la primera reunión de ejecutivos. Mantén tu palabra o te denuncio.

—Bueno. Mi padre estará gustoso de pagar lo que sea con tal de que yo vuelva a casa —rió Merry.

—No quiero tu dinero, sino tu tiempo. Y si vamos a los tribunales, el caso puede necesitar mucho más tiempo —afirmó él. Ella sabía que un juicio podía hacerle perder meses—. La razón por la que quiero que tú o tu tía estéis aquí es porque quiero preparar un banquete. Algo muy elaborado y grandioso —continuó Alexander, sorprendido ante la idea que acababa de ocurrírsele—. Quiero que todos los huéspedes sean informados de que están invitados a un banquete seguido de un gran baile.

—¿Un banquete? ¿No es eso cosa de la realeza? —se rió Merry.

—Nosotros tratamos 'á nuestros huéspedes como si pertenecieran a la realeza —sonrió—. Tienes la experiencia necesaria para preparar algo así, ¿verdad?

Ella afirmó con la cabeza.

—Entonces toma papel y lápiz.

—¿Quieres que empecemos ahora mismo?

—¿Cuándo mejor? Tú no te vas y yo estoy de humor para empezar. Llamemos al jefe de cocina. Empezaremos con el menú.

Merry abrió la boca para hablar, pero le faltaban las palabras. Alexander sonrió. No era una gran victoria, pero al menos había conseguido ganar algo de tiempo.

Tres horas después, los ojos del chef se abrieron como platos al ver todo lo que tenía que preparar. Merry se sentía cómoda en compañía de Alexander, porque estaban hablando exclusivamente de trabajo. Pensó que un hombre poderoso como él seguramente habría sido invitado en muchas ocasiones a banquetes, bailes y galas.

Cuando terminaron era tarde y estaba oscureciendo. Merry se moría de hambre, pero cuando Alexander le pidió que cenara con él, se negó.

—Lo siento. Tengo que ir a mi oficina. Quiero revisar unos papeles.

—Te acompaño hasta allí.

Merry suspiró. La mejor manera de tratar con Alexander era rendirse ante sus peticiones porque él no paraba hasta conseguir lo que quería. Y el camino hasta el hotel estaba bien iluminado, así que no intentaría nada.

Cuando salieron al camino, Alexander la agarró de la mano.

—Vamos a pasear por la playa.

—Tengo cosas que hacer.

—Al pedirte que te quedaras, te ofrecí tiempo para relajarte y descansar, acéptalo ahora.

Ella suspiró y se dejó llevar. La luna estaba saliendo y el sonido de las olas ayudó a disminuir la tensión.

—El otro día me preguntaste por mi pasado y no fue demasiado elocuente —prosiguió él.

—¿De veras? —bromeó ella, quitándose un mechón de cabello de la cara.

—Me gustaría contarte más cosas sobre mí. Mis padres tenían una relación especial. Cada uno defendía sus propios intereses en el matrimonio.

—Suena parecido a los míos. Se casaron casi como para formalizar un tratado de negocios —rió Merry.

—Sí, los míos también. Pero mi padre perdió todo su dinero. Y eso hizo muy infeliz a mi madre.

Merry cerró los ojos, sintiendo el dolor de aquella historia en su corazón. Le había dicho que estaba prometida con otra persona y no quería hacerle daño. Alexander le estaba explicando por qué desconfiaba del amor y por qué no tenía ninguna intención de

enamorarse. Merry no tenía que preocuparse por romperle el corazón.

Alexander se detuvo y la miró. Ella evitó la mirada pero él sostuvo su barbilla, mientras se acercaba.

—¿Entiendes lo que te digo?

—Sí, Alexander. Me estás explicando por qué elegiste no enamorarte nunca. Después de vivir con unos padres que no se amaban y después de que tu primer amor te hiciera tanto daño, has decidido no creer en el amor.

—Sí, pero hay algo más. Quiero hablarte de mi familia.

—No veo por qué. Nada de lo que me digas me hará cambiar de opinión. No voy a serle infiel a mi prometido.

Merry se dio la vuelta, lista para salir corriendo, pero él la detuvo.

—No te pido que rompas tu compromiso, sólo que me des una oportunidad —dijo él.

—¿Por qué?

—Sólo quiero que me conozcas bien.

—Te conozco mejor de lo que crees. Por ejemplo, sé muy bien que esto está cerrado con llave —dijo Merry, tocando el corazón de él—. Pero sé que si lo abres y te decides a amar a una mujer, vas a hacerla muy dichosa, porque eres el hombre más amable, más encantador y más generoso que he conocido en mi vida. Pero eso no debe importarme.

De nuevo se giró y comenzó a caminar hacia el hotel. En vez de detenerla, Alexander caminó a su lado.

—¿Ni siquiera quieres probar?

—¿Para qué? ¿Para acostarnos juntos una o dos veces? Estoy segura de que puedo amarte. Y si hacemos el amor, más. Entonces no sólo estaré siendo infiel a mi futuro marido, sino que pasaré el resto de mi vida echándote de menos.

Enojada porque Alexander tuviera la cabeza tan dura, salió corriendo hacia el vestíbulo del hotel. En la recepción, se encontró con Lissa.

—Merry, los Phipps—Stover se van a divorciar —dijo sutilmente, mientras agarraba la mano de su ahijada.

Confundida, porque no había escuchado bien lo que Lissa le había dicho, Merry levantó la vista.

—¿Cómo?

—Los Phipps—Stover se divorcian.

Lissa parecía desolada, lo que desconcertó a Merry aún más.

—Pero se habían prometido, en eso consistía mi misión, ¿no?

—Sí pero, según el hechizo, el compromiso debía durar al menos hasta que cumplieras treinta años.

Merry por fin cayó en la cuenta de lo que Lissa trataba de decirle. Se miró las manos y vio que sus nudillos comenzaban a arrugarse. Estaba otra vez bajo el hechizo. ¡Se estaba convirtiendo en una anciana!

—¡Oh, Dios mío! —sus ojos se llenaron de lágrimas. No podía soportarlo otra vez. Después de siete años, un solo día más bajo el hechizo le parecía la peor de las torturas.

—Merry, tienes que conseguir unir a una pareja más antes de tu cumpleaños. Si no, el hechizo será permanente. Eso te da sólo dos semanas. Pero tú puedes hacerlo.

Las puertas de cristal del hotel se abrieron y Alexander se acercó a ellas.

—Merry, yo...

Merry deseaba refugiarse en sus brazos para contarle todo lo que estaba sufriendo, pero no podía. El no la creería. Lo empujó para abrirse paso y salió corriendo hacia su casa.

Alexander se dispuso a seguirla, pero Lissa lo detuvo, indicándole con un gesto que así era mejor.

CAPÍTULO 7

CUANDO se levantó a la mañana siguiente, Merry confirmó la peor de sus pesadillas: una piel delgada y arrugada cubría sus manos y le había salido una mancha marrón en la muñeca. En el espejo, comprobó que las patas de gallo habían regresado. Los cambios eran todavía leves, pero Merry sabía que eran imparables. En tres o cuatro días sería una vieja decrepita. Se convertiría en Merry Montrose y sólo contaba con dos semanas para romper el hechizo.

La noche anterior se había sentido triste e impactada. Pero aquella mañana estaba decidida a hacer algo, no iba a permitir que el hechizo controlara su destino. Había aprendido a ser una buena princesa y quería tener la oportunidad de demostrarlo en su país. Así que no iba a deprimirse ni a sucumbir al pánico.

—Trae la lista de huéspedes a mi casa —dijo al telefonar a una de las recepcionistas del hotel.

En cinco minutos, Lissa llamó a su puerta, con la lista en la mano.

Sin perder un segundo, Merry agarró el trozo de papel.

—¡Tú y tu maldito hechizo! —le espetó a Lissa.

Lissa parecía arrepentida.

—No me dejaste otra salida. Estabas haciendo la vida imposible a tu padre y a tu madrastra. Heriste al príncipe Alec y tú tampoco eras feliz. Traté de hablar contigo muchas veces, pero casi fue peor. Sólo me quedaba la magia.

—Bueno, ése creo que fue el problema con los Phipps—Stover, la magia.

—¿Sí?

—Sí, al emplear la magia, escondí la realidad y se casaron dos personas que, en realidad, no se llevaban bien.

—Por eso pediste la lista de huéspedes. No vas a intentar reunir a los Phipps—Stover.

—Sin magia, no se llevan bien. No sería justo reunirlos de nuevo.

—¡Pero empezar con dos personas nuevas es mucho más difícil!

—exclamó Lissa, confusa.

—Mira, Lissa, no tengo tiempo para ponerme histérica.

—Pero es que si no lo consigues a tiempo, serás una vieja el resto de tu vida.

Era tonto perder el tiempo hablando sobre lo desastroso de la situación, así que Merry se puso a estudiar la lista de huéspedes.

—Nunca pensé que el destino te jugaría esta mala pasada. Te concedí siete años en el hechizo, porque pensé que no te ibas a ver tan ajustada de tiempo —dijo Lissa, en tono arrepentido.

Cansada de una conversación que no hacía más que consumir su precioso tiempo, Merry despidió a su madrina.

—Me gustaría mucho tener tiempo para quejarme, enfadarme y echarte en cara este estúpido hechizo, pero tengo trabajo que hacer.

De camino al hotel, Lissa se detuvo para recuperar el aliento. Incluso a pesar de estar contra las cuerdas de aquella manera, Merry no había tenido una rabieta. No había montado en cólera. No había lanzado jarrones ni sillas volando por la habitación. Ni siquiera había optado por el camino fácil de intentar reunir a los Phipps—Stover.

¡El hechizo había cumplido su misión! Su ahijada había cambiado completamente.

El único problema era que ahora Merry tenía sólo dos semanas para romper el hechizo y eso era muy poco tiempo.

Merry estaba abstraída en su trabajo cuando Alexander Rochelle la llamó para invitarla a cenar. No tenía tiempo, pero tampoco quería hacer enfadar a su jefe porque, si la despedía del complejo, ya no lo tendría tan fácil para unir una nueva pareja. Así que, cuando él dijo que quería hablar sobre los preparativos del banquete, ella aceptó.

Pero no gustosa... ¡se estaba transformando en una vieja! Ya tenía unas cuantas canas, patas de gallo y las manos arrugadas. Podía transformarse en Merry Montrose en cualquier momento, incluso delante de las narices de Alexander. Merry quería evitarlo a toda costa, pero si no lo conseguía al menos él se vería obligado a creer en el hechizo.

Preparada para lo peor, se vistió con unos pantalones blancos y una camisa blanca de manga larga que cubrían el noventa y nueve por ciento de su cuerpo, a lo que añadió unos guantes, gafas de sol y un gran sombrero de ala ancha para camuflar las arrugas.

—¿Vas a una fiesta de disfraces? —le preguntó Alexander, que se quedó boquiabierto al abrir la puerta de su casa.

—Estoy probando una nueva crema hidratante que no puede exponerse al sol.

—No soy tan tonto como para no darme cuenta de que te has cubierto así para evitarme la tentación de tocarte. ¿Tan repulsivo me encuentras que no quieres que te toque?

—¡Oh, no, Alexander, no eres tú, soy yo! Tú no eres repulsivo. ¡Me gustas mucho!

—Bueno. Demuéstralo. Quédate conmigo esta noche. Toda la noche.

Merry no podía evitar fijarse en lo atractivamente masculino que resultaba Alexander cuando la miraba de aquella forma, como si no pudiera vivir una noche más sin acostarse con ella. Pero ella se estaba transformando. No podía estar desnuda entre sus brazos. Si hacían el amor y su cuerpo cambiaba de repente, se moriría de vergüenza.

—No puedo.

—¿Por qué? —preguntó él, acercándose.

Un escalofrío, que era mezcla de miedo y de deseo, la recorrió. Si su cuerpo se transformaba en el de una vieja cuando estuvieran juntos, él se sentiría asqueado. Merry dio un paso atrás.

—No me gustan los jueguecitos, Merry. Hemos estado jugando al ratón y al gato que llegaste al complejo. Esta noche no voy a dejar que te vayas —insistió él.

Merry se aterrorizó. Si le hablaba del hechizo de nuevo, no la creería. Tal vez se enfadara lo suficiente como para no querer seguir estando con ella aquella noche. Si no le hablaba del hechizo, sin duda Alexander la seduciría y vería su cuerpo de anciana. Tomó aire.

—Alexander, no me creíste cuando te hablé del hechizo. Y no creo que te guste saber que el hechizo ha vuelto.

—Merry, ése es un buen chiste, pero es un poco viejo.

Alexander se acercó más, poniendo la mano en su cara. Merry

estuvo a punto de derretirse. Había estado sola siete años y deseaba a aquel hombre con toda su alma. Tal vez, si apagaban las luces, él no la vería... Y tal vez ella se quedaría dormida y Alexander se levantaría por la mañana al lado de una vieja horrible.

—No me importa si no quieres escucharme, pero realmente fui hechizada. Mira, mis manos son las de una mujer de ochenta años. El hechizo se ha renovado porque se ha roto una de las parejas que uní. Lentamente, estoy volviendo a convertirme en una anciana.

Alexander suspiró frustrado. Era cierto que sus nudillos estaban arrugados, pero él sabía que si la piel estaba un buen rato en el agua podía llegar a arrugarse mucho.

—¿Por qué me mientes?

Enojada, Merry le mostró su cabellera cubierta de canas. Pero Alexander sabía que podía deberse a un tinte. O peor aún, Lissa la podía haber convencido de que estaba hechizada y le había teñido el pelo en el salón de belleza sin que ella se enterara. En cualquier caso, pensó que era mejor seguirle el juego.

—Cualquiera que haya unido tantas parejas, puede hacerlo una vez más.

—Claro que lo haré. ¡Esta vez lo haré bien! Los Phipps—Stover son infelices porque no son compatibles, yo me equivoqué con ellos. Ahora tengo que juntar a las personas indicadas.

Alexander se quedó muy pensativo. Ella quería esmerarse en formar una buena pareja. La mujer que hacía años sólo pensaba en sí misma, estaba dispuesta a anteponer el bienestar de los demás, aunque fueran unos extraños, al suyo propio.

Merry parecía tan convencida de lo que decía que Alexander empezó a pensar que todo había sido una invención de Lissa. Quizá hubiera engañado a Merry con esa historia del hechizo.

—¿Y cómo sabrás que dos personas son compatibles? —preguntó, pensando cómo podría hacerle ver a Merry que no era más que uno de los trucos de Lissa.

—Tengo que tener la intuición de que ambas personas se preocuparán más por el otro que por ellos mismos.

—Por favor, Merry, a la hora de la verdad todo el mundo pone sus propios intereses primero —Alexander no pudo evitar reírse.

—Tienes una visión muy triste de la vida, Alexander.

—Y tal vez la tuya sea muy idealista. Hablas de amor verdadero,

finales felices y hechizos como si fueran algo normal. ¡No sé cómo has podido sobrevivir en este mundo!

—Alexander, me dijiste esta tarde que querías hacer algunos preparativos más para el banquete, empecemos pues —dijo Merry, disgustada con él.

—Sí. Cenaremos en el comedor —respondió él, igualmente disgustado.

—No sé si tengo tiempo para...

—¿Para qué? ¿Para hacer tu trabajo?

Enojado, Alexander al menos no era un peligro, ya que no le pediría que se acostara con él.

—De acuerdo.

—Bueno. Gracias por disfrutar tanto con mi compañía. ¿No puedes ni siquiera concederme dos horas de tu tiempo? —dijo él, caminando hacia el comedor.

—Lo siento.

Merry aceptó cenar con él. Hablaron de cosas como el tiempo, hasta que Alexander de pronto dio un giro a la conversación y le dijo que sus negocios le exigían vivir en Estados Unidos. Merry le dejó hablar. Aunque sus manos estaban arrugadas, su cabello gris y le acababa de salir un juanete, aún podía hacer como si fuera la joven princesa y jugar a que eran una pareja, cenando y hablando de sus cosas.

Pero cuando la cena terminó, Alexander sugirió que se sentaran en el sofá. Merry se negó.

—Lo siento, deberíamos hablar de los preparativos del banquete. Estoy poniéndome nerviosa y quiero moverme de aquí.

—Muy bien —dijo él, poniendo música en su estéreo—. Si quieres moverte, bailemos.

Ella estuvo a punto de negarse, pero algo le dijo que tal vez aquella sería la última oportunidad que fuera a tener de bailar con un hombre así de guapo. Quizá se convirtiera en una anciana para siempre.

Se abrazaron para bailar. Estaban muy cerca y perfectamente sincronizados. La luna entraba por las puertas de cristal y la música los envolvía. Merry pensó que era uno de los momentos más románticos y perfectos que había vivido en su vida. Cerró los ojos para saborear cada segundo.

En sus brazos, Merry se dio cuenta de que ya no sólo le gustaba porque era un hombre muy atractivo, sino por su forma de ser. Era fuerte, inteligente, divertido, dulce y muy cabezota. No podía dejar de pensar en él, no podía olvidar lo mucho que se habían reído juntos jugando al golf, ni lo dulces que eran sus labios.

Aquellas semanas, cada vez que había pensado en algo dulce, adorable, frustrante, emocionante o maravilloso, Alexander había invadido su mente. Y no podía imaginar la vida sin él. Entonces fue consciente de que no sólo sentía atracción hacia Alexander. Lo amaba. Oh, cielos. Lo amaba.

Y el hechizo no era lo único que los separaba. Ella pertenecía a otro hombre. Al instante, Merry reconoció que no iba a ser capaz de casarse con nadie si de verdad amaba a Alexander.

No podía casarse con el príncipe Alec. Lo vio tan claro, que pensó que tal vez ésa fuese la verdadera lección del hechizo. Era terrible unir a dos personas que no encajaban. Y ella nunca había encajado con el príncipe Alec. Él merecía a alguien que lo amara y ella nunca podría amarlo. No de verdad. No de la forma en que amaba a Alexander. Necesitaba romper su compromiso. No por ella, sino por el bien del príncipe Alec.

Merry se zafó del abrazo de Alexander y tomó su cuaderno de notas. Él la agarró por la cintura y, al mirarla a la cara, pudo ver sus ojos llenos de lágrimas.

—¿Merry? —preguntó, confundido.

Merry había aprendido una importante lección gracias al hechizo, a su estancia en La Torchère y a conocer a Alexander. No podía casarse con el príncipe Alec porque no lo amaba. Sin embargo, el hombre a quien ella amaba no estaba enamorado de ella. No porque no la encontrara atractiva, sino porque era incapaz de amar a nadie. Él lo había dejado muy claro desde el principio. Por eso le gustaba tanto tener aventuras románticas, no eran más que un sustituto barato del amor eterno, en el que él no creía.

CAPÍTULO 8

DEBO irme —dijo Merry decidida y agarró el bolso.

—Ya sé. Debes irte porque estás prometida a otro hombre —protestó Alexander mientras la tomaba por el brazo para detenerla.

—Me gustaría poder decir que ésa es la razón pero he decidido no casarme con el príncipe Alec. Tú me gustas tanto que no sería justo para él. Tiene derecho a ser feliz y a vivir el amor verdadero. Y yo nunca lo amaría de verdad —repuso, con los ojos llenos de lágrimas—. Porque te amo a ti.

Merry salió corriendo hacia su casa. Alexander se quedó paralizado en el sitio, sin moverse. „Fila lo amaba?

Alexander ignoró el calor que sentía en su pecho, y pensó que Lissa le había metido tantas cosas a Merry en la cabeza, que estaba confundida. Tan confundida, que creía amar a un hombre que apenas conocía. Tan confundida, que estaba dispuesta a romper su compromiso con el príncipe Alec.

Él no podía permitir que aquello sucediera, y no se le ocurrió otra cosa que ir al cuarto de comunicaciones del hotel y desconectar todas las líneas, de forma que Merry no pudiera hablar por teléfono con nadie aquella noche.

Tras correr hasta su casa, Merry trató de secarse las lágrimas. Ya no era una niña. Ya no era una princesa consentida. Ahora era una adulta. Una adulta sabia. Con el hechizo había aprendido mucho acerca del amor, pero la lección más importante la había aprendido al enamorarse de Alexander.

Enamorarse de él había sido el mayor de los hechizos. Carecía de importancia si se transformaba en una vieja. Ya no podría amar nunca a nadie de la forma en que amaba a Alexander. Pasaría el resto de su vida sola.

Resistiendo la tentación de echarse en la cama a llorar, Merry descolgó el teléfono para llamar a su padre. Pero el aparato parecía no funcionar. Tampoco pudo llamar a recepción.

Cuando colgó, recordó que aún tenía su teléfono móvil en el cajón de la mesilla y fue a buscarlo. Un mensaje parpadeaba en su

pantalla.

Bienvenida.

—Gracias. ¿Puedo utilizarte para llamar a mi padre? —preguntó, pero antes de que el móvil res

pondiera, Merry continuó hablando—. No importa. Olvidé qué bajo este estúpido hechizo mi padre no me reconoce. Ni siquiera conocería mi voz al teléfono —le dijo Merry al aparato.

Te reconocerá esta noche. —¿Por qué? —inquirió Merry.

Para darte un poco más de tiempo. El hechizo aún no está completado. Tu madrina lo ha ralentizado un poco.

—¿Ella puede modificar el hechizo?

No. Lo único que pudo hacer fue desacelerarlo un poco, no puede cambiar el hechizo en sí. Si no consigues unir otra pareja más, serás una vieja para siempre. Si quieres llamar a tu padre, aprovecha ahora.

Tenía que hablar con su padre para romper el compromiso con el príncipe Alec antes de que se convirtiera en una anciana para siempre. Si no, no podría hacerlo y el príncipe se pasaría toda la vida esperando a una princesa que nunca volvería.

Merry marcó el número privado de su padre y Charles respondió.

—Buenos días, Charles, ¿cómo estás?

—Bien, señora —respondió el mayordomo, claramente incómodo con ella.

—¿Podría hablar con mi padre, por favor?

—Sí, señora.

—¿Merry? ¿Llamas para decir que ya vuelves a casa? —preguntó su padre nada más ponerse al teléfono.

Merry se tragó su tristeza y fue directa al grano. Mientras hablaba, sintió un fuerte dolor en la espina dorsal y pudo notar cómo el hechizo iba curvando su espalda.

—Padre, algunas cosas han cambiado y... No puedo casarme con el príncipe Alec.

—¿Qué?

—Lo siento, papá. Pero no puedo.

—¡Debes casarte con él!

—No puedo.

—¿Por qué?

No podía explicarle a su padre que había sido hechizada y que se estaba transformando en una vieja. No se sentía con fuerzas para hablar de ello. Afortunadamente, había otra razón para no casarse con Alec.

—Me he enamorado de otra persona —dijo Merry, sin poder evitar que las lágrimas inundaran sus ojos.

—¿Cómo?

—Papá, me he enamorado de otra persona. Alguien maravilloso

—Merry sabía que su padre reconocería la sinceridad en su voz.

—Y te vas a casar con él —continuó su padre, sobrepasado por la noticia.

El corazón de Merry saltó en pedazos. Estuvo a punto de negarlo, pero eso no habría hecho más que complicar las cosas. Además, si no conseguía romper el hechizo y se transformaba en vieja para siempre, era mejor que su padre pensara que estaba casada y feliz con la persona que amaba.

—Sí. Nos vamos a fugar juntos.

—¡Fugar!

—Sí. Es un hombre maravilloso, papá, te va a encantar —mintió Merry, aunque sabía que si su padre tuviera la oportunidad de conocer a Alexander Rochelle, le encantarían muchas de sus cualidades.

—Merry, ¿te das cuenta de lo que dices?

—Sí.

—Yo creo que no. El país del príncipe Alec necesita este enlace. Tu decisión traerá muchos problemas a la balanza económica de nuestra región.

Merry tembló al pensar que tal vez no consiguiera romper el hechizo y entonces no podría ver a su padre nunca más. No podría casarse con nadie, ni tener niños. Y no podría explicar al príncipe Alec que había descuidado la situación económica de su país con el

objetivo de que él pudiera ser feliz.

—Papá, cuando yo me rebelé contra tu matrimonio con Mathilda, tú me dijiste que la amabas y que tenías derecho a ser feliz.

—Merry...

—Yo también tengo derecho a ser feliz.

Merry colgó el teléfono porque era incapaz de controlar sus lágrimas.

Después del desayuno, Alexander conectó las líneas de teléfono y llamó a Merry. Ella no quiso encontrarse con él en su casa y le colgó el teléfono.

Alexander había pensado contarle a Merry la verdad de su identidad durante el gran baile. Pero el transcurso de los acontecimientos le había hecho tomar la decisión de hablar con ella aquella misma mañana, en su casa.

Sin embargo, ella se había negado a acudir a la cita. Y había sido grosera. Muy grosera. Alexander sonrió; al fin la verdadera princesa Meredith, la malcriada, la que él había conocido, salía a la luz. Él podría demostrar que no había cambiado.

Se dirigió hacia la oficina de Merry, con una copia de las llaves para poder entrar en caso de que ella no quisiera abrirle la puerta. Estaba contento de que, finalmente, se probara que él tenía razón. La princesa no había cambiado.

—Estoy muy ocupada. Si necesitas algo, déjame un mensaje y yo me encargaré de ello —respondió Merry cuando él llamó a su puerta, sin abrirla.

—No.

Alexander recibió un gran silencio por respuesta. Esperó un largo minuto y, justo cuando iba a utilizar la copia de sus llaves, Merry abrió la puerta. Llevaba el gran sombrero del día anterior, una blusa de manga larga, pantalones largos y... Alexander no podía creerlo... ¡unas botas!

—¿En qué puedo ayudarte?

—Tenemos que hablar.

—No tenemos nada de qué hablar.

—Tenemos mucho de qué— hablar. Si me dejas entrar, al menos

no seremos la comidilla del corrillo de empleados que nos están mirando al otro lado del pasillo.

Merry lo dejó pasar.

—Ya te lo dije anoche. No quiero verte más —dijo Merry, dándole la espalda.

—Porque estás prometida.

—Ya te dije que no voy a casarme con él. —Eso tendremos que discutirlo. —No es asunto tuyo.

—Sí que lo es. Tengo que hacerte una confesión —dijo Alexander, tomando aire.

—Alexander, no quiero oír tus confesiones.

—Eso piensas, pero...

—¡Pero nada! Eres tan cabezota que no te das cuenta de que me hace daño amarte sabiendo que tú no puedes amarme a mí. No puedes amar a nadie. Aunque mi situación fuera diferente, jamás conseguiría que me amaras.

—Merry, para, yo soy...

—¡No quiero saber nada! ¡Creí que querías hablar de trabajo, por eso te dejé entrar! —dijo Merry, agarrándolo de un brazo para llevarlo hasta la puerta.

—Pero yo soy...

—¡Vete, Alexander! —gritó. —Merry...

—¡Ya está bien! ¿Me amas? —le soltó de repente. Alexander dio un paso atrás. Aquella flecha se había clavado en su talón de Aquiles. Si le decía que sí, seguro que lo escucharía encantada y no se enojaría al descubrir que el hombre que amaba era su prometido.

Pero le habría dicho una mentira. No la amaba. —Es una pregunta sencilla, Alexander —insistió Merry.

Alexander sabía que aquella pregunta tenía mucha importancia para ella. Sin embargo, no era tan relevante. Si le decía lo que ella necesitaba escuchar, que la amaba, todo iría sobre ruedas. Sería una pequeña mentira.

No obstante, aquella pequeña mentira sería el comienzo de toda una vida de deshonestidad con ella.

Las palabras se le atragantaron. No podía decirle que la amaba y casarse con ella, condenándola a una vida vacía y solitaria. De pronto, supo lo que debía hacer, a pesar de sus propios intereses.

De la misma manera que Merry no iba a casarse con el príncipe

Alec porque no lo amaba, él no podía casarse con ella, porque no la amaba. El hecho de que ella creyera que Alec merecía ser feliz, demostraba que Merry también merecía a alguien que la amara.

—No, no te amo.

—Gracias por tu honestidad. Ahora, ¿puedes irte, por favor? Tengo mucho que hacer —suspiró ella, sobrecogida.

CAPÍTULO 9

A LA MAÑANA siguiente, Merry corrió a la casa de Lissa para que le explicara qué era lo que había podido cambiar del hechizo. Sabía que sólo podía romperlo uniendo una pareja más antes de su cumpleaños, pero necesitaba conocer exactamente qué significaba eso de que lo hubiese desacelerado un poco.

—No sé exactamente en qué ha cambiado. Sólo pedí que el hechizo te permitiera conservar las partes de ti misma que necesitas para unir a la última pareja —explicó Lissa.

Merry sacó la conclusión de que todo lo que aún no había cambiado, como su aspecto físico, era necesario para conseguir su objetivo. Y que todo lo que había perdido, su fuerza muscular y unas articulaciones ágiles, no debían de ser imprescindibles para ello.

Aun así, decidió quedarse a trabajar en su casa de día e ir a la oficina por la noche. Temía que su nariz de pronto se alargara en medio de una reunión.

Todas las mañanas revisaba la lista de los recién llegados al hotel, para después salir a mezclarse con los huéspedes. Los que la acababan de conocer no tenían por qué darse cuenta de que su cabello estaba gris o que tenía más arrugas alrededor de los ojos. Para ellos, Merry era una encargada amable que trataba de ayudarlos a conocer a alguien interesante durante sus vacaciones.

Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, en una semana Merry no había conseguido encontrar dos personas lo suficientemente compatibles como para compartir una cena, así que ni hablar de matrimonio.

Además, echaba de menos a Alexander. Al cambiar su horario de trabajo, había conseguido esquivarlo. El no creía en el amor y no se iba a permitir abrir su corazón a alguien el tiempo suficiente como para enamorarse.

Sentada en su escritorio, Merry se dijo a sí misma que no tenía tiempo para pensar en Alexander. Sólo le quedaban cinco días para romper el hechizo. Había usado ya su teléfono móvil mágico, sin mucho éxito. Hizo que una ola inesperada en el embarcadero obligara a Amelia Giffin a saltar a los brazos de Kyle Martínez. Pero

cuando los dejó solos en el Greenhouse Café, comenzaron a pelearse. Su magia no producía resultados a la larga y sabía que las relaciones cortas podían producir más daño que otra cosa. Los Phipps—Stover estaban saliendo de un amargo divorcio. Y después de enamorarse tan rápidamente de Alexánder, ella misma sabía que la ruptura de una relación corta podía ser muy dolorosa.

No quería unir a ninguna mujer con un hombre que le hiciera pasar todo el dolor que ella estaba sintiendo por haberse enamorado de Alexander. El dolor que sufría no era sólo por ella. Cualquier mujer habría podido apreciar la tristeza en los ojos de Alexander Rochelle, así como el vacío de su alma.

Alexander se sentía bien con Merry. No obstante, su miedo al amor era tan fuerte, que ni siquiera se había atrevido a darle una oportunidad al amor.

Merry iba a tener mucho cuidado con la nueva unión que perseguía. No quería más corazones rotos.

Los nombres de tres hermanas, Madeline, Mimi y Sophia Grasse, de veintiocho, veintiséis y veinticuatro años, llamaron su atención en la lista de huéspedes. Con tres hermanas solteras se incrementaban las posibilidades de conseguir romper el hechizo.

El teléfono sonó en su mesa y Merry respondió, abstraída en sus pensamientos.

—Lo siento, Merry, soy Renee, de recepción.

—¿Sí?

—Tengo a un caballero aquí que no tiene reservas.

—¿Y tenemos una habitación para él?

—Sí. Pero pregunta por la princesa Meredith Bessart. Dice que es su padre. Y que es un rey —dijo Renee, bajando el tono de voz.

Merry no podía creerlo. ¡Su padre estaba allí! Justo cuando ella necesitaba todo su tiempo para romper el hechizo. Pero no podía ignorar a su padre, no lo había visto en siete largos años y lo extrañaba mucho.

—Voy enseguida.

Merry se apresuró en llegar a recepción, aunque los músculos de sus piernas protestaban un poco. Tal vez él no la reconociera debido al hechizo, aunque por teléfono sí que la había conocido.

Cuando llegó a recepción, se encontró con su padre y su madrastra, Mathilda. A pesar de estar vestido de sport, su padre

tenía porte de rey. Mathilda también tenía porte real, era bella y perfecta. Merry de pronto se dio cuenta de lo mucho que debían de quererse. Su padre nunca había tenido un aspecto tan bueno y tan feliz mientras había estado casado con su madre.

Sabía que su padre había ido allí en persona porque tenía muchas ganas de ver a su hija. Los siete años de separación habían sido tan difíciles para él como para ella.

—Majestad —dijo Merry, tras aclararse la garganta, haciendo la reverencia acostumbrada.

—Al fin. Alguien que tiene algo de educación —dijo su padre, dándose la vuelta hacia ella. Se acercó y con la mano le indicó a Merry que se levantara—. ¿Cómo te llamas?

El corazón de Merry se encogió. Quizá su aspecto no hubiera cambiado para los demás, pero había algo en el hechizo que hacía que su padre no pudiera reconocerla. Como había sospechado, hablar con su padre no era algo imprescindible para unir parejas.

¡Merry deseaba tanto hablar con él! Tal vez, si le explicase que Lissa la había embrujado y le recordase todas las cosas que, padre e hija, habían compartido en el pasado, él se convencería de que era la princesa Meredith. Además, al contrario que Alexander, su padre conocía la magia de Silestia y sabía que los hechizos existían. Decidió intentarlo y le ofreció a Renee tomarse un rato libre.

—Yo me encargaré de buscar una habitación para el rey Karl.

—Me has llamado por el nombre que emplean mis súbditos —dijo su padre cuando Renee se fue—. ¿Me conoces?

—He estado en Silestia —dijo Merry.

—¿Sí? ¿Eres amiga de mi hija, la princesa Meredith?

—Podríamos decir que sí —respondió Merry, tomando fuerzas para confesarse—. La verdad es que yo soy tu árbol de hormonas de mosca.

—¿Perdón? —dijo su padre, mirándola fijamente.

—Yo soy tu perro de campo en el sol de pan —Merry lo intentó de nuevo, pero de su boca sólo salían palabras sin sentido.

—¡Ten cuidado con lo que dices, jovencita! —se enojó su padre, sin entender.

—Lo siento, señor —se disculpó Merry, tratando de ocultar sus lágrimas.

Era injusto que el hechizo le permitiera hablar de ello con

Alexander y no con su padre. Ese pensamiento le dio una buena idea. ¡Quizá hablar con Alexander la ayudara a unir a su pareja! ¡Oh, cielos! Se dio cuenta de que era muy simple. Alexander debía de ser la persona que tenía que emparejar. Además, debía hacerlo con alguien a quien él amara de verdad, sino el hechizo no se rompería.

Merry pensó que aquel encantamiento era terriblemente odioso. Si no emparejaba a Alexander, perdería su vida y a su padre para siempre. Y si emparejaba a Alexander con otra persona, recuperar su vida no tendría ningún sentido. Habría emparejado con otra mujer al único hombre que había amado jamás. Las lágrimas volvieron a inundar sus ojos y aceleró el papeleo para darle una habitación a su padre lo antes posible.

—Ya que conoces a mi hija, seguro que sabes dónde encontrarla —dijo el rey.

—Sí, está en el complejo.

—¿Puedes darme el número de su casa o de su habitación?

Merry miró a su padre. Él no la reconocía en persona, pero podía hablar con él por teléfono. Le diría que su voz estaba rara porque tenía gripe, una buena excusa además, para no poder verlo.

—Siento no poder ofrecerle esa información, pero le dejaré un mensaje y me aseguraré de que lo llame a usted.

El teléfono era la única esperanza que tenía para comunicarse con su padre una vez más, a no ser que consiguiera emparejar a Alexander con alguien a quien él amara de verdad.

Merry trabajó hasta el amanecer y se levantó casi a las once de la mañana. Se sentía con más energía y mejor ánimo. No era necesario perder a Alexander ni a su padre. La pareja no tenía por qué estar formada por Alexander, ¡seguro que podría encontrar a dos personas que se quisieran en aquella isla llena de solteros!

Antes de nada, telefoneó a su padre. El no reconoció su voz, pero le dijo que tenía gripe y le contó lo suficiente de su vida juntos como para que se convenciera de que era su hija. Hablaron durante cuarenta minutos y, cuando su padre la invitó a comer, ella recordó sus límites. Merry le dijo que lo vería cuando se encontrara mejor y colgó el auricular.

Se levantó de la cama y sintió cómo le chirriaban las articulaciones. Aparte de los juanetes, el cabello gris, unas cuantas arrugas en la cara y en las manos, no había más cambios en el aspecto exterior. Pero podía transformarse en Merry Montrose justo cuando estuviera en bañador en la piscina o bailando en la fiesta o... Merry pegó un salto. Alexander estaba en su cocina, parado junto a la nevera.

—¿Dónde has estado? —preguntó él. Ella estaba vestida con una ligera camisola rosa y unos pantalones cortos de seda. Se cubrió el pecho con las manos.

—¡Alexander!

—¡No me digas nada! Te he dejado mil mensajes que no has respondido. Te he citado en mi oficina y no has aparecido. ¿Es que quieres que te despida?

Con toda la preocupación por el hechizo y por la llegada de su padre, Merry había olvidado que si Alexander la despedía perdería la oportunidad de unir a una pareja en aquel enorme complejo lleno de candidatos.

—Lo siento, he estado muy ocupada.

—¿Haciendo qué?

—¡Encargándome de tu complejo! —dijo ella. La mejor defensa era un buen ataque.

Merry se fijó en cómo la mirada de Alexander se posaba su cuerpo, y cayó en la cuenta de que llevaba muy poca ropa. El la miró de arriba abajo.

—¡No digas nada de mi ropa! ¡Esto es lo que te encuentras cuando sorprendes a una mujer en su casa por la mañana! —se defendió Merry de nuevo.

—No pensaba decir nada.

Merry se sintió confusa cuando se percató de que Alexander la miraba con agrado, a pesar de sus arrugas y de los demás cambios. Tal vez el estar a contraluz camuflara los defectos.

Vestido con camiseta de sport y pantalones cortos de color caqui, con el cabello ligeramente despeinado y sus ojos azules inflamados de deseo, Alexander también despertaba los instintos en ella. En el momento en que Merry lo sintió, tuvo la fuerte intuición de que Alexander era la persona a quien debía emparejar. No había duda, su intuición nunca se equivocaba. Luchó contra sus

sentimientos para no deprimirse.

—Voy a preparar un café.

—Bien —dijo él.

Merry pasó a su lado para alcanzar la cafetera y sintió como él la seguía con una mirada llena de deseo. Tenía que sacarlo de su cocina. Él la deseaba pero no estaba enamorado, y ella sí. Además, no podía tontear con él. Para romper el hechizo, necesitaba encontrar a la mujer de su vida.

—¿Dónde has estado la última semana? —preguntó Alexander. Se había acercado y estaba justo detrás de ella.

Merry no podía decirle que no la acosara, ni siquiera podía pedirle cortésmente que se fuera. Tenía que congraciarse con él, al menos lo suficiente como para poder emparejarlo. Así que, en lugar de pedirle que no se pusiera tan cerca, Merry hizo como si su presencia no la afectara en absoluto.

—Ya te lo he dicho, he estado tratando que nadie se fuera del hotel antes del tiempo contratado.

—Pero no has estado en tu oficina.

—He estado entreteniendo a los huéspedes por la noche y durmiendo hasta tarde.

—Ah.

—Aunque no he conseguido emparejar a nadie, los huéspedes se lo han pasado tan bien conociéndose que nadie se ha ido antes de lo previsto. Además, ya sé quién es el hombre a quien tengo que emparejar.

—¿Sigues con esa historia tuya del hechizo?

—Sí —suspiró Merry.

—¿Sabes? Lo más fácil sería que trajeras a tu tía de vuelta —dijo Alexander, comiéndose una uva del frutero.

Merry casi respondió que no podía, pero se dio cuenta de que, si no rompía el hechizo, sería Merry Montrose para siempre y le vendría bien aquel trabajo.

—Ella está bien. Dice que se aburre de estar sin hacer nada.

—¡Te lo dije! —se alegró Alexander.

—Sí —sonrió Merry.

—Me alegro, porque creo que tu tía va a volver. Pero ésa no es la razón por la que he venido esta mañana. Hay algo que tengo que decirte —dijo Alexander, con voz seria.

El tono de su voz sonaba humilde y arrepentido. Merry pensó por un segundo que tal vez él hubiese empezado a amarla, pero enseguida desechó aquel pensamiento. Eso ya carecía de importancia. Para volver a ser la princesa Meredith, ella debía emparejar a Alexander con otra persona y perderlo para siempre.

—Alexander, estoy muy ocupada. ¿Podríamos dejarlo para otro día?

—No. Es algo que debí decirte el primer día que nos vimos. Algo que nos atañe personalmente a los dos.

Merry se sintió confusa y se extrañó de que hubiera algo que les importara a los dos desde el primer día que se habían visto. Pero era igual. Tenía que poner fin a la conversación y pensó que sabía cómo hacerlo.

—Alexander, ¿tú me amas?

—Merry, ¿crees que no fue lo suficientemente duro responder a esa pregunta la primera vez? —suspiró Alexander.

—¿Me amas?

—No.

—Entonces no tenemos nada personal que discutir.

—No lo entiendes —la interrumpió Alexander.

—¿Que no lo entiendo? ¿Crees que soy tonta? Tus padres tuvieron un matrimonio infeliz, una niñata te humilló en público cuando eras joven, las mujeres sólo te han perseguido por tu dinero. Tú no crees en el amor, pero yo sí.

—¡Claro! Como has conseguido unir a tantas parejas, conoces el amor. Dices que es por un hechizo. Tú crees que ese hechizo del que hablas es una maldición, pero si es cierto lo que dices, yo creo que ver el amor tan de cerca es una bendición.

Merry no había considerado nunca el hechizo como una bendición, a pesar de que las cosas que había aprendido en aquellos siete años sí que lo eran. Había dejado de ser la princesa malcriada y egoísta de antaño. Había comprendido que su padre se hubiera casado de nuevo. Había decidido no fastidiarle la vida al príncipe Alec casándose con él. Incluso era una bendición que ella no se hubiera enredado con un hombre que no la amaba.

—Supongo que sí. Pero el hechizo es real.

—Habladurías.

—No. Es un hechizo. Aunque es más fácil vivir con él que con la

maldición de estar con alguien que no te quiere. Y tú no me quieres. Aunque merezcas ser amado...

—Yo...

—Hemos llegado muy lejos, date cuenta. No me amas, pero has podido abrirte y sincerarte conmigo. Tal vez con la próxima mujer consigas también abrir tu corazón —dijo Merry.

Alexander se quedó horrorizado y con la boca abierta. De pronto entendió lo que ella se proponía.

—¡Quieres buscarme pareja!

—Creo que estás listo para enamorarte. Sólo te presentaré a algunas personas.

—No, Merry, yo... —balbuceó, imaginando cómo lo presentaría a todas las mujeres en la piscina. Lo iba a tratar como si fuera un perrito.

—Voy a vestirme mientras se hace el café —dijo ella, abriéndose paso.

Alexander sintió que aquello era la gota que colmaba el vaso. Merry no había querido tener nada con él como Alexander. Había decidido romper su compromiso con el príncipe Alec. Y ahora pretendía emparejarlo con otra mujer. Estaba claro que él ya no le gustaba. Lo que no se había esperado era que aquello pudiera hacerle tanto daño.

Se dio media vuelta y se marchó desolado a su casa. Había sido mejor que Merry no le hubiera dejado confesar su identidad. No importaba quien fuera él, porque ella no lo amaría nunca.

CAPÍTULO 10

CUANDO Merry volvió a la cocina, Alexander se había ido. No importaba. Merry sabía lo que tenía que hacer y él también lo sabía. Así que cuando después ella le presentó a Madeline Graselle, él, a pesar de que estaba que echaba humo, no protestó.

Desgraciadamente, Madeline se aburría con él, así que lo dejó plantado y se marchó en busca de entretenimiento. Merry siguió buscando en la lista de huéspedes otra candidata.

A la mañana siguiente escogió a Lea Trusik y a su prima Stephanie Beyer. Lea era muy guapa. Tenía unos hermosos ojos azules y una larga melena lisa que le llegaba hasta la mitad de la espalda. Merry sabía que Alexander se sentiría atraído por ella o por su prima Stephanie, una rubia de sonrisa perfecta y risa contagiosa. Cuando se ofreció a presentarles al atractivo propietario de La Torchère, Lea le confesó a Merry que su prima acababa de sufrir una ruptura amorosa y que las dos estaban ahí sólo para descansar y tomarse algún que otro tequila. No tenían ningunas ganas de conocer a ningún hombre.

Sólo faltaban tres días y Merry estaba atacada de los nervios. Afortunadamente, se había extendido el rumor de que un príncipe asistiría al baile, lo que atrajo a muchos nuevos huéspedes, la mayoría mujeres.

Todas soñaban con ser cenicientas y encontrar a su príncipe, y la boutique del hotel vendió todas sus zapatillas transparentes en un santiamén. Merry estudió la lista de invitados al baile para ver si realmente había un príncipe entre ellos, pero no lo encontró. Pensó que el rumor era sólo eso, un rumor.

Merry no conseguía encontrar una pareja para Alexander. Todas las mujeres a quienes se lo presentaba lo dejaban plantado sin ningún interés. Antes de que pudiera darse cuenta, había llegado el sábado.

Sólo faltaban doce horas para su cumpleaños.

A menos que Alexander se enamorara a primera vista, no tenía ninguna posibilidad de romper el hechizo. Aquel pensamiento hizo que la tensión creciera dentro de Merry. Sus articulaciones se endurecieron aún más y en el espejo del vestíbulo pudo ver que su

nariz había duplicado su tamaño. Merry corrió a su oficina. Había preparado un atuendo de manga larga para la ocasión y un gran sombrero, pero no disimularían su transformación. La princesa Meredith se había transformado por completo en una vieja. Era de nuevo Merry Montrose.

Sólo faltaban doce horas y Merry, por primera vez en aquellos siete años, pensó que no lo conseguiría.

El futuro le deparaba un cuerpo gastado, una vida sin padre, sin amigos y sin amor. Además, había fallado a Alexander. Ella tenía—que haberlo ayudado a romper su propia maldición. Tenía que haber logrado que él creyera en el amor y saliera de su soledad. Pero no lo había conseguido.

De pronto, sonó el teléfono.

—¿Sí?

—Necesito que vengas a mi oficina.

Ella tragó saliva, sin poder contestar.

—Merry, ¿me has oído?

—Sí, pero no puedo ir ahora. Tengo que ir a buscar a mi tía Merry al aeropuerto.

Merry salió corriendo de la oficina. No podía despedirse de sus empleados. No la reconocerían como la joven Merry nunca más. Se dirigió al embarcadero y agarró una de las lanchas. Había fallado en su misión y había hecho daño a mucha gente en el camino. Necesitaba una tarde entera para poder desahogarse antes de regresar a La Torchére como la eficiente Merry Montrose.

Alexander corrió a la oficina de Merry, pero ella ya se había marchado. Frustrado porque aquella mujer nunca quería escucharlo, salió dando un portazo y estuvo a punto de chocar con Lissa.

—¿Adónde vas? —le preguntó ella.

—A buscar a Merry. Me acabo de enterar de que ha venido parte de la familia real y de que asistirán al baile. Tenemos que hacer algunos preparativos para atenderlos como merecen. Pero Merry ha desaparecido y no he podido avisarla. Esto es un desastre —dijo Alexander, tomando aire.

—Es un desastre mayor de lo que tú crees —contestó Lissa.

—Genial —suspiró Alexander, poniendo la mano en su nuca—. ¿Qué más pasa?

—Merry... —comenzó a decir Lissa, pero se detuvo para observarlo—. Pareces realmente agobiado.

—Sólo estoy cansado.

—Sólo quedan unas pocas horas para el baile. Si yo fuera tú, me tomaría la tarde libre.

—No puedo. Yo...

—Necesitas relajarte para esta noche. Deberías ir a dar un agradable paseo en tu velero —sonrió Lissa.

La idea le resultó a Alexander de lo más placentera. Si Merry no había querido dedicarle dos minutos para que la avisara de que su padre iba a asistir al baile, entonces podía descubrirlo ella misma. Así como que su padre llevaba un séquito de cincuenta personas con las que no habían contado. Pero ya no le importaba. Al diablo.

—Sí, me iré a navegar.

Alexander guió el barco de vela hacia las tres islas deshabitadas que rodeaban La Torchère y que formaban parte del complejo. La primera de ellas albergaba las áreas deportivas. Zonas de volley—playa, zonas para jugar al frisbee, zonas privadas para tomar el sol... Estaba pensada para personas que deseaban disfrutar de su intimidad y por ello había que reservar con antelación para poder acudir. Alexander no sabía si habría alguien, así que pasó de largo. La segunda isla tenía hamacas, un cenador y un bungaló como nidito de amor. Alexander no tenía ninguna gana de encontrarse con una pareja de amantes, así que pasó de largo también. La tercera isla aún estaba virgen y tenía un cartel de «Prohibido el paso». Alexander desembarcó. Buscaba paz y soledad. Sabía con toda seguridad que allí no se encontraría con nadie.

Tras tres horas de estar sentada en la arena, Merry aún tenía lágrimas en los ojos. Ningún pensamiento conseguía calmarla. Había arruinado su vida. Había arruinado la vida de Alexander. Había dejado a su padre sin su única hija. Y para colmo, había hecho que Lissa sufriera de por vida por haber condenado a su

ahijada de aquella manera.

Su fracaso había arruinado muchas vidas y tendría que aprender a convivir con ello.

Merry se puso de pie, dispuesta a regresar. Tenía que supervisar el baile. Pero no podía dejar de llorar. Lloraría hasta que llegara a La Torchère. Después se contendría y no volvería a llorar jamás.

Cuando se giró para marcharse, se encontró cara a cara con Alexander, que llevaba puesto el bañador.

—No he escuchado el motor de tu barco.

—Vine navegando en el velero —contestó él, mirándola fijamente—. ¿Qué diablos te ha ocurrido?

—¿Sabes quién soy?

—¿Cómo no voy a saberlo?

—Ni mi propio padre me reconoce —admitió Merry.

—Es por el hechizo... —contestó él, comprendiéndolo todo.

—Sí. Como te dije, tenía que unir a varias parejas y he fracasado. Y aún hay más. No te he dicho que yo soy la mismísima MerryMontrose.

—Necesito sentarme —musitó Alexander, dejándose caer sobre la arena como si no pudiera dar crédito a lo que tenía delante de sus ojos.

—El hechizo existe —dijo Merry, quitándose el sombrero y mostrando su cara arrugada y la enorme nariz.

—¡Cielos, Merry!

—Fracasé, así que seré Merry Montrose por el resto de mis días. No tienes que preocuparte por buscar una nueva encargada para tu negocio. Soy toda tuya.

Alexander se dejó llevar por la emoción. Sus ojos se inundaron de unas lágrimas que habrían enternecido a cualquiera.

—Esto es ridículo —consiguió decir.

—Es un hechizo.

—¿Y vas a tener ese aspecto para siempre?

—Sí. Yo era una princesita malcriada y mi madrina pensó que me daría una lección con este hechizo. Aprendí mi lección, pero me falló la última pareja que tenía que unir. Se divorciaron y el hechizo ha regresado. No he podido romperlo y ahora éste es mi destino para siempre.

—¡No puede ser tu destino! —gritó Alexander enojadísimo y

sorprendido por lo honda que era la emoción que sentía.

—Así es. Las maldiciones son algo habitual en el país del que provengo.

—Entonces yo maldigo a tu país.

—Oh, no, Alexander, por favor, no lo hagas. En mi país vive un millón de personas. ¡No los maldigas! —le suplicó Merry.

La rabia y la frustración invadieron a Alexander, pero cuando vio a Merry con aquella mirada suplicante por sus súbditos, se dio cuenta de que pensaba más en los demás que en ella misma.

Con la escena que estaba presenciando, Alexander tuvo que reconocer que creía en la magia.

—Tiene que haber algo que podamos hacer —dijo angustiado.

—Sí, puedes ir al baile y dejarme que te presente a todas las mujeres allí presentes, hasta que encuentres una a la que ames.

—¿Quieres que me enamore antes de cuatro horas?

—No es imposible.

—Nadie se enamora tan rápido. Y encima yo soy un caso perdido. ¡Merry, tú sabes que no creo en el amor!

—Es verdad. Alexander, no te preocupes, yo puedo soportar vivir como Merry Montrose. Además, trabajar en el complejo da sentido a mi vida —dijo ella, tomando sus manos.

—¿No te importa ser una anciana?

—Claro que me importa, pero puedo soportarlo. Lo que no puedo soportar es haber hecho daño a tanta gente y, sobre todo, no volver a ver a mi padre. Nunca estaré con nadie. Nunca tendré amigos. Siempre estaré sola.

—No dejaré que eso ocurra —dijo él, poniendo su mano en la cara de Merry, como si necesitara tocar para creer lo que estaba viendo—. Puedo hacerlo. Soy muy rico. Puedo cambiar las cosas. Tiene que haber algo que pueda hacer.

—No puedes hacer nada.

Alexander la miró unos segundos mientras trataba de procesar toda aquella información.

—Has dicho que no tendrás amigos siendo una anciana, pero no es así, podrás hablar conmigo.

—Quién sabe por cuánto tiempo —respondió Merry resignada.

—Entonces, si no quieres estar sola, cástate conmigo.

—¿Casarme contigo?

—Sí, aunque seas una anciana, no estarás sola. Yo me casaré contigo y seré tu amigo para siempre.

—No sabes lo que estás diciendo.

—Sí que lo sé —insistió él.

—No sabemos cómo funciona este hechizo. Puede que mañana ni siquiera te recuerde. O puede que tú no recuerdes nuestro plan. Puede que te despiertes junto a una anciana y no sepas por qué. No dejaré que lo hagas —dijo ella, preparándose para irse.

—Parece que no tienes otra elección —respondió él, sujetando su brazo.

—Tengo elección y no voy a hundir tu vida casándome contigo.

Merry salió corriendo hacia el barco y Alexander trató de seguirla, pero no lo consiguió. Cada vez que intentaba moverse, algo misterioso lo agarraba y le hacía caer al suelo.

Alexander se sintió hundido, destrozado. Siempre había pensado en el deber que tenía hacia su país, pero ahora se daba cuenta de que también tenía un compromiso con Merry. La magia le había impedido seguirla. Ella tenía razón: podía ser que al día siguiente él no recordara nada, ni a ella, ni su plan de casarse, ni el hechizo. Si aquella magia había podido convertir a una hermosa joven en una anciana, todo era posible.

Alexander sabía que él podría soportarlo. De alguna manera, sabía que podría soportar descubrirse casado con una anciana horrible. Pero, ¿y ella? ¿Era justo poner en peligro sus sentimientos? Merry ya había sufrido demasiado. Si a la mañana siguiente él se arrepentía y la dejaba, ¿no sería la gota que colmara el vaso?

No podía hacer nada. Tenía que dejarla vivir su propio destino.

CAPÍTULO 11

FURIOSO, Alexander se vistió para el baile. Había planeado ponerse su vestimenta real de gala para decirle a Merry quién era, pero ya no tenía sentido. Además, decírselo podía causarle más daño. No quería que supiera que en realidad era su prometida, que el hombre que amaba podía haber sido su marido. No quería hacerla sufrir. Decírselo cuando ya no había nada que hacer, por culpa de aquel horrible hechizo, sería cruel.

Se puso el esmoquin y se sentó junto a la puerta de su dormitorio, sintiéndose tan enfadado y frustrado que apenas podía controlarse. Allí sentado le dieron las ocho, la nueve y casi las diez de la noche. Cuando se dio cuenta de que las horas habían pasado, quiso pensar que tal vez el hechizo fuese lo que le había impedido moverse. No obstante, tuvo que reconocer que la verdad era mucho más sencilla.

No quería ver a Merry.

No quería pensar en el hecho de que si él se hubiera esforzado un poco con alguna de las mujeres que ella le había presentado, tal vez podría haberla salvado de su terrible destino.

Podría haberla salvado, pero no había sido capaz de comprometerse con nadie. No quería poner su corazón en peligro. Nunca existiría el amor a primera vista para él porque no quería enamorarse. Ni siquiera para salvarla.

Aquélla había sido la historia de su vida. La princesa Meredith le había hecho daño una vez y él se había negado a ser herido nunca más. Y, por esa causa, ella estaba destruida. La verdad era que la culpa no había sido del hechizo. Él era el verdadero responsable.

Eran casi las diez cuando se levantó de la silla para dirigirse al vestíbulo. Pensó entrar por la puerta trasera del salón de fiestas, para pasar desapercibido. Se había perdido la cena. Había perdido otra oportunidad de conocer a alguien.

Lissa lo estaba esperando a la entrada.

—Merry me ha dicho que le pediste que se casara contigo.

—Sí, así es.

En un momento, las puertas se abrieron para dejar pasar a un atareado camarero y Alexander pudo entrever a través de ellas a

Merry. Iba vestida con un traje de color melocotón que habría podido resaltar el color rojizo de su cabello y las curvas de su perfecto cuerpo de mujer. Pero en aquel momento ese vestido la hacía parecer una vieja ridícula. Estaba dando órdenes al más puro estilo Merry Montrose, de forma rápida y eficiente. Alexander se preguntó si ella recordaría quién era.

—Es prácticamente una anciana.

—Ya lo sé. También sé que fuiste tú quien la embrujó —dijo Alexander, mirando a Lissa con disgusto.

—Era lo único que podía hacer. Lo creas o no, su vida como Merry Montrose es mucho mejor que la vida que habría tenido como una princesa malcriada. También te salvé a ti de un matrimonio desastroso.

—Así que sacrificaste su futuro por el mío.

—Sí.

—Si crees que eso me va a hacer sentir mejor, olvídalo.

—Tienes que confiar en mí.

—¿Confiar en ti? Sólo hay que ver a Merry para saber que no eres digna de confianza —respondió él, viendo cómo Merry deambulaba, sola y miserable, entre la gente.

—También le gustabas a Merry cuando era una anciana.

—¿Y qué quieres decirme con eso? —gritó Alexander, tratando de controlarse—. No importa. No quiero escuchar nada de lo que tengas que decirme.

Alexander se dio media vuelta, dispuesto a entrar en el salón de baile, cuando Lissa habló de nuevo.

—Quiero decirte que si te casas con ella, al menos no será infeliz ni estará sola. Puede que no sepa quién eres tú, que lo haya olvidado. Pero será feliz.

—¿Quieres que renuncie a mi vida por ella? —Sí.

Alexander se giró de nuevo, no quería discutir sobre el tema ni caer en las redes de Lissa. El rumor de que existía magia en Silestia era cierto, pero no era una magia blanca como ellos creían. El hechizo de Lissa había fracasado y había destruido a su ahijada, y encima trataba de arreglarlo dándole unas migajas de felicidad. Era patética.

—Alexander, piénsalo bien. Ya le pediste que se casara contigo esta tarde...

—Sí, lo hice. Y ahora me alegro de que ella no aceptara. Me dijo que no sufrirá porque no recordará nada del pasado. Pero tú sí sufrirás. Ese será tu merecido castigo —sentenció Alexander, abriendo las puertas para entrar.

La música lo golpeó como las olas del océano. Deseó con todas sus fuerzas no tener que estar allí. Poder irse a navegar para encontrar algo de paz. Pero no podía, era el anfitrión.

—¡Alexander!

Alexander reconoció la sonora voz del rey Karl, el hombre que debería haber sido su suegro. Resplandeciente en su traje real, estaba junto a su bella esposa, Mathilda, quien llevaba un vestido de seda rojo.

—Rey Karl. Reina Mathilda —los saludó Alexander, haciendo una reverencia.

—La cena de esta noche ha sido estupenda.

—Me alegro. Sólo siento no haber sabido con más tiempo que venían ustedes aquí.

—No te preocupes. Tus empleados nos han tratado de maravilla. Nos ha tratado especialmente bien la encargada, Merry Montrose, es una mujer muy interesante. Me agradó nada más conocerla. Algo en ella me capturó.

—Me alegro de que todo sea de su agrado.

—Sí. Me preguntaba qué ha pasado con la encantadora joven que nos recibió en el hotel. Su nombre era también Merry.

—Se ha ido —respondió Alexander.

—Es una pena. Tengo un regalo para ella. Me ha recordado mucho a mi hija —dijo el rey Karl, con tristeza—. La princesa Meredith también se ha ido. Hace siete años decidió venir a estudiar a América. Nos llamó desde aquí hace tres semanas. He hablando con ella unas pocas veces por teléfono, pero parece que se ha marchado de nuevo.

Alexander quería animarlo, pero no dijo nada. No sabía qué decir. Se suponía que Alexander Rochelle no conocía a la princesa Meredith y aún no estaba preparado para presentarse ante el rey Karl como el príncipe Alec.

—La próxima vez que me llame, no le daré tres semanas, iré a buscarla inmediatamente.

—Tal vez ella no quiera que la encuentren.

—Ella me quiere —respondió el rey Karl con fiereza—. Yo la quiero. Y no entiendo por qué no puede volver a casa. Estoy dispuesto a hacer lo que sea para hacerle cambiar de opinión.

Alexander sintió que su corazón se retorció de dolor. El rey Karl no volvería a ver a su hija. Y por si fuera poco, pasaría el resto de su vida pensando que ella estaba en peligro. Lo cierto era que estaba en peligro.

—Ésta es una de mis canciones favoritas. ¿Nos disculpas, Alexander? —dijo el rey Karl, al escuchar que la banda había comenzado a tocar una melodía romántica.

—Claro, Majestad —dijo Alexander, haciendo una reverencia.

Alexander buscó a Merry entre la multitud. De nuevo, estaba sola. Tomó aliento y se dirigió hacia ella.

—Merry, ¿quieres bailar? —le preguntó, tratando de hablar de manera suave y amistosa.

—No debo bailar en mis horas de trabajo.

—No estás haciendo nada. Y, además, soy tu jefe. Debes obedecerme.

Alexander tomó su mano arrugada y la llevó a la pista de baile. Se acordó de que cuando había bailado con ella en la boda de Rick y Cynthia, esa misma mano arrugada le había causado repulsión. Aquella noche, sin embargo, su tacto le rompía el corazón. Se llevó la mano de Merry a los labios y la besó. Las lágrimas inundaron los ojos de ella.

Alexander sintió que sus ojos también se humedecían, pero lo evitó concentrándose en el baile.

—¿Estás satisfecho con cómo ha quedado todo?

—Sí —respondió él, aunque su cabeza estaba absorbida por otros pensamientos.

La mujer que tenía entre sus brazos no era una vieja.. Estaba en presencia de una princesa. Su princesa. A medida que lo pensaba, la cara de Merry pareció transformarse delante de sus ojos. Pasó de nuevo de anciana a joven. Las arrugas desaparecieron. Su cabello volvió a ser rojizo. Sus ojos violetas lo sonrieron.

Pensó que tal vez la viera como princesa todavía porque conocía su identidad. Para el resto del mundo, continuaría siendo una anciana. Sin embargo, frente a él, estaba su prometida.

—Tenemos que salir a hablar —dijo él, de repente.

—No. Si no vamos a bailar, tengo cosas que hacer.

—¡No! —gritó Alexander mientras la agarraba de la muñeca, pero ella no se movió, era como si estuviera anclada al suelo.

La gente que los rodeaba comenzó a observarlos. Alexander imaginó que curioseaban cómo el propietario del complejo discutía con una anciana y supo que, si se casaban, aquello sería el pan de cada día. Todos se preguntarían por qué estaban juntos. Serían la diana de todas las miradas. El se convertiría en el hazmerreír de todos. Y Merry ni

siquiera recordaría quién era.

Alexander tomó aliento. Quizá fuera mejor dejar a Merry sola. Tragó saliva.

—¿Estás bien, Merry?

Ella movió la cabeza afirmativamente pero, cuando Alexander vio la enorme tristeza que albergaban sus ojos, cambió de idea.

—No quiero más discusiones —dijo Alexander con firmeza, agarrándola de nuevo de la muñeca. La llevó hasta el jardín, pero el único banco estaba ocupado por una de las hermanas Grasse, que coqueteaba con dos hombres a la vez.

Alexander suspiró. Sabía dónde podían ir para no ser molestados. Abrió una portezuela a un lado del jardín y tomaron un estrecho camino hasta la playa. El rugir de las olas los recibió.

—Merry, sé que estás ahí. Así que no disimules —dijo él sin preámbulos.

Merry miró hacia otro lado.

—Te diré lo que vamos a hacer. Lissa dice que, si nos casamos, tú serás feliz —continuó.

—Pero tú no lo serás —discrepó ella.

—¿Y tú qué sabes? —preguntó Alexander—. Lissa me ha asegurado que siempre sabré quién eres tú y, en la pista de baile, cuando estábamos bailando, frente a mí no he tenido a una anciana. Te he tenido a ti. Eso significa que siempre te veré a ti. Así que no hay razón para que no nos casemos.

—Tú no me amas —repuso Merry.

—Eso qué más da. Lo importante es que tú serás feliz y yo te reconoceré en todo momento. Los demás podrán pensar que me casé con una vieja decrepita, pero yo sabré que no es así.

—La gente se reirá de ti.

—No me importa.

—Claro que te importa. A cualquiera le importaría.

—No, si a cambio puedo hacerte un poco feliz.

—Eso es muy bonito por tu parte, pero no te dejaré hacerlo —dijo ella, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Es que estás mal de la cabeza?

—No. Tú no me amas. Me lo has dicho mil veces. Aunque me hicieras la mujer más feliz del mundo, no me casaría contigo porque tú no serías feliz. Tú no quieres casarte. No puedes confiar en nadie. No puedes amar. Ya te he hecho bastante daño, Alexander, no quiero hacerte más.

—El dolor de verte sufrir en soledad es para mí el peor de los tormentos.

—No te creo. Adiós, Alexander.

—¿Adiós? —Alexander sintió pánico ante una despedida que sonaba tan tajante. Si Merry se iba del complejo, ya no podría cuidar más de ella—. ¿No te vas a quedar a trabajar aquí como Merry Montrose?

—Sí, pero es casi medianoche. Después de las doce, probablemente no recordaré nada. No te recordaré como el hombre al que amé. Ahí tienes otra razón para no casarte conmigo.

Merry empezó a alejarse y Alexander tuvo que gritar para hacerse oír entre el ruido de las olas.

—¡No me importa!

—¡A mí sí! Sabría que no me amas —respondió ella, mientras el viento agitaba su vestido.

—¡Cielos, Meredith! ¿No te das cuenta? —chilló Alexander, presa del pánico y la frustración—. Estoy dispuesto a sacrificar mi vida por ti. ¿Cómo puedes decir que no te amo?

La princesa Meredith se detuvo.

Alexander se pasó la mano por el cabello. La verdad de sus propias palabras lo había sacudido y necesitó unos segundos para recuperar el latido de su corazón. Recordó que el dolor siempre estaba unido al amor y sintió miedo. Pero de nada servía negar lo evidente. La amaba. Si no podía dejarla sola, era porque la amaba.

—Estoy dispuesto a sacrificar mi vida por ti porque eso es lo que un hombre hace por su prometida. Ésta es la prueba de que te amo. No pongas más excusas. Y si puedes llevarte un pequeño recuerdo

de tu antigua vida, recuerda la promesa de mi amor —dijo Alexander, acercándose a ella para tomar su mano.

—De acuerdo —respondió Merry, envuelta en lágrimas.

—Cásate conmigo —le pidió él.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo? —repitió Alexander, sintiendo cómo su corazón latía a cien por hora.

—Sí. De acuerdo —afirmó Merry de nuevo.

—Bueno, casi no tenemos tiempo —dijo Lissa, irrumpiendo de entre los arbustos.

—¡Lissa! —gritó Merry.

—¿Qué quieres tú ahora? —refunfuñó Alexander.

—Voy a celebrar la boda.

—¿Aquí? —preguntó Alexander, mirando alrededor. El viento soplaba muy fuerte, como si se acercara una tormenta. La luna se había escondido detrás de las nubes. Las olas se agitaban en la orilla.

—Ah, ya. Estás aquí para que no tenga tiempo de cambiar de idea —dijo Alexander.

El reloj en el hotel comenzó a sonar.

—Así es —respondió Lissa, sacando un gran libro negro de alguna parte—. Con la última campanada del reloj, será medianoche. El cumpleaños de Merry. Creo que no os habéis dado cuenta, pero sois la última pareja y, con vuestra boda, se rompe el hechizo.

Merry y Alexander se miraron.

—¿Quieres decir que ella volverá a ser joven?

—No, si sigues haciéndome preguntas —respondió Lissa, mientras el reloj daba otra campanada—. Veamos. Queridos hermanos, bla bla bla... Tú, princesa Meredith Bessart...

—¡Lisa! Podrías darme un minuto para explicarle que soy una princesa antes de decirlo tú... —gritó Merry.

—... ¿aceptas a este hombre como tu legítimo esposo? —continuó Lissa.

—Está bien. Se lo explicaré después. Sí. Acepto.

—Y tú, príncipe Alec Montclair...

—¿Príncipe Alec? —preguntó Merry, con la boca abierta. El tomó su mano y se acercó aún más a ella.

—Sí, yo, el príncipe Alec Montclair, acepto a esta mujer como mi legítima esposa, para cuidarla de hoy en adelante, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe.

—Bien. Gracias por añadir lo que faltaba —dijo Lissa y cerró su libro—. Yo os declaro marido y mujer.

Merry miró a Alexander... el príncipe Alec. Sus ojos lo observaron con desconfianza. Se daba cuenta de que probablemente él hubiese sabido que ella era la princesa Meredith desde el principio.

—Lo sabías, ¿verdad? —le preguntó.

—¿Y qué importa eso ahora?

—¿De veras me amas? —insistió Merry.

—Sí. Te amo.

El reloj dio su última campanada. El viento se arremolinó alrededor de ambos. Una tormenta de arena les impidió abrir los ojos y Merry empezó a sentir que su cara se estiraba. También los músculos de sus brazos y piernas, de su espalda y estómago, las caderas y su barbilla... Incluso su vestido parecía estar cambiando. Entonces, el viento desapareció.

Cuando Merry abrió los ojos, el príncipe Alec estaba su lado vestido con su traje real. Ella llevaba una corona y su vestido favorito, que se ajustaba a sus curvas y resaltaba la suavidad de su piel. Las lágrimas inundaron sus ojos.

—Venid. ¿Oís las trompetas? —dijo Lissa, tan mandona como siempre.

—Sí.

—Vais a ser anunciados.

Merry y el príncipe Alec se pararon frente a las puertas del salón de baile.

—Y ahora, con ustedes, el príncipe Alec Montclair y su esposa, la princesa Meredith Bessart Montclair —dijo el director de la banda de música desde el escenario para presentarlos.

Las trompetas sonaron y Alexander detuvo a Merry unos instantes.

—Te amo.

—Lo sé, el hechizo no se habría roto si no fuera cierto —sonrió Merry.

—Necesitaba decírtelo de nuevo.

—Y yo necesito decirte que siento mucho todo el daño que te hice en el pasado.

—Eso fue hace mucho tiempo. Aquéllas eran dos personas diferentes —repuso él, sonriendo.

—Sí, así es —afirmó ella.

—Te quiero —repitió Alexander y la besó.

Era su esposa y sabía que dormirían juntos aquella noche y todas las venideras. Tendrían hijos y le darían a su país la alianza que necesitaba. Pero, sobre todo, tendrían amor. Merry no volvería a estar sola y él...

Bueno, él estaba a punto de entrar en la mayor aventura de toda su vida. Estaba entregando su corazón a una mujer con suficientes poderes mágicos como para convertirlo en rana si se lo proponía...

Pero no tenía miedo. La amaba. Confiaba en ella. Y aquél era el momento más feliz de su vida.